DR. CESAR JUARROS

LA SEXUALIDAD ENCADENADA

EJEMPLOS Y CONSEJOS

•

GRABADOS DE BENET



MUNDO LATINO
C. I. A. P.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

TECNICAS (X)

Informe acerca de un rancho de campaña (agotada). Ceuta, 1907.
Cartilla de primeros socorros (agotada). Ceuta, 1907.
Manual de primeros socorros médicos. Barcelona, 1910.
Guía médica de la ley de Reclutamiento. Madrid, 1912.
El problema de la meningitis. Madrid, 1915.
Lecciones de Psiquiatría Forense (agotada). Madrid, 1915.
Manual del Sanitario Practicante (agotada). Madrid, 1915.
La Psiquiatría del Médico general. Madrid, 1919.
Tratamiento de la morfinomanía. Madrid, 1920.
Diagnóstico y tratamientos psiquiátricos de urgencia. Madrid, 1929.

DIVULGACION (VIII)

La profesión del hijo (agotada). Madrid, 1916.
Educación física y moral del niño (agotada). Madrid, 1918.
Significación y alcance de la Inspección Médico Escolar (agotada). Madrid, 1919.
La crianza del hijo. Madrid, 1919. Segunda edición, 1930.
Normas de educación sexual y física. Madrid, 1925.
Los senderos de la locura. Madrid, 1927. Segunda edición, 1929.
Los horizontes de la Psicoanálisis. Madrid, 1928. Segunda edición, 1929.
La sexualidad encadenada. Madrid, 1931.

LITERARIAS (VIII)

Breviario sentimental de la madre. Madrid, 1921.
La Ciudad de los ojos bellos. Madrid, 1922.
Las hogueras del odio. Madrid, 1923.
El momento de la muerte. Madrid, 1925.
De regreso del amor. Madrid, 1926. Segunda edición, 1928.
El amor en España. 1927.
El niño que no tuvo infancia (novela). Madrid, 1927.
Sor Alegría (novela). Madrid, 1930.

TRADUCCIONES (VI)

Cirugía menor (Chavasse). Madrid, 1903.
La imaginación (Dugas). 1905.
El contagio mental (Vigouroux y Juquetier). Madrid, 1906.
Manual de Psiquiatría (Regis). Madrid, 1911.
Enciclopedia de ciencias médicas (Brissand, Pinard, Reclus, XI tomos).
Psiquiatría de urgencia (Filasier). Prólogo y notas. Madrid, 1926.

EN PREPARACION

Don José (novela).
Neurología clínica.
Breviario del amor sano.

Nota.—La lectura de los títulos en cursiva constituye útil complemento de la presente obra.

DEDICATORIA

AL RECUERDO DE UNA VIRGEN SUICIDA

JUSTIFICACION

Escribiendo estas páginas pretendí proporcionar a los insatisfechos un filón de alivios.

Sobre la literatura, propósito de ofrecer antídotos. Conozco, por dura experiencia profesional, cuántos hombres y mujeres permanecen al margen de las dichas sexuales.

El hábito de oír confidencias sombrías donde la sana ilusión chapotea en lodos de lujuria febril, me capacita para trocar la repugnancia en comprensión. Para tejer con mimbres de cloaca palios de ternura.

Intencionadamente sacrifiqué los efectismos a la intención de evitar un ambiente de seca frialdad.

Mi esfuerzo púsose al servicio de un empeño: embellecer claudicaciones viscerales. Tuve por afán descubrir facetas dramáticas en las rutas hediondas.

El caudal de emoción del libro procede de tal solera.

TÉCNICA DE LECTURA

Para evitar que naufraguen las esperanzas del autor, es preciso frecuentar el libro sujetándose a determinadas pautas. Base: sostener en flor la sensibilidad. Cosecha de ternuras, además de inteligentes sapidas.

La fe en una moral automática ha de arrojarse por la borda. Desde el primer capítulo, lastre inútil.

Unico bagaje provechoso: afán de conocer y comprender.

Deseo: contemplar serenamente los desfallecimientos ajenos, remontándose sobre las charcas en que se anegan.

Para facilitar la adquisición de tales puntos de vista, cada capítulo se inicia con la evocación sentimental de una ciudad.

Sumergido en este ambiente será más fácil "entrar en situación".

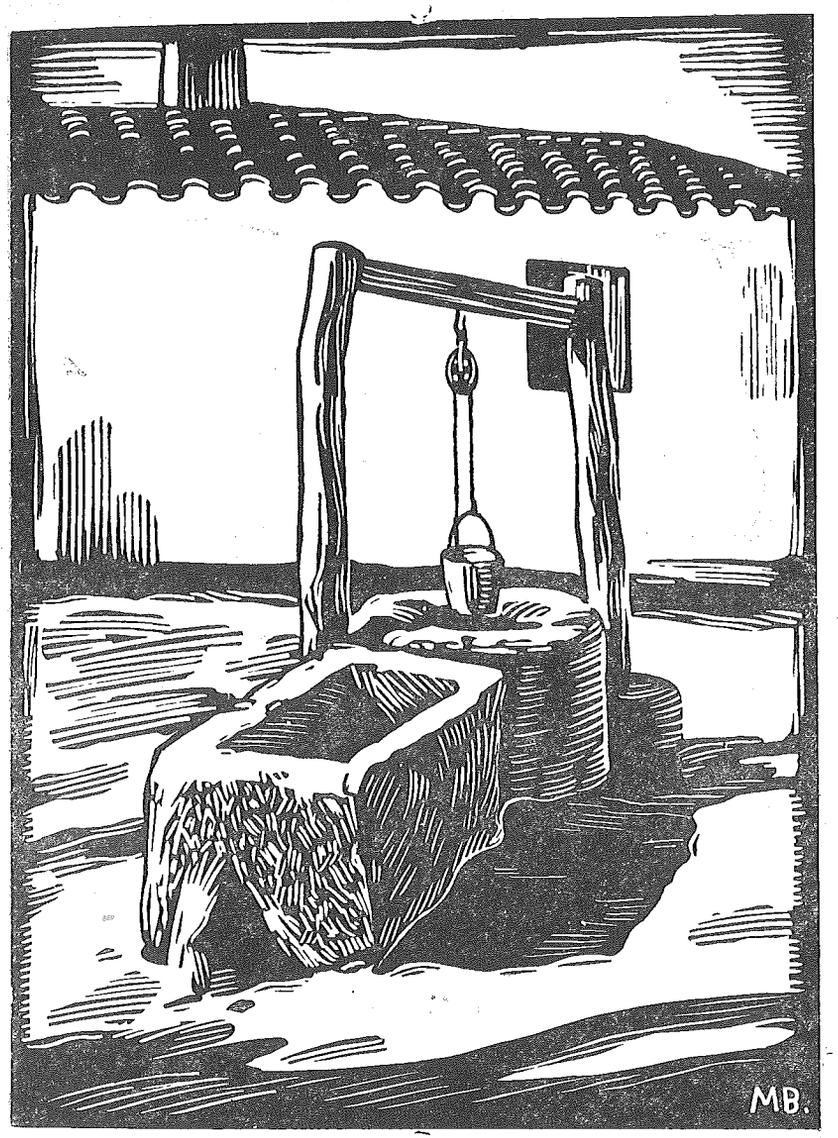
A continuación, sistemáticamente, en cada capítulo, una parte "Cimbra" destinada a exhibir la médula técnica.

Luego "Escolios", comentarios audaces. Trepadores insólitos.

Para final, relato patético de un caso absolutamente fidedigno.

AUTO-EROTISMO

(SATISFACCION DE LA LIBIDO SIN
CONCURSO DE OTRA PERSONA)



EL TOBOSO

Vieja Venta.

TONO

EL TOBOSO: VIEJA VENTA

EL LLANURA. Llanura calva. Muros blancos. Cielo cobalto. Bajo y ebrio. Ebrio de luz.

Pueblo fosilizado. Dijérase que voluntariamente. Al menos así parece después de anudar conversación con sus habitantes. Con sus pobladores vueltos de espalda a la época. Tercamente indiferentes. Tozudez desabrida. Como urna de museo es la villa.

Las bardas de los corrales, donde a la hora de amanecer vienen a morir ecos de esquila, rumian, ¡todavía!, la triste historia de Dulcinea.

El chismorreo asciende como una plegaria hasta el campanario. Erguido con vanidad de gallo. Sobre los muros de las casas cluecas .

El Toboso no olvidó a la moza embellecida por las ansias de amor de un caballero viejo.

Interesante leyenda como la comentan, en el hervor del

alba, las bardas de los corrales. Mientras agonizan en ellas, apaciblemente, ecos de esquila.

Si el Caballero de la Triste Figura alimentó un amor quimérico, fué rehuyendo el riesgo de una pasión verosímil.

No constituyó la elección del ídolo audacia idealista, sino mecanismo defensivo.

La edad y motivos íntimos, de difícil escaparatización pulcra, le condujeron a esquivar el riesgo de humillarse innoblemente.

Sólo en la adolescencia y en el penoso atardecer de la madurez causa miedo el amor. Por inexperiencia, primero; por sobra de pericia, luego. Susto ante la obligación de consumir un capital cuya existencia no se tiene por segura. En vez de soñar con la posesión material de Dulcinea, puso el hidalgo sus ambiciones en conquistar glorias caballerescas.

Deseos tardíos y encrespados llevároníe a buscar soluciones de piadoso engaño.

De no rebasar la madurez el amo de Sancho, otra fuera su elección. Todas sus construcciones delirantes, y ésta más que ninguna, tuvieron significado de ficciones encaminadas a desfigurar la mediocridad de una vida inmerecida.

No se le ocultaba a Quijano lo zafio de la dama, pero túvolo por freno. Como sabía bien la calidad de rebaños y molinos. Fingía ignorarlo por miedo a la verdad.

Ello explica aquel inesperado resurgir de la razón cuando la muerte llega.

De igual modo que el héroe novelesco colócase conscientemente de espaldas a la realidad, El Toboso, vuelto de espaldas a la época, continúa siendo blanco y silencioso. Plano y humilde.

Con sus techos corcovados y sus corrales mustios, donde el chirriar de la garrucha semeja místico lamento, y el reposo del carro aparcado, mística renunciación.

Pueblo serio y triste por el despotismo solar.

Pueblo de escudos pétreos, carcomidos por el hielo, los vientos y la lluvia.

Pueblo de patios angostos y porches mustios, donde las bombillas eléctricas, pendientes de flexibles, que el aire estremece, parecen arácnidos muertos.

Pueblo de las ventas afligidas, sin tráfico ni garata.

Pueblo de las casas enanas, al amparo de cuyos paredones sestean, sin empleo, grandes tinajas ávidas.

Pueblo de las alacenas que simulan celosías, las calles chatas, los molinos leprosos y los cobertizos hospitalarios.

Como Don Quijote, el Toboso cuece leyendas en bodegas exiguas.

Paseando por la patria de Doña Dulcinea, es como mejor puede llegarse a entender las torturas del famoso loco.

Raigambre: ilusiones que asustaría ver convertidas en realidades.

Médula del problema: dolor, renunciación, disfraz.

CIMBRA

El momento decisivo de la vida es el de la separación de los instintos sexual y de nutrición. En lo sucesivo, caminos diversos.

Antes la lactancia éralo todo. Compendio de placeres y necesidades. En lo futuro, distintas rutas. Dos sendas. Dos tiranías.

Diferenciar el placer erótico y el goce de alimentarse implica abrir paso a cuestiones trascendentales.

a) Enfrentarse con conflictos emanados del ambiente.

b) Elección de objeto sexual. Para hallar este último,

la peregrinación no es larga. El niño fíjase en seguida en el propio cuerpo.

Técnicamente llámase al hallazgo y a su culto fase auto-erótica de la evolución sexual.

La superficie cutánea presenta zonas—*zonas erógenas*—donde la excitación táctil origina sensaciones placenteras.

Todos los hombres y todas las mujeres atravesamos esta fase en los comienzos de la existencia. No puede hablarse aún ni de pecado ni de vicio. Una ley biológica inviolable, superior a propósitos e intenciones, quiere que así sea.

Normalmente, no es duradero el tránsito.

Los deseos buscan pronto nuevos nidos. Personas de alrededor primero. Por razones de contigüidad, parientes y criados. Preferentemente, los padres.

El comienzo de la fase auto-erótica coincide con la necesidad de afrontarse decididamente los conflictos de la vida de relación.

Los resultados de esta experiencia inicial ejercen influencia en el porvenir del individuo.

Si de la prueba no sale atemorizado el pequeñuelo, si no se siente inclinado a retroceder, si parécele desembarazado y amplio el camino, evolucionará en niño normal. Si, por el contrario, retorna descontento, desalentado, si el balance arroja más dolor que placer, el niño volverá los ojos a tiempos pasados, se encerrará en sí mismo, construirá mundos fantásticos ajustados a sus necesidades espirituales, donde invariablemente se concederá a sí mismo carácter de protagonista triunfador.

La ficción, morbosa; pero grata, reemplazará a la realidad desapacible.

De este modo queda constituída una mentalidad patológica.

¿Consecuencias de la perturbación?

Entre otras que fuera impertinente relatar, una desviación del instinto sexual. Alejamiento de sus modos normales de satisfacción. El niño desencantado será de adulto un auto-erótico. Buscador de filones de placer en sí mismo.

Por otras sendas llégase también al auto-erotismo. Un hombre o una mujer acosados por apetitos sexuales—*libido*—campeadores, si encuentran dificultades invencibles para satisfacerlos, pueden optar por dos soluciones: la energía destinada a servir a la reproducción se sublima—mecanismo siempre inconsciente—, trocándose en fervor místico, entusiasmo político, devoción científica, exaltación estética...; o apele a mecanismos solucionadores en épocas en que la cosecha de goces no resultaba ni ardua ni compleja.

El adulto auto-erótico es un caminante atemorizado que retrocede en busca de facilidades pretéritas.

Cuanto más pujante el deseo y menos asequible la satisfacción normal, mayor probabilidad del predominio de las tendencias auto-eróticas.

En estos enfermos hay que valorar dos factores. Uno endógeno. Resultante de la experiencia obtenida acerca de la crueldad de la vida en el instante de separarse la manera de satisfacer el instinto de nutrición del modo de ver calmado el apetito sexual.

El otro factor, que pudiéramos llamar exógeno, encuéntrase ligado a los excitantes externos.

Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que una inclinación auto-erótica débil origine hábitos perseverantes por culpa de la acumulación de estímulos. En cambio, otras veces la existencia de acentuadas propensiones no llega a originar sino leves efectos por falta de acicate: lecturas obscenas, espectáculos lascivos...

De esta densa aportación de datos no es difícil deducir el valor del ambiente.

El auto-erótico no ha de ser considerado como un vicioso. Es sólo un desgraciado que, ante la imposibilidad de avanzar por el camino real, decídese a cruzar los campos atravesando sendas al margen de la fisiología.

En el fondo de todo, miedo. Temor a la vida. Cobardía disfrazada. Ensueños nobles satisfechos villanamente.

Defraudando a la naturaleza.

Hasta que la muerte llega. Desencanto. Tristeza visceral. Remordimiento. Deberes incumplidos, que punzan como ortigas.

ESCOLIOS

La idea de poder prescindir del sexo contrario en el instante de forjar placeres fundamentales halaga a cuantos ven en el amor una disputa.

Ambición de predominio.

En realidad, los considerados como vencedores son mendigos para quienes las migajas adquieren condición de botín.

* * *

Existen dos variedades de auto-eróticos: los que durante el rito evocan imágenes deseadas y los narcisistas.

Estos se colocan ellos mismos en el altar, acusando profundamente la huella morbosa.

* * *

En tales ficciones la imaginación muéstrase inferior a la realidad.

Ni aun apelar a retratos o a la presencia de prendas íntimas posee eficacia. Falta ritmo.

La fantasía, pretendiendo crear ritmos noveles, no hace sino desportillar ritmos inmortales.

El hechizo del buen amor, sano y santo, es una resultante del conflicto entre dos ritmos diversos, rebeldes a todo intento de unificación.

Conseguida la homogeneidad, el éxito tradúcese en tedio.

Cuidar de la autonomía de los ritmos equivale a prolongar la vida del fervor.

* * *

En el auto-erotismo prodúcense desgastes físicos no comparables a los originados por el resto de los mecanismos sexuales.

Débese a que el conducido se torna conductor, olvidando que a la hora del amor no hay comportamiento más discreto que dejarse llevar.

Cuidándose sólo de no abandonar jirones de la personalidad en las orillas del cauce.

El amor sin alifafes recorre un ciclo. Nadie puede variar su órbita. Sensato, seguirla conformes, resignados y alegres.

¡De todos modos el resultado será idéntico!

* * *

El auto-erotismo es consecuencia muchas veces de haber surgido imprevistos deseos arrolladores en personas al margen de una satisfacción sexual metódica.

* * *

El mérito de educar no reside en enseñar a vencer deseos, sino en impedir que surjan ambiciones irrealizables.

* * *

Yerran los teóricos que admiten mayor frecuencia del auto-erotismo en el sexo masculino.

Pasados los temporales de la adolescencia, abunda más en las mujeres.

* * *

Ante un caso grave de esta índole, la clave ha de buscarse, antes que en el enfermo, en su familia. En el ambiente. En los que rodean a aquél. Y, sobre todo, en el pasado del sujeto y sus parientes.

El auto-erótico es un cohibido. La casa constituye para él, gran número de veces, un medio hostil.

No es a voces como mejor se combaten los hábitos malos y tristes.

* * *

Si el auto-erótico es, en lo esencial, un envenenado por el miedo, aumentar su temor con castigos corporales ha de resultar contraproducente. ¡Así ocurre!

* * *

Amenazar con terribles castigos sólo conduce a la perfección del disimulo. Los procedimientos son otros. Tonificar la voluntad. Calmar el erotismo. Desarmar la rijosidad. Conducir a la contemplación serena del panorama sexual.

* * *

Una profilaxis bien llevada puede cooperar muy beneficiosamente a la reducción del número de los incapaces de saborear el contento que un instinto sexual satisfecho proporciona.

* * *

Espectáculos livianos, lecturas espolique de la lujuria y confidencias de iniciados a medias suponen para el niño otros tantos factores etiológicos de máxima gravedad.

* * *

Es corriente oír defensas de la literatura pornográfica basadas en la exaltación del fuero estético.

El subterfugio podría ser provisto de salvoconducto si estos libros y revistas no representaran un vivero de perversiones.

Muchos lectores, excitados por las narraciones libidinosas y faltos de posibilidad de calmar inmediatamente el desasosiego, optan por los cauces secundarios.

Lo que equivale a trágica renunciación.

* * *

Como el auto-erotismo no es en su esencia sino cobardía, los deportes bien practicados brindan amplio campo a la recuperación sincera.

* * *

Fórmula del tratamiento seguido corrientemente: *asustar. encorajinar.*

Aún dura en muchos hombres de mi época el pánico sem-

brado por libros abominables donde sólo se habla de terribles peligros. Olvidando que el interés no radica en el efecto, sino en la causa.

* * *

Siempre que se está ante un caso de auto-erotismo ha de procurarse valorar tres elementos:

a) Intensidad del trastorno mental.
b) Contagio psíquico.
c) Estímulos imprevistos.

* * *

La vida del auto-erótico carece de contenido. Esta vacuidad resultaría falta de trascendencia si no fuese consecuencia inmediata la imposibilidad de retornar a lo normal cuando el amor verdadero brota.

RELATO

Alejandro fué siempre tímido, triste, taciturno.

De pequeño, mientras sus hermanos jugaban, permanecía apartado de ellos. Royendo extraño ensimismamiento.

Desde entonces tuvo abiertas constantemente dolorosas llagas de inquietud. Atisbaba anhelante el desnudo femenino. Un corpiño desabrochado hasta más abajo de lo habitual y honesto. La perspectiva rosada de la carne de chacha Rosalía, más allá de las fronteras de las medias, cuando, absorbida por la faena, inclinábase sobre el brocal del pozo. Los brazos blancos de Manuela, golpeando desnudos, entre burbujas de agua jabonosa, lienzos sucios...

Luego rumiaba los detalles con dolorosa exaltación. Tanto más desagradable cuanto que estas mujeres rudas, fuertes, tensas, dábanle miedo; como las mozas en agraz no lograron jamás soliviantar su imaginación, el tormento era mayor.

Abrasado de sed, sed de trigal manchego, cayó sobre él la sorpresa de tentadoras confidencias. Por boca de un camarada de colegio, pálido, escuchimizado y débil. Y Alejandro aprendió prácticas cochinas capaces de calmar pasajeramente aquella excitación que, al mismo tiempo de quemarle las entrañas, espoleaba implacable su fantasía.

A través de tales embriagueces, llegó al vértice de la juventud agotado. Muerto el entusiasmo. Ciego el optimismo. Inválido el fervor.

Las mujeres ya no eran para él sino un motivo. Analizaba sobresaltado sus encantos. Los detalles utilizábalos luego como leños para la hoguera de un pecado paroxístico. Viejo como el mundo. Convirtiéndose en un teórico de la ilusión. Constructor insatisfecho de visiones lúbricas, estímulo y justificación.

Iban pasadas ya muchas lunas cuando vino a casa del alcalde una moza, entre sirvienta y recogida, por motivos de lejano y resignado parentesco.

Claudia era su nombre. Fornida, tosca, pelirroja. De ancas excesivas y senos procaces. Ambas curvas, propicias a oscilaciones sensuales. Nutridas de ingenuidad. Su inocencia, su falta de artificio, dotaba al temblor gelatinoso de esotéricos poderes enervadores. Calidad de clarín.

Las onzas de la familia de Alejandro, si no contadas, presentidas, facilitaron el noviazgo.

Desde el comienzo fué norma de ambos hablar poco. Entre un madrigal y una audacia somática, preferían ésta.

Pronto Claudia superó a su prometido. En atrevimiento y en descaro. Alejandro tuvo miedo.

Miedo a que su vicio le hubiese incapacitado para responder bravamente al frenesí de la novia.

Enterarse antes del matrimonio parecíale tan discreto como ineludible. Con pretexto de unas compras para la boda, a Madrid vino, decidido a emprender aventuras de carácter experimental. No le fué difícil cumplir tal propósito.

Para eludir el efecto deprimente del burdel húmedo, maloliente, cubil de hembras soeces y desgraciadas oliendo a tabaco y cazalla, roncas y groseras. Visitó una mancebía hipócrita. Baño, calefacción eléctrica y ascensor tapizado.

Alejandro acudió a su primera ofrenda rezumando timidez.

Le desconcertó la sumisión del cuerpo blanco y perfumado que el fingir profesional llevaba a rebasar la posibilidad de auténtico enardecimiento.

Alejandro no logró ver cuajada su intención.

¡Poco hombre!

Nuevas pruebas. Nuevos fracasos.

¿Cómo exponer tal pobreza de energías al ímpetu de Claudia, desmandado, cerril, trepidante de sano vigor?

Se acusó cruelmente. En la crispación de un arrepentimiento tardío, donde el llanto vestíase de consuelo expiatorio.

Indagó. Acosó a preguntas a cuantos presumía enterados. Refiriendo el caso como ajeno. También esta prueba le resultó desfavorable.

El amor de las mujeres honestas requiere una cooperación de alientos masculinos superflua en las profesionales del querer mercenario. Pasividad que constituye el encanto máximo de las no baqueteadas.

Alejandro se atosigó. Tuvo miedo. Terror a vivir al margen del amor. Miedo a no poder brindar a Claudia goces lícitos.

A Claudia, violenta como un torrente en sus ansias de conocer y saborear.

Una mañana azul, sin viento ni nubes, fué descubierto el cadáver de Alejandro entre unos juncos.

Al pie de la ermita.

SADISMO

(GOZAR HACIENDO SUFRIR)



GUIMILIAU (BRETAÑA

El Calvario.

TONO

GUIMILIAU (BRETAÑA).—EL CALVARIO

EL camino de Rennes a Brest encuéntrase bordeado de pueblos pintorescos. Doscientos cuarenta y tres kilómetros que resulta imposible recorrer de un tirón. Por poca curiosidad artística que se tenga. Ploermel, con magníficas vidrieras, engastadas en las ojivas de la iglesia.

Saint-Brieue, lindo, pulcro, novelesco, ufano de su Catedral y de su Museo, donde ocupa puesto preferente Jordaens, discípulo poco aprovechado de Rubens. Son tesoro máximo hermosos muebles del siglo XVIII.

Guingamn, en el valle del Irieux, reciamente bretón, hasta en el sombrío templo, donde una imagen negra de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro luce indumento español.

Morlaix, lindo y terso, absorto ante la audacia engreída del viaducto, que desafía a la ciudad con sus cincuenta y nueve metros de altura. Trenes que desde abajo parecen de juguete lo cruzan sin descanso.

Después de Saint-Theogonnec, famoso por un osario del siglo XVII, Guimiliau.

Guimiliau es una villa pequeña. Humilde y tranquila. De no ser por su calvario, los viajeros pasarían de largo.

La parroquia (edificio perteneciente al renacimiento bretón), el calvario y el cementerio están dentro de un mismo recinto amurallado. Se pasa al templo por lujoso porche.

Colocar los cementerios en la vecindad de las iglesias fué también vieja costumbre en numerosos lugares españoles. Frente al panorama de la fe, la muerte asusta menos.

Si las creencias religiosas son profesadas sinceramente y su código ético se acató con escrupulosidad, el miedo a morir equivale a una impiedad. Apostasía y blasfemia.

El bretón es profundamente católico.

Repujó sus creencias la hosca pobreza del praderío. Los campos de Bretaña huelen a mar, a un mar que en las horas de calma es verde. Fuertemente esmeralda hasta constituir inquietadora trasmutación.

Las turbulencias del mar bretón invitan a orar.

Nada se opone a que el visitante llegue junto a las tumbas en el cementerio de Guimiliau. Un arco análogo a los que son ornato de las casonas santanderinas deja paso franco.

Ni verja, ni puerta, ni vallas, ni letreros.

Todo lleno de fosas. Las cruces más atrevidas rozan los muros de la iglesia. Frente al portalón, el calvario. Obra del siglo XVI. Representación escultórica de la Pasión y Muerte de Jesús. Vestidos con cómico anacronismo los personajes.

Cada estatua en particular y todas en conjunto tramitan sensaciones grotescas. Teñidas de pesar. Las estatuas de los tímpanos y portales de los viejos templos románicos sálvanse de parecer ridículas por la ingenuidad que revelan en el artista.

Estos muñecos de Guimiliau son trágicos. Al modo de los Judíos de Mondéjar.

Anteriores en tres siglos son las esculturas de Nuestra Señora de París, el Beau Dieu de Amiens, el Grand-Prete de Reims; traducen las caras una noble serenidad, un subsuelo fisonómico, una factura sobria e idealista, que no puede compararse con el gesto clownesco y las facies acromegálicas del calvario de Guimiliau.

Dijérase que fueron creadas para espantar la calma que sin ellos anidaría en el bello rincón.

No resulta viable ninguna pleitesía sentimental.

Alucinan las figuras hasta hacer apetecible la inquietud. A un tiempo mismo, consuelo y defensa. Si se visita el calvario a la luz de la luna, la impresión es de estar cruzando los arenales de una pesadilla. Acaso piense el lector que en esta síntesis emotiva hay sobra de literatura, quizá se resista a creer que el amontonamiento de figuras desproporcionadas, monstruosas, fué realizado llevando por normas propósitos de desazonar. Probablemente se inclina a la hipótesis de un primitivismo rudo, grosero, reforzado por la acción destructora de las nieblas, los vientos y las lluvias.

Pero toda esta concatenación lógica hállase destinada a perecer en cuanto se visita Guimiliau. El calvario aprisiona la atención hasta hacer imposible todo tributo funerario. Derrama sobre el espectador un sentido burlesco de la vida y de la historia. Embadurna su pensamiento en zozobras chocarreras. Bullanga de ideas descalzas. Descalzas y destocadas.

Las estatuas, más que símbolos bíblicos, semejan triste desfile de vencidos en la lucha por no ser esclavos de cínicos afanes viscerales. Vencidos cuya derrota pregonan sus caras estúpidas, gotosas, sus vientres hidrópicos y sus piernas tórtigas.

Entre el montón de esculturas algunas lucen gestos orgu-

llosos. ¿Por haber hecho imposible el recuerdo sentimental y el rezo sincero?

CIMBRA

Quiso la naturaleza que el macho, en los mamíferos, fuese activo, y pasiva la hembra. A esta condición se amoldaron detalles anatómicos y mecanismos psicológicos.

La misma situación de los órganos al servicio del deber de reproducirse pruébalo claramente.

Externos en el sexo masculino, dentro del abdomen en el femenino.

Pero en la determinación del sexo no influyen sólo motivos somáticos, y mucho menos en el género humano, conforme veremos más adelante. La actividad del hombre y la pasividad de la mujer trasciende a elementos psicológicos, cuya introducción en el aliño del deseo sexual constituye el llamado amor.

Dos son las causas esenciales del nacimiento de esta adulteración lírica y dañosa de un apetito sencillo y vulgar.

Primero, afán de alzarse contra la tiranía del instinto.

El deseo sexual es pasajero y múltiple. Preténdese que el amor sea eterno y único. Los enamorados preguntan: ¿Siempre? ¿A mí sola? ¿Sólo a mí?

Desconociendo que en el llamado amor lo menos importante es el personaje inspirador. De ordinario trátase de trabajosa y lenta elaboración espiritual, proyectada en virtud de coincidencias, imposibles de prever sobre un sujeto determinado.

El segundo motivo esencial del actual concepto del amor deriva de ser muy breve la función con relación a las horas.

Aspírase a que el recuerdo de lo gozado o la esperanza

en el nuevo disfrute extienda su aroma sobre los momentos no consagrados a practicar la divina misión.

El acto, escuetamente considerado, tiene escasas variantes.

Cabe hacer pocos castillos en el aire con tan escasos horizontes. Ninguna prueba mejor que la monotonía de los novelistas obscenos.

Para amplificar los momentos de comunión sexual, se fueron inventando conceptos que han llegado a ser enemigos de la dicha de vivir.

Se ha supervalorado obsesivamente el afán erótico, enturbiando aguas cristalinas.

En esta supervaloración torpe y desdichada radica el error de convertir en combate de los sexos aledaños de la ofrenda a Venus.

No es durante ella cuando se causan y reciben heridas en el orgullo, sino antes y después.

La ambición activa masculina puede asentar en las mujeres e hipertrofiarse en el hombre.

Este es el núcleo vivo del sadismo. Exageración de tendencias naturales cuando de hombres se trata. Aparición de tendencias insólitas, transferidas, si es una mujer quien las presenta.

Antes de que el sadismo aparezca totalmente desarrollado, existen matices en el modo de amar acusadores francos de la exageración del fin activo.

Por ejemplo, el afán de ver. A infinidad de hombres tortura el ansia del desnudo femenino. Contemplar desnuda a la Deseada implica el derrumbamiento de sus pudores.

Las actuales modas, el triunfo del *maillot* en las playas no traduce, ni independencia moral, ni propósitos higiénicos, ni siquiera fervores estéticos. La mayoría de las mujeres están mucho más feas así que vestidas. Los vientres flácidos,

las piernas torcidas, los senos lacios, las caderas angulosas son legión. Desde Ostende al Lido veneciano. Desde San Sebastián a La Coruña.

Lo que acusan tales costumbres es una concesión al propósito de ver masculino, creyendo acrecentar la concurrencia a las vicarías y el entusiasmo sexual, hoy tan en baja. Pese a las apariencias.

Un grado más. Los que al besar muerden. Los celosos que no estándolo lo fingen para justificar gritos y actitudes coercitivas. Luego, lo francamente morboso: herir, pegar, maltratar con palabras soeces e injustas.

Hasta desenterrar cadáveres y mancillarlos.

En síntesis, gentes incapaces de gozar noblemente. Acuciados por afanes de sentirse superiores, dominadores. La vanidad antes que el placer sano. Imposibilidad de beber en los manantiales hundiendo las fauces en el frescor del agua.

No pocas veces el sádico persigue fines de consuelo. Para sí propio.

Infinidad de fracasados buscan como último refugio para su vanidad ofender, dañar, lanzar pelladas de menosprecio a quien se enamoró de ellos.

Un prejuicio circunstancial hizo creer que el honor varonil está ligado a la fidelidad de la mujer.

Aunque cambiaron los tiempos, todavía abundan quienes prefieren tener esclavizada a una mujer que no les quiere a buscar otra capaz de hacerlo.

La hembra sigue siendo un botín. Faltos de seguridad, apelan a la amenaza. Como si el miedo fuera capaz de detener un deseo en su fase de máxima intensidad.

No siempre el sádico procede de esta solera. Casos registra la historia, como Nerón y Catalina de Rusia, donde no puede hablarse de necesidad de conceder satisfacción a un amor propio coartado por la falta de éxito social.

Cuando hablemos en el capítulo siguiente del masoquismo, surgirá el inevitable planteamiento de este problema: ¿Gozar haciendo sufrir y gozar sufriendo son desviaciones opuestas del instinto sexual o manifestación distinta del mismo mal?

ESCOLIOS

El Marqués de Sade inventó más que realizó. Su imaginación le condujo a hablar de perversiones anatómicamente irrealizables.

Hay sobradas razones para ver en él un insatisfecho. Buscaba en los recovecos de su fantasía lo que la realidad le negaba.

* * *

Habla en favor de tal hipótesis la vida cuerda que llevó en Italia. Mientras vivió su cuñada. Si ella no muere, otra fuera la suerte del Marqués.

Desaparecida la Deseada, vuelve el desenfreno. Nada hace honesto y bueno como tener calmado el apetito sexual. La moral es infinidad de veces efecto de no tener hambre.

* * *

Para quienes al hablar de un desamor invocan como agravante de las culpas del desdeñoso la propia bondad, representa buena lección el caso de Cordier Montreuil, esposa del Marqués.

Bondadosa, inteligente, bella, apasionada por su marido, a quien ayuda en las fugas, no consigue ser correspondida.

El amor no obedece a causas ponderables; sí a estímulos esotéricos. Al margen de toda interpretación.

* * *

Sade fué revolucionario, literato y filósofo. Y, como complemento, un desdichado teorizante. Sus hazañas reales no pasaron de pecados de homosexualidad procazmente clamoreado y de hacer incisiones superficiales en la piel de mujeres viejas.

* * *

De la auténtica psicología de Sade, habla claramente el hecho de haber negado en diversas ocasiones la paternidad de sus novelas.

¿Remordimiento? ¿Desconfianza en el mérito? ¿Simplemente temor a nuevas cuentas con los tribunales de justicia?

* * *

La admiración de Sade por el sádico Marat invita a un estudio detenido. A través de él se llegaría a demostrar que infinitas veces el placer de hacer daño puede revestir apariencias de proceso asexual.

La política y la cirugía son buenos ejemplos.

* * *

En muchas ocasiones la vocación quirúrgica constituye noble válvula de seguridad para sadismos latentes.

Alabanzas tan sólo merece quien de lo que puede ser daño hace caridad y gloria.

* * *

La noción del sadismo debe estar constantemente en el pensamiento de los padres. Abundan educadores y sirvientes que disfrutan castigando a los niños.

Con una contumacia, un deleite y una injustificación que chillonamente delatan.

* * *

En su testamento dispone Sade que en la tierra cubridora de su fosa se siembre una encina. De este modo su recuerdo quedaría borrado de la memoria de los hombres.

Tan noble propósito no fué logrado. Por desgracia para unos cuantos literatos que, llamándole divino, se cubren de ridículo.

* * *

La lista de los grandes sadistas históricos: Nerón, Tiberio, Calígula, Mesalina, Ivan el Terrible, Catalina de Médicis, Isabel de Rusia, Barba Azul..., hace pensar si muchos generales gloriosos no serían sino pobres enfermos convertidos en héroes a impulsos de una sensualidad patológica.

¡Es tan difícil considerar como cuerdo al empeñado en matar sin riesgo!

* * *

De la realidad del sadismo, tanto como los psiquiatras, saben las rameras. Cicatrices y moraduras acusan en sus carnes, maceradas por las más innobles rijosidades, que los técnicos dicen verdad cuando afirman lo abundante del sadismo larvado...

* * *

Asusta evocar en la tragedia de los países camino de una civilización auténtica, cuando llegasen a gobernarles sádicos.

El hedor de algunas revoluciones registradas por la Historia tiene ese único origen.

* * *

En la terca obstinación con que dramaturgos y novelistas persiguen producir sensaciones penosas, alienta un afán sadista reñido con el arte.

* * *

Algunos pequeños sádicos justifican sus leves crueldades, porque ver sufrir a quien aman les excita intensamente. Aperitivo infernal. Como cuanto más por entero se disfruta del amor, menos aparece la inclinación a atormentar, es frecuente que los sádicos disten mucho de ser enérgicos, vigorosos y valientes.

Frecuentemente, los sádicos son afeminados, pacienzudos, débiles.

* * *

La afición a los toros no constituye un caso de sadismo colectivo. El punto de vista es otro. El público taurino no goza viendo peligrar a los lidiadores. Saborea la emoción de un riesgo sin correrlo personalmente.

Muchos buenos aficionados salen de las corridas fatigados como si hubiesen toreado. Aquí radica precisamente el daño en habituarse a que sea otro el que luche por nosotros.

RELATO

(De una carta.)

"Quiere usted saberlo, y voy a complacerle. Sus desvelos y consideraciones merecen la recompensa de una confidencia. Su curiosidad le acredita de perspicaz. Mi soltería no es voluntaria ni romántica. Poca literatura, mucha patología. El diagnóstico, a cargo de usted. Con una sola súplica. Que no me lo diga. Setenta años son ya muchos; la muerte no tardará, y lo que resta quisiera pasarlo sin tribulaciones.

"Mal que bien, me hice mi composición de lugar. Como es lógico, benévola y halagadora. Sería una crueldad que viniese ahora el técnico a destruir mi castillo de naipes. Débil, inseguro, protégeme suficientemente de vientos y tempestades. Por lo menos, yo así lo creo. Para el caso es igual.

"Vamos a la confidencia que no me atreví a hacer de palabra, aun no habiendo en ella grandes motivos de vergüenza.

"Como sé a quién me dirijo, pienso ha de complacerle una exposición leal del espíritu reinante en la casa de mis padres, donde vivo desde el momento de nacer.

"Mi padre tenía mal humor. Siempre. Si me besaba, era de refilón. Gruñendo. Teníame por empalagosa. Por zalamera. Jamás lo vi enternecerse.

"Mi madre, buena, sosa, pava, incapaz de asaltar la voluntad de su marido, puso el orgullo en ser inmejorable ama de casa. Aun cuando la costara convertirse en criada. Tirada por los suelos bayeta en mano, subida sobre la escalera de tijera esgrimiendo los zorros con bélico ardor, vigilante frente al fogón, zurciendo junto al balcón mientras moría la tarde, acabó desentendiéndose de mí, propicia siempre a la ternura, sedienta de cariño.

"Si me acercaba a mi padre, la respuesta era desabrida. Palabras como látigos.

"Si intentaba refugiarme en mi madre, recibía invariablemente esta contestación:

"—¡Déjame de carantoñas y gaterías! Tengo que pensar en cosas muy serias para dedicarme ahora a mimarte. ¡Que te mime el erizo de tu padre!

"Entré en el colegio llena de esperanza. Las monjas parecían buenas. Consideradas subjetivamente, no lo eran. Me causaron daños infinitos no atendiendo a mi rara humildad. A mi resignación, lacrimosa y obediente.

"Atemorizada, rehuía el trato con mis compañeras. No tardando, después de calificarme de orgullosa y presumida, principiaron a odiarme. Tras el odio, las burlas crueles. Todas contra mí. Llegaron a acoquinarme.

"Mi pasividad medrosa, en vez de invitar a las madres a ponerse en contacto con mi afectividad extraviada, las llevó a considerarme enferma.

"El médico del establecimiento, diminuto, atildado, escaso de pelo y abundante en mímicas estereotipias, habló mucho, terminando por aconsejar que me sacasen del colegio. Y así lo hicieron mis padres.

"Al cumplir los dieciocho años, tuve el primer novio.

"Eduardo Almanzor. Alto, fuerte, vulgar. Comedido y rico.

"Tenía bonitos los labios, las manos y el andar; feos los ojos, la pronunciación y las piernas. Vulgar el resto. Me enamoré rabiosamente. Alentada por el cariño de Eduardo, leal, codicioso y un punto de raro. Sin llegar a la extravagancia. Suficiente esoterismo para dotar a nuestra pasión de escenografías bohemias.

"Un día sentí su boca sobre la mía. Vacilante, tímida, asustada de su audacia. Insólito afán de tiranía surgió en mí.

Como si hubiese llegado la hora de recobrar el trono usurpado. Algo así debe danzar en el pensamiento de los caudillos.

"Sin darme buena cuenta de cómo la tentación de hacerlo llegó hasta mí, troqué el beso en mordisco. Tan loco, tan ciego, tan frenético, que herí a Eduardo, desgarrando su labio inferior. ¿Exaltación romántica? ¿Frenesí sensual? Me tomó miedo, yo lo tuve de mí, y rompimos.

"Dos novios más con resultados análogos. Mis caricias revestían aspectos crueles.

"Sentía gran placer haciendo daño a quienes me deseaban. Sensación de salir de una lobreguez húmeda con ayuda ajena.

"Llegué a morder con tal ahinco que, asustada, renuncié al amor. Quedándome para vestir imágenes.

"Este y no otro es el secreto de mi soltería. El contacto con el sexo masculino iba acompañado de ansias de derramar sangre. Como si intentara vengar en el amado todo el erial de mi adolescencia sombría.

"El deleite que mis bárbaros ímpetus me proporciona no es físico, sino espiritual. En vez de arrepentirme, doble curiosidad por alambicar la propia satisfacción y el ajeno padecer.

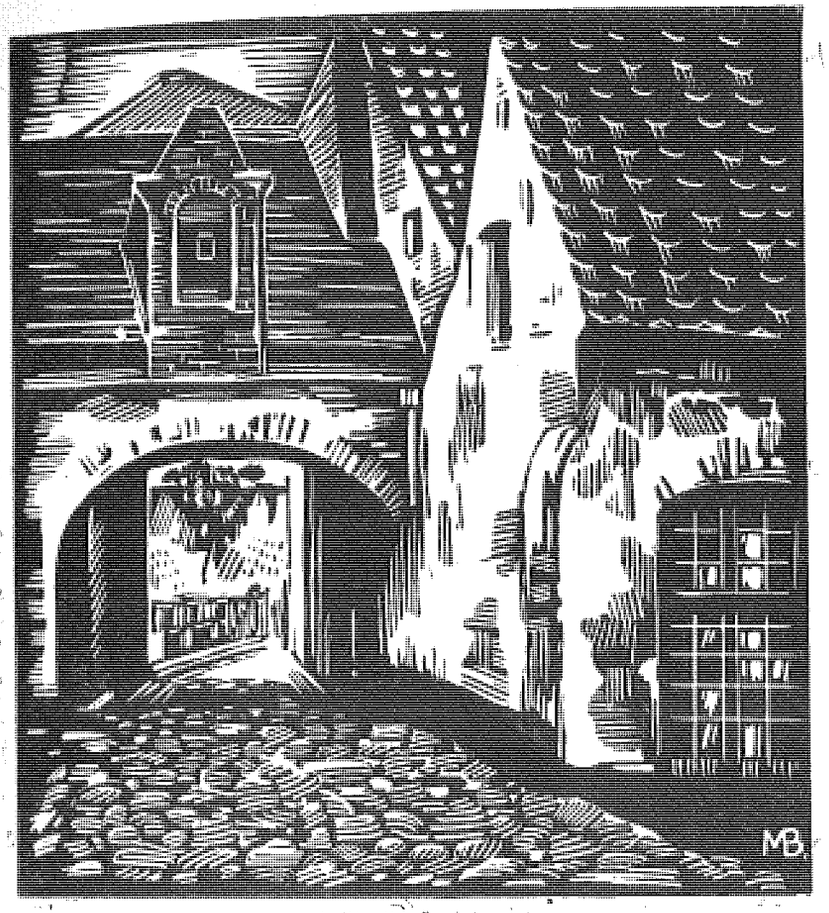
"A nadie revelé este terrible calvario. Temí que me llamasen loca.

"Las gentes, incapaces de dejarme quieta, hablan ahora de misteriosos amores ilícitos.

"La verdad, sin embargo, es la que le acabo de contar, doctor."

MASOQUISMO

(GOZAR PADECIENDO)



BRUJAS

Begignhos.

TONO

BRUJAS.—BEGIJNHOS

EL hechizo de Brujas encuéntrase tejido con hilos de muy diversa procedencia. Aun siendo múltiples los matices, el tono consérvase homogéneo: melancolía.

Tristeza sin ansiedad. Suave. Mansa. De idéntica raigambre que la pena de ver desgraciada a una mujer a la que, deseándolo, no se logró amar.

Amargura oleosa de viejo comprensivo.

Desconsuelo silencioso y púdico de hombre a cuya puerta llamó la ilusión para huir antes de que él pudiera acudir.

Pesadumbre de anciano venerable obligado por lazos de cariño a soportar travesuras impertinentes de rapaces ineducados.

El efecto capitán de todos los efectos es en Brujas sentir inundado el pensamiento de mansedumbre. Apacibilidad espiritual.

En las calles de Brujas las horas todas disfrázanse de cre-

púsculo vespertino. La luz es blanca, perlina, sumisa, humilde.

Ni rebotando sobre el negro espejo de los canales tiene alegría. Ni cuando patina sobre el oro viejo de los edificios añejos.

Para saborear Brujas es indispensable rechazar al guía y cerrar el Baedeker. La única técnica sensata consiste en vagar, sin rumbo, por las callejas solitarias de muros ennegrecidos, que lánguidamente abren la óptica de sus ventanas sobre la dulce neblina de los canales. No obstinándose en recordar, no empeñándose en construir augurios gratos. Quieto el corazón. Quieto el pensamiento.

No es necesario, como en otras ciudades, perseguir perspectivas gregarias. El prodigio sale incesantemente al paso. Mendigando tributos de emoción leal y difusa. Escenografía de tonos apagados. Sin aquella rudeza campeadora con que el sol de Castilla dota a ciudades donde admirar parece obligación.

En Brujas el paisaje envuelve, diluye, rodea, aísla. Absorbe. Acariciando.

Efecto de esta atmósfera única en el mundo, los viajeros, en vez de gritar sus alborozos estéticos, callan. Como en un templo.

Siéntese tentación de hablar quedo y caminar de puntillas. Como en la alcoba de un niño enfermo.

Para no despertar algo que presentimos dormido. Acaso nuestros afanes más íntimos. Lo que no dijimos. Lo que no diremos nunca. Tesoro de fervores blancos que invitan a llorar. Fervores recatados con esmero por temor a que las gentes dejen de creernos fuertes, audaces, iconoclastas.

Brujas es una cuna gris, pequeña y musical, ante la cual el forastero deposita lo que aún queda en él de infantil.

Visitar estos rincones afila la nostalgia de la madre muerta. Hasta convertirla en instrumento de dolor. Dolor pretérito vuelto a recomponer, surgiendo fino, sutil, perdida la estridencia.

Pesares desdeñados retornan. De mustios se truecan en fragantes. Haciéndonos creer en la posesión de méritos íntimos que siempre tuvimos por inaccesibles.

Las oscuras aguas de corriente pausada parecen llorar por nosotros.

El chapoteo de su superficie hendida por los arcos de los puentes, la proa de las barcazas y la aristocracia de los cisnes blancos, adquiere condición de lamento.

Por todo ello, Brujas es una removedora. Quebranta disciplinas que se tenían por firmes. Dulce, delicadamente, nos hace prescindir de ensueños mimosos. Enseña el arte divino de renunciar. De conformarnos con no ser. Con que no sea.

No nos tiraniza la idea de morir. No nos asusta la memoria de los cementerios abandonados, con sus lápidas rotas y sus esqueletos herrumbrosos, de coronas funerarias cuyos alambres se quejan agriamente, malhumoradamente cuando el viento, irrespetuoso, los sacude contra un nicho desorbitado.

No atemoriza la implacable ley. No es de miedo la impresión. Sí de que nuestro espíritu se diluya en el ambiente de la ciudad lenta, callada, dócilmente. Y entonces es cuando, invadidos por una melancolía pulida, lisa, se cree formar parte del alma de los canales.

La clave mágica de Brujas reside en su facultad de despersonalizar. En su extraño poder de abocetar lo tenido por recio y definitivamente logrado.

¡Brujas la difuminadora!

Ciudad que poniendo sordina al canto del corazón lo convierte en plegaria.

El agua solemne de sus canales nunca ríe.

Ni aun en el "Lago del amor". No invita a jugar. Sin pecar de arisca, impone respeto. Nada puede y logra todo. Acobarda haciéndonos pensar que lleva siglos enteros esperándonos.

No trajina el agua de los canales de Brujas. Su quietud parece vieja ofrenda a las posibilidades estéticas de los cisnes. Renovada todos los amaneceres.

Nunca brillan cegadoramente sus espejos.

El rito cabe traducirlo en una palabra: desintegración. Renuncia a ángulos y aristas.

Y por estela el gozo incomparable de conocer que la dicha jamás será. Aun cuando nuestro destino imponga preparar, día tras día, el trono. Como si fuera a llegar. Cultivo de flores que nadie ha de coger. Que la esperanza impide pregonar.

CIMBRA

El masoquismo representa una actitud totalmente opuesta al sadismo. En éste la urdimbre del placer encuéntrase constituída por la contemplación o producción del dolor ajeno. En el masoquismo, por el propio sufrimiento.

Masoquismo es sinónimo de pasividad exagerada, o lo que es igual, feminidad.

En la mujer predominan las tendencias masoquistas; en el hombre, las sadistas.

A ello se debe el deseo varonil de ver desnuda a la Deseada y el afán de dejarse ver (coquetería) en la mujer.

Las modas no son sino versiones masoquistas. En la moda alientan propósitos de mostrarse embellecida. Por atrevida que parezca la novedad. Otro aspecto singular presenta el estudio del masoquismo, aspecto que conduce a la conclusión de que sadismo y masoquismo no son antítesis definitivas, sino estados temporales. Siempre que no se trata de hipertrofias morbosas.

Ha escrito sagazmente Gorki: "El amor no es sino el triunfo del que quiere menos sobre el que quiere más." Dicho de

otro modo, la victoria del sadista sobre el masoquista. Como en la vida unas veces toca inspirar y otras acatar, claramente se deduce que a través de los mares de la existencia nos comportaremos en sadistas o masoquistas, según el papel que nos repartió el azar. Tesis aplicable sólo a casos corrientes. Dentro de una absoluta normalidad.

Los masoquistas gozan sintiéndose vejados, humillados, maltratados. Psíquica y físicamente. A las mujeres no enfermas mentalmente plácelas ser conquistadas. Por ello estiman, sobre todas las otras cualidades del hombre, la bravura, el valor, la audacia. El sadismo no sería sino la exageración de un elemento fisiológico de la sexualidad. Con el masoquismo ocurre lo propio.

Tal semejanza ha llevado a muchos autores a negar la distinción entre el trastorno de gozar viendo padecer y el de disfrutar sufriendo.

El masoquista no sería sino un sádico de sí mismo.

En el fondo, como quiere Schrenk-Notzing, una sola enfermedad: algolaguia-voluptuosidad por el dolor.

Dificultad de gozar sanamente. Obstáculos para hallar el camino de los que poseen la dicha de una salud sexual completa.

Esta noción explica el caso Baudelaire, que, insatisfecho perpetuo, renuncia a su sadismo para buscar el placer reacio o incompleto por las veredas masoquistas.

Así, cuando canta a su propia carroña pendiente de una horca y devorada por los buitres.

Así, cuando persigue el placer entre los brazos de mujeres repugnantes y deformes: enanas, gigantes, acondroplásicas, gibosas...

Así, Juan Jacobo Rousseau, condenado a no saborear los éxtasis de Venus sino viéndose azotar, flagelar por su amante.

Así, el jurista cuya historia cuenta Forel. Triste historia

de un hombre bueno que, para ver calmado su apetito sexual, veíase obligado a buscar pendencias, donde lógicamente había de llevar la peor parte.

Son muchas las rutas que conducen al hábito masoquista. Entre ellas destaca por escasamente conocida la *madre falica.*

El culto enfermizo a la madre puede llevar a poner en sus manos la dirección de la vida.

Estos enfermos desean ser alimentados por ella, que todos los cuidados corran a su cargo, representar su único amor, conseguir que atienda a todo, que se ocupe de todo...

¿Consecuencia de tales ambiciones? Nacimiento de actitudes pasivas que, extendiéndose progresivamente, acaban por conceder categoría masculina a la madre, femenina al hijo y reforzadamente femenina a la hija.

Queda por señalar un origen interesante de las tendencias masoquistas: propósitos inconscientes de auto-castigo, efecto de un complexo de Edipo desviado.

Como del complexo de Edipo hemos de hablar muchas veces en el transcurso de esta obra, por ahora basta con decir que por tal complexo entiéndese la atracción naturalmente predominante que el hijo siente por la madre y la hija por el padre.

Fase transitoria de la evolución sexual, capaz de alterarse por motivos muy diversos, puede originar hondas perturbaciones psíquicas.

Ante un sentimiento parásito indeseable existen varios tipos de reacción. Entre ellos, creer en la culpabilidad de sí mismo.

En creyéndose culpable surge la idea de auto-acusación. Remordimientos. Humildad. Propósitos de resignación. Conciencia de que nada se merece y a nada se puede aspirar. Pasividad. Masoquismo.

Temible perversión que, empezando por el bello gesto, bello y elegante, de amar más a quien ama menos, termina en esos calvarios infernales, todo podre, de no gozar sino siendo escarnecidos, vejados, aporreados, heridos. Aberración ni más ni menos merecedora de pleitesía que el sadismo.

ESCOLIOS

Leopoldo Sacher-Masoch era de raza española por parte de su padre. De origen ruso, por la madre.

España, contra lo que pretenden exploradores superficiales, es un pueblo masoquista. Gústale ser tiranizado. Rinde culto a ídolos absurdos. Si se alza contra ellos tras haberlos llevado en andas es porque, rendidos al halago, no acertaron a seguir imponiéndose.

* * *

Sacher-Masoch cuando contaba diez años de edad fué espectador de la revolución polaca. El hábito de sufrir y presenciar, atribulado, terribles sufrimientos dejó honda huella en el mozuelo.

Durante el resto de su vida no supo gozar sino padeciendo.

* * *

Sacher-Masoch, sometido, humilde, inteligente, rico en ternuras y juventud, debía lógicamente interesar a las mujeres, haciendo posible una inversión de la actitud pasiva propia de Eva y de que Eva reniega tantas veces. Ana Kottwitz, madura y desgraciada en su matrimonio, no vaciló en engañar a Masoch con un amante vulgar.

* * *

Masoch tuvo una primera fase teórica. Llegando la práctica morbosa de sus extravíos bajo la influencia nefasta de Aurora Rumelin. Esposa legítima, le vejó, le engañó, acabó fugándose con el socio industrial de Masoch. Extraño calvario. A un tiempo mismo, manantial de placer.

* * *

Como en la borrasca de los días del Marqués de Sade, hubo un faro: su cuñada; en las tormentas de Masoch, desempeñó análogo papel Hulda Meister. Obtenido el divorcio del escritor con su primera mujer, supo crear un hogar tranquilo, feliz, sereno, en cuyo regazo murió el autor de "La virgen de las pieles".

* * *

En la vida de los hombres desgraciados por culpas propias destaca siempre una silueta femenina que irradia paz y consuelo.

En los hombres poco venturosos, por culpa de factores extraños a su comportamiento y a sus méritos, este hada bienhechora falta.

No comento. Limítome a exponer un hecho. A exponer un hecho y a pensar que no siempre preside la justicia el destino de los hombres.

* * *

Contra lo que piensan los antipáticos y repulsivos matadores de mujeres, el sádico no es sino un enamorado de sí mismo. Sólo puede hablar de cariño masoquista.

Amar no es exigir, sino dar. Amar no es imposición, sino

ofrenda. Reconocimiento hacia quien nos trajo el amor. El amor vale siempre más que el objeto amado.

* * *

El buen enamorado exalta los defectos hasta verlos convertidos en perfecciones. Nunca totalmente.

Por lo bonito cualquiera se encapricha. Amar es ilusionarse con las imperfecciones. No dejando de reconocer que lo son.

La miel del masoquismo no está en buscar el golpe, la palabra grosera, el ademán obsceno que humilla y envilece, sino en olvidarse del propio placer para cultivar el ajeno.

Material y espiritualmente, ¿habéis pensado alguna vez en la crueldad de quienes diciendo querer mucho a la Deseada llévanla a espectáculos que la aburren? Por no quedarse ellos sin diversión.

* * *

Puede tanto y es tan recio el sentido femenino de la obligación sexual, que las pobres rameras de burdel, entre el cliente que las pega y maltrata y el que las suplica que lo peguen y maltrate, prefieren aquél. ¡Por más hombre!

La ley biológica del varón predominantemente activo y la mujer predominantemente pasiva constituye valioso alegato de la diafanidad del instinto frente a la adulteración llamada amor.

* * *

En las mujeres gustadoras insaciables del amor de hombres groseros, bastos, incultos, además de una tendencia masoquista, deben intervenir influencias y reminiscencias ancestrales.

Un estudio minucioso de los antepasados proporciona en estos casos valiosas e inesperadas soluciones.

* * *

La flagelación, tan en boga entre los masoquistas y las masoquistas, muchas veces no representa verdadero placer, sino eficaz aperitivo. Hay sensibilidades torpes que elaboran lánguidamente sus deseos. La flagelación azuza a la traílla. Como los espectáculos obscenos y las novelas eróticas. Con toda clase de ventajas por parte de aquélla.

* * *

La intervención de un masoquismo latente explica por qué hombres de calidad y mujeres de mérito se entusiasman locamente por hembras y varones sin condición alguna que lo justifique.

¿Quién no observó cómo resulta mayor el número de feas martirizadoras de sus maridos y amantes que el de mujeres guapas tiranas?

No son ellas la causa. Sí el masoquismo larvado de ellos.

RELATO

(Fragmento de una carta.)

"... Me voy. Donde nadie me conozca. ¿Arrepentido? No. Buscando libertad para mi aberración sí.

"Aun cuando me ofrecieran tesoros y poderíos déspotas no renunciaría a mi pecado.

"Necesito verme tundido, maltratado. No gozo si no es pos-

trándome a los pies de la Deseada. Para que disponga de mí. Como de algo inanimado.

"La Deseada no es única. El culto cambia incesantemente de Diosa. En cuanto ella, compadecida de mi ternura, comienza a ser bondadosa. No la quiero condolida, sino cruel. Autoritaria, seca, sin piedad. La piedad es un aceite pringoso que mancha y desvirtúa la pasión.

"Si querer resulta grato, ¿qué mérito tiene querer? Para sentirme satisfecho es necesario poner a prueba el espíritu de sacrificio.

"No admito limosnas. Los besos femeninos no me satisfacen si no los compro con lágrimas, insomnios y dolor moral.

"Nunca concebí que sea grato el papel de Don Juan. Don Juan era un ladrón. Yo aspiro a ser comprador generoso.

"¿Vale nada en la vida lo que una hora de amor? Si esto es verdad, ¿cómo disfrutar de ella sin haber adquirido previamente derecho a tal ventura? En mis primeras mocedades yo era otro modo totalmente opuesto. Tomaba a las mujeres por botín. Más que ellas me importaba el hombre derrotado. Nunca me dirigí a ninguna que no tuviese novio, amante o marido. Mi vanidad me exigía no emprender aventuras fuera de tan extraños límites.

"En ocasiones me expuse a serios contratiempos por hembras sin importancia, pero cuyo macho valía la pena. Cuanto más bravo, forzudo y popular, mejor.

"En estas condiciones, si acababa teniendo en brazos a la muchacha—nunca seduje viejas—, era una galante condescendencia.

"Con el tiempo aprendí que ellas no asistían indiferentes al forcejeo. Aprendí también que su preferencia tenía carácter de selección.

"Y dejaron de interesarme novios, amantes y maridos.

"Hay muchas mujeres inteligentes, sabedoras de que su

cuerpo es un trofeo. Dispuestas a no entregarlo por razones automáticas.

"Me descubrió estos horizontes una señorita pueblerina, cierta noche en que después de haber tumbado a su novio de un puñetazo delante de la reja donde ella le esperaba, semidesnuda, me dijo:

—¡Es usted más fuerte que él; pero ahora ha de vencerme a mí!

—¿A puñadas también?

—¡Como sea!

—¿Tanto le aprecia?

—Querrá decir: ¿tanto se aprecia usted?

—¿No era su amor?

—Era el escudero de mis ansias.

—¡Será su trovador!

—No necesito trovador, sino amo.

—¿Para humillarse?

—Para encontrar justificado abrir las ventanas de mi corazón.

—Eso equivale a invitarme al robo.

—Robar es un arte muy difícil.

—No sabiendo lo que se va a robar.

—¿Y usted cree saberlo?

—Desde luego. ¡Un beso!

—¡Poco es!

—¿Dado con los dientes?

—¡No es mucho!

—¿Dado sobre el corazón en la magnolia de ese seno que se agita impaciente bajo la seda de la chambra?

—¡Eso ya sería algo, si mi novio no hubiera huído!

—¿Quiere que lo traiga a presenciarlo?

—Quiero que venga solo. Si sabe prometer para no cumplir.

—¿La gustan los bravucones?

—Me gustan que se emborrachen mirándome hasta no decir lo que traían pensado y pensar lo que no han de atreverse a decir.

"Desde aquella noche conozco la dicha de acatar.

"Primero saboreé desprecios. Luego, insultos.

"Finalmente, malos tratos.

"Según mis íntimos, fuí cayendo, degradándome.

"Busqué rameras hediondas que se hartasen de pegarme.

"Con vergajos empapados en vinagre. Sobre los verdugones, salmuera.

"Satisfecho el placer preliminar, me hundía en el cieno de las más sucias aberraciones.

"Durante algún tiempo pude tener secreto mi vicio. Luego se han ido enterando.

"No siento vergüenza. Si encuentro serias dificultades para un cultivo regular del delicioso hábito.

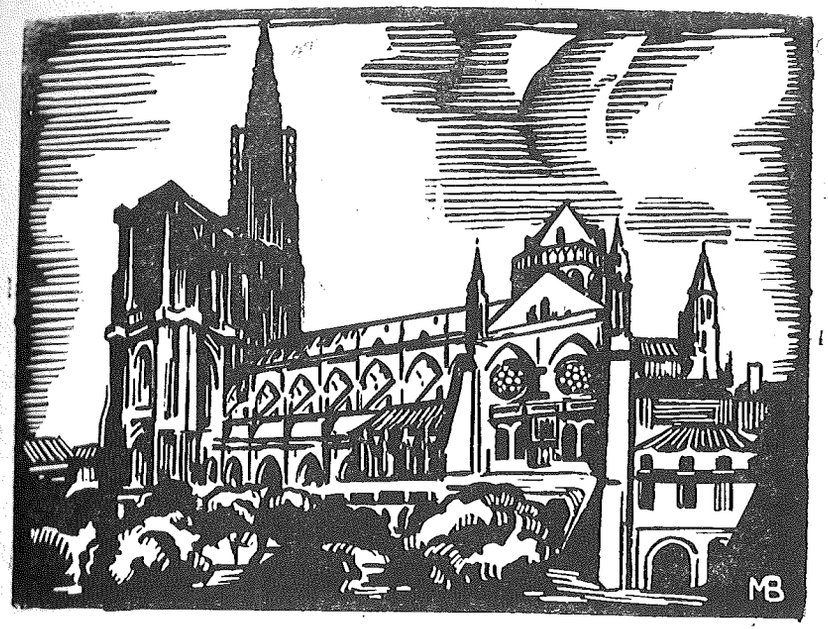
"Pienso emplear en él mi patrimonio. Cuando se acabe me pegaré un tiro o me arrojaré al mar.

"A la hora de morir lo haré tranquilo. No me atosigará el remordimiento de haber estafado a las hembras que me ofrendaron el arcano de su sexualidad.

"Seguramente me creerás cerca de la vesania. Te equivocas: Soy simplemente un hombre que cumplió su destino."

FETICHISMO

(SUPERVALORACION EROTICA DE OBJETOS NO APROPIADOS A LA FUNCION SEXUAL)



STRASBURGO

La Catedral.

TONO

ESTRASBURGO.—LA CATEDRAL

ESTRASBURGO es una ciudad seria.

Ni hosca, ni triste, ni desanimada. Simplemente seria. Grave. Pensativa.

Posee plazas enormes. Colosales. Como la de la Estación Central. Como la de Kleber. Como la de Gutemberg. Plazas circunspectas. Sin árboles, sin praderas, sin macizos, sin fuentes, sin bancos. Ceñudas. Ensimismadas. ¿Odio a los jardines? No.

La plaza de la República y, sobre todo, el Parque de l'Orangeise, son testimonio irrecusable del esmero con que saben cuidar las plantas en la capital de Alsacia. De la ternura que ofrendan a las flores.

El problema habita más hondo. Plantearlo es una tentación. Por la audacia que representa y por las dificultades que supone.

¿Cuál es el origen de la seriedad urbana de Estrasburgo?

La síntesis estética de la ciudad encuéntrase representada

por la Catedral. Una de las más bellas del mundo. Con permiso de Burgos, Milán y Colonia. Mezcla y pugna de los estilos románticos y gótico, con triunfo vocinglero de éste. Para pregonarlo cuenta con una torre vanidosa. De ciento cuarenta y dos metros.

El interior del templo, como la ciudad, serio. Naves anchas. Rica y abundante cristalería. Escasa luz. Capillas insignificantes. Impresión majestuosa. Ambiente solemne. Sin embargo, falta de espíritu místico.

No podía ser de otro modo. En Estrasburgo abundan los protestantes. Una de las calles más céntricas llámase de los Judíos.

Algunas iglesias primitivamente católicas encuéntranse afectas, ahora, al culto protestante. Santo Tomás y San Guillermo, entre otras.

No es de procedencia religiosa la seriedad de Estrasburgo.

Sin embargo, la catedral resume el espíritu de la población. Encuéntrase próxima al río. Entre la "Maison Kammerzell", edificada en 1589, y el "Château de Rohan", construído en 1728. Para servir de palacio al Cardenal Armando Gastón de Rohan.

La plaza sufre. Agobiada por la masa altiva de la torre. Tan claro es el carácter no dogmático de la iglesia, que en el crucero concede alojamiento a un reloj astronómico enorme, complejo e irreverente. Con sus ruidosos desfiles de personajes alegóricos.

Comprenderíase una modesta clepsidra para norma de ecólitos y beatas, o una esfera de torre para guía de los habitantes; nunca, este complicado artilugio espantador de la devoción.

A quien sinceramente se arrodilla, ¿qué puede importarle el curso del tiempo, si su preocupación es la eternidad?

La catedral posee un púlpito digno rival de los de Amberes. La piedra frente a la madera. Qué difícil debe ser conservar la necesaria humildad cristiana predicando subido en la obra maravillosa de Juan Hammerer. En 1486.

¿Cómo no sentir la tentación de pensar que aquellos encajes finísimos fueron labrados para servir de tribuna al que habla? Y si esta satisfacción acude al pensamiento, ¡qué cerca debe estarse del pecado! Pecado de orgullo.

En el portal de Erwin de Steinbach (1277 a 1318), tres vírgenes locas, pánfilas y afectadas, con el envanecido que las induce a tentación, y tres vírgenes prudentes, con su buen consejero, invitan a meditar sobre el modo de entender la voluptuosidad que el artista tuvo. Las prudentes están rígidas; las locas flexionan las caderas, descansando el peso del cuerpo sobre una.

La sinagoga atrae la atención más que la iglesia, demasiado bélica y demasiado segura de sí misma.

Como estos ejemplos pudiera ponerse varios. Estrasburgo supervalora su catedral no siendo una ciudad obstinadamente religiosa. Ni ella ni el templo.

Estrasburgo, cómo Brujas, como Venecia, tiene canales. Pero los alsacianos no pudieron, o no quisieron, convertirlos en remansos charolados, con prestancia de estanque. En la sede de las cigüeñas las aguas son de color esmeralda. Corriente rápida y discretamente ruidosa.

Vive en Estrasburgo un raro matiz de crisol de destinos trascendentales. A él se debe la sobriedad ornamental de sus grandes plazas.

¿Solera?

Sencilla de descubrir. En el número dos de la plaza Broglie, no lejos de la Catedral, a la que se va cómoda y rápidamente por la rue du Dome, cantó *por primera vez* la "Marsellesa" Rouget de Lisle.

La torre altiva de los ciento cuarenta y dos metros debió de oírla.

Como también las barcazas amarradas a la orilla, que sirven de lavaderos. Denigrándose y denigrando al río.

Suficientes pruebas para comprender por qué Estrasburgo supeditó todo al realce de su Catedral, donde sostienen pugna inmortal los estilos gótico y románico.

CIMBRA

El fetichismo, supervaloración sexual, presenta tres grados:

a) Fetichismo fisiológico exagerado.
b) Fetichismo patológico corporal.
c) Fetichismo patológico de objetos no sexuales.

A) FETICHISMO FISIOLOGICO EXAGERADO

Todos, hombres y mujeres, tenemos especial predilección por determinada zona anatómica del sexo opuesto.

Quién convierte en norte de sus preferencias los ojos, quién las manos, quién la voz, quién la sandunga al caminar.

Los demás encantos importan menos.

Otras veces el privilegio es psíquico: la bondad, el talento, la labia, la cultura.

Este fetichismo no es obstáculo para el ejercicio de una función sexual corriente. Sin cumbres ni hondonadas. Si se exagera, entra de lleno dentro de lo patológico.

Hombres que para enamorarse necesitan encontrar en la mujer determinadas condiciones somáticas o espirituales, o ambas cosas a la vez.

Condiciones que no pocas veces implican deformidad.

Este fetichismo atenuado parece originarse por la necesidad de obtener recursos para el sostén de la memoria.

Hay muchas personas incapaces de recordar por entero al ser amado. Necesitan apelar a evocaciones segmentarias.

De ordinario es en la niñez cuando se definen y consolidan estos cultos a la belleza parcial.

B) FETICHISMO PATOLOGICO CORPORAL

Aquí ver o acariciar una zona determinada puede adquirir categoría de equivalente de la función sexual.

Arehenholtz refiere el caso de un inglés para quien todas las fuentes del placer habían quedado reducidas al goce de jugar con los cabellos de una mujer hermosa.

Conocidos son los pobres enfermos que se embriagan con el olor fuerte de mujeres poco amigas del agua.

Krafft-Ebing cita la historia de un hombre que sólo se enamoraba de mujeres cojas.

¿Por qué sendas extraviadas puede llegarse a estos desencauzamientos?

Son varias. Una el acobardamiento sexual durante la infancia. Nacido el deseo y reprimido enérgicamente, la ilusión busca sustitutivos. Ya que no la posesión completa, la parcial. No es éste, sin embargo, el mecanismo frecuente.

De ordinario deriva el mecanismo patológico del fetichismo de errores infantiles. Entre ellos, el de suponer a la madre dotada anatómicamente lo mismo que al padre.

Cuando la experiencia pone en claro las diferencias, el niño necesita desplazar el caudal afectivo distribuído equivocadamente, y surge entonces la supervaloración compensadora de los ojos, del pie, de la mano, del cabello, etc.

Esta localización del entusiasmo sexual presenta, según

Freud, numerosas ventajas. El fetiche permite emplear grandes remanentes de energía de carga sexual que los obstáculos a una satisfacción fisiológica dejaran flotantes.

Como la existencia del fetiche puede pasar desapercibida, el enfermo encuentra grandes facilidades para la adoración.

C) FETICHISMO PATOLOGICO DE OBJETOS

Grado más acentuadamente morboso. De ordinario el fetiche encuéntrase representado por prendas de vestir.

La preferencia tiene interesantes justificaciones.

Como ha dicho Flugel, el vestido es poderoso enemigo del placer. De la fase auto-erótica suele quedar en muchas gentes una tendencia narcisista (admiración hacia el propio cuerpo) contrariada por el vestido, que, a la vez, resulta servidor leal del pudor, oponiéndose al goce sádico de contemplar. En síntesis, acatamiento al vencedor.

Variante pintoresca del fetichismo de objetos: deseo de llevar las prendas del sexo opuesto objeto de la supervaloración.

Enfermos que gustan vestirse ilógica y contradictoriamente para sus entrevistas amorosas. Completamente normales en cuanto al desarrollo.

Interesante ejemplo el de la fetichista que para recibir a su amante vestíase de hombre.

La conocida y anecdótica damisela que, prendada de un torero famoso, exigíale para entregarse que llegase a la alcoba vestido con su más lindo traje de luces.

En bastantes casos el fetiche no corporal desempeña papel de excitante específico. En hombres y mujeres dotadas generalmente de escaso vigor.

En un moro rico, amigo mío, ya difunto; el fetichismo

por las esclavas negras fué iniciándose a medida que decaía su capacidad amorosa.

En ciertos sujetos la clase y forma del fetiche resulta del modo que tuvo lugar la iniciación sexual o de una emoción violenta, de este tipo, sufrida en la infancia.

Como resumen de toda esta heterogénea enumeración, puede formularse la tesis de que en la médula del fetichismo no hay sino una sustitución de la realidad por la fantasía.

El cambio no es caprichoso. Obedece a una necesidad. La de encontrar modo de satisfacer el apetito sexual. Apetito copioso y no propicio a la demora.

ESCOLIOS

Parece que los fetichistas del pelo debieran sufrir terriblemente en estos tiempos de triunfo de la melena.

Como desde los cortadores de trenzas del siglo pasado al enamorado que conserva un rizo no hay sino una cuestión de grado, sería interesante averiguar si los solicitadores de cabello han aumentado o no con las nuevas modas.

No menos curioso fuera determinar si en la creciente frialdad con que el hombre civilizado va mirando el amor ha influído la difusión de la melena, ya que el color del pelo y su peinado representaron siempre intenso excitante sexual.

* * *

La moda de la melena nació del propósito de conceder a la mujer picante carácter de efebo. Observada la decadencia del afán sexual, y sobre todo del entusiasmo lírico, se persiguió obtener apariencias de masculinidad incipiente. Para halagar

el germen de homo-sexualidad que el culto a los deportes ha encendido.

Destruyendo un manantial de fetichismo sano.

Resultado: la exaltación amorosa perjudicada.

* * *

Una de las modalidades de fetichismo no patológico que se presta a más sutiles divagaciones es la preferencia por las rubias o las morenas.

No es cuestión de gusto ni de experiencia. En España, los leales al ambiente son partidarios de las morenas, los envenenados de exotismo rinden culto a las rubias.

Sea la que quiera la actitud, no habrá modo de negar que en nuestro país las rubias, amando, compórtanse como morenas. Pese al oro de su casco.

* * *

El fetichismo de la mano tiene numerosas justificaciones. La mano es más sincera que los ojos. Más elocuente. Más capaz de ternura.

A la hora del sufrimiento la mano sabe decir lo que no expresan nunca los labios ni los ojos. Cuando aquéllos hablan y éstos miran, ya la mano habíalo dicho todo.

* * *

También las manos mienten. La que no miente es la piel del resto del cuerpo.

Quien pretenda saber qué emociones atraviesa el pensamiento de su deseada habrá de comenzar por habituarse a interpretar las reacciones cutáneas.

En la piel cada poro tiene el valor de una boca sobre la cual no posee jurisdicción la voluntad.

* * *

El fetichismo del olor es penoso fetichismo. Singularmente si lo perseguido es el olor a fémina y no artificios de perfumería.

Olor quiere decir desaseo. O aseo incompleto.

Ello obliga a pasar por la humillación de tolerar deficiencias de pulcritud. Como prólogo enojoso.

* * *

Las mujeres rojas desprenden un olor singular, que es clarín bélico para ciertas mocedades agostadas prematuramente.

Olor en el que flotan reminiscencias de selvas africanas. La mujer de cabellos rojos huele a fiera, y es esta evocación de la selva lejana lo que enardece a los espíritus masoquistas. Y a los vanidosos que sueñan con triunfos de domador.

Al final de todo, jirones de desencanto. Las mujeres de pelo rojo son dulces y tímidas. Su anomalía capilar llévalas a elaborar complexos de inferioridad que las hace querer, no como fieras, sino con la mansedumbre de esclavas agradecidas.

* * *

El culto al pie pequeño y bonito tiene numerosas justificaciones.

Cuanto más pequeño es el pie, más sensación de ingravidez, de inmaterialidad, de alejamiento de la tierra.

Los pies pequeños hacen gracioso el andar, linda la danza y grato el cobijo de ellos contra el pecho. Cuando en los días crueles de invierno llegan ateridos por una marcha en que el temor y el sobresalto dificultaron la reacción.

* * *

Las medias tienen tal poder fetichista, que durante muchos años fué roído por curiosidades madrileñas malsanas y crueles la perversión de un pobre enfermo para quien la dicha toda reducíase a regalar medias de seda a las golfillas de la calle con la condición de devolverlas a los cinco o seis días de usadas.

Era entonces cuando comenzaba el placer. Su rito reducíase a llevar las medias apretadas contra el pecho.

El desdichado viejo, en el momento de morir, tenía bajo la almohada tres pares de medias que olían mal.

* * *

Los guantes que conservan la huella de los dedos de la Deseada son, y serán, un fetiche para los enamorados tardos de evocación.

El fetiche sexual, aun resultando comprensible cuando no llega a lo patológico, acusa inferioridad. Pobreza de imaginación. Para recordar a quien se ama no son necesarios estímulos permanentes. La existencia de ellos más perjudica que beneficia.

Impone raíles. Fija direcciones.

La imaginación, cuando quiere servir a la esperanza, apela a recursos diversos, incompatibles con un punto de partida invariable.

* * *

No todos los hombres ni todas las mujeres tuvieron la dicha de nacer con alas en el pensamiento.

La mayoría necesita de Cirineos. Eso y no más que eso es el fetiche. En todos sus aspectos, un Cirineo.

* * *

Existe un fetichismo de urdimbre enrevesada, consistente en no atreverse a contemplar a la Deseada totalmente desnuda. Ha de conservar las medias, los zapatos, los guantes.

No es, en su esencia, sino miedo a la Naturaleza. Falta de valor para romper con el artificio de que la prenda conservada es último y eficaz representante.

RELATO

(En forma de diálogo.)

ANTONIO.—¿Continúas con tu chifladura?

ARTURO.—Continúo. De la mujer sólo me interesa el cabello. Y de todos los matices, el negro.

ANTONIO.—Esa localización del entusiasmo presenta un inconveniente tan grave como impedirte percibir el resto de los encantos.

ARTURO.—El resto de los encantos tiéneme sin cuidado. Mi afán no es nada estrambótico. ¿Cuántos espectadores van a oír "Tosca" sólo por escuchar una vez más "El adiós a la vida"? ¿Cuántos apasionados visitan frecuentemente el Museo del Prado sin otro propósito que contemplar un cuadro determinado? Reducir equivale a intensificar.

ANTONIO.—Reducción es aquí sinónimo de miopía. Contra lo que creen gentes poco observadoras, el cuerpo de la

mujer no es síntesis, sino federación. Sólo en contados casos la entrega es total. Corrientemente hay disconformidad entre unas y otras regiones. Cabe que estén enamoradísimas las caderas, indiferente el cuello y enloquecidos los ojos. El rumbo no es único ni constante en cada mujer. Puede amarnos hoy la zona que ayer nos aborrecía. Obstinándose en no utilizar sino determinado punto de vista, estos cambios, esta renovación de misiones e impulsos imponen condena de no disfrutar. Pasan desapercibidos. ¡Es tan seductor encontrar hoy sumiso lo que ayer mostrábase en pugna con nuestro temperamento!

ARTURO.—No niego el placer. Creo sistemáticamente en todos los placeres. De lo que dudo a veces es de los dolores. Aun siendo real el goce, tal y como tú lo describes, tiene un tufo de pedante intelectualismo poco grato. A los altares de la voluptuosidad ha de acudirse ingenuamente. Olvidando el abolengo cultural, lastre estilizador. Dificultante. Si empezamos a analizar, a establecer clasificaciones, a cazar matices, el resultado será colocarnos en posiciones teóricas enemigas de un culto sincero a Venus.

ANTONIO.—El amor se diferencia del instinto en eso precisamente. En el manejo de motivos psicológicos. Tu fetichismo, tu supervaloración del poder erótico del cabello no es sino la consecuencia de lenta elaboración espiritual. O se ama infradiafragmáticamente, como el resto de los mamíferos, o se aceptan escenografías líricas. El fetichismo representa una percepción limitada. Tiene mucho menos de elección voluntaria que de limitación impuesta por deficiencias espirituales y somáticas. Gozar es abarcar, no concretarse.

ARTURO.—Todas las mujeres, feas y bonitas, tienen una clave estética. ¿No es lógico poner en ella la ilusión?

ANTONIO.—Cierto; todas las mujeres poseen una cúspide de hermosura variable, según los casos. ¿Por qué obstinarse

en adorar mecánicamente un encanto determinado, sea o no el mejor de la Deseada?

ARTURO.—Para poder concentrar el pensamiento. Y más que el pensamiento, la atención. Hay que dotar al amor de limpidez y dulzura. Simplificando la liturgia y el rito, ambos hoy excesivamente platerescos. Saber lo que va a ilusionarnos, sea como sea la mujer, es serio, firme, sencillo. Ahorro de clamores de la conciencia.

ANTONIO.—Con lo que se poda al amor de todo carácter de aventura imprevista. Se le roba fragancia. Y, lo que es peor, se merman las posibilidades de que amemos cada día de modo distinto a la misma mujer. El amor debe transmitir la sensación de que nace con la aurora. Siempre único y siempre distinto.

ARTURO.—¿Está usted haciendo la apología del adulterio?

ANTONIO.—Del adulterio, no; pero tampoco del marido que no acierta a hacer cada día nueva mujer de su esposa. El matrimonio es problema de ejecutante, no de instrumento. La mayoría de los esposos conciben el fetichismo como un comodín sexual. No tienen que renovar cotidianamente las imágenes.

ARTURO.—Comete usted el grave error de creer el fetichismo obra de la voluntad y no del instinto.

ANTONIO.—Pues si no es perversión susceptible de alivio, cuantas palabras hemos dicho fueron superfluas.

ARTURO.—Las palabras jamás son superfluas; las que pueden resultarlo algunas veces son las ideas. En este caso, tampoco. Por significar recuento.

ANTONIO.—¡Y profesión de fe!

ARTURO.—¡Exacto! El fetichismo constituye una religión. Su modo tiende a que, aun en los momentos de máxima embriaguez, los fieles sepan encontrar su camino. Sin necesidad

de iluminarlo. El fetichismo tiene tanto de báculo como de catalejo.

ANTONIO.—Sin posibilidad de sorpresas.

ARTURO.—¡Comodidad por tanto!

ANTONIO.—No belleza.

ARTURO.—Este es un concepto subjetivo fuera de discusión.

ANTONIO.—El misticismo amoroso resulta incompatible con un fetiche.

ARTURO.—¡Lógico! El fetichismo traduce un sentido enano, pero cómodo, de la pasión.

LIBIDINOSIS

(APETITO SEXUAL DESMEDIDO)

de iluminarlo. El fetichismo tiene tanto de báculo como de catalejo.

ANTONIO.—Sin posibilidad de sorpresas.

ARTURO.—¡Comodidad por tanto!

ANTONIO.—No belleza.

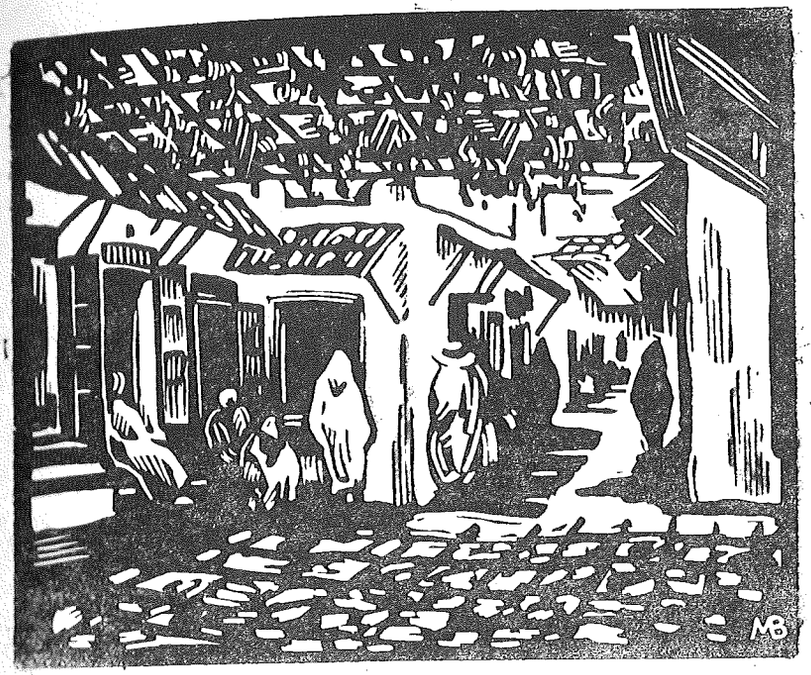
ARTURO.—Este es un concepto subjetivo fuera de discusión.

ANTONIO.—El misticismo amoroso resulta incompatible con un fetiche.

ARTURO.—¡Lógico! El fetichismo traduce un sentido enano, pero cómodo, de la pasión.

LIBIDINOSIS

(APETITO SEXUAL DESMEDIDO)



TETUAN

Calle de los Babucheros.

TONO

TETUAN: CALLE DE LOS BABUCHEROS



TETUÁN es una de las ciudades más sensuales del mundo.

Las playas de moda: San Sebastián, Ostende, Venecia..., poseen menos fuerza estimuladora. La voluptuosidad que en ellas se condimenta resulta más tosca, más bruta, menos sutil, menos natural.

Tetuán es tres ciudades en una. La mora, la judía y la cristiana.

La ciudad cristiana carece de interés. Pueblo andaluz sin andalucismo. Calles amplias, en pugna con el clima. Arquitectura de guirlache. Olvido total del ambiente moro. Pretensiones de europeísmo. Sólo en la cáscara. Descrédito para el buen gusto español.

El barrio judío es triste, angosto. Posee un carácter fuertemente definido. Temor. Agrupamiento de timideces. Nostalgias. Si brota la alegría, por obra y gracia del paso de alguna virgen hebrea, el contento que brota es dulce, suave, melancólico.

Ensueño pausado. Apocamiento.

El barrio moro está lleno de misterio. Calles noveleras, y, sin embargo, sensaciones reñidas con ficciones de libro.

Las luminarias encendidas son poco intelectuales. Radican en apetitos viscerales depurados. Como si los deseos infradiafragmáticos fuesen ennoblecidos brujamente.

Callejas sombrías, sin sol ni luna, que son hornos y forja para el entusiasmo sexual.

No hay en ellas árboles, ni fuentes, ni jardines, ni bellos edificios. Viejos muros encalados, empedrado picudo con baches y charcos, puertas discretas sin prestancia novelera. Al hechizo de tan exigua escenografía, ascienden al corazón presentimientos nupciales. Como si la finalidad de nuestros pasos fuese perseguir el amor de mujeres enardecidas.

El hervor de los sentimientos acúsase en una sinfonía de languideces, de tonalidades apagadas. Como si llevásemos la ilusión dentro de un fanal de vidrio deslustrado.

Bajo esta apariencia, tenso el afán, loca la esperanza, ansiosa la espera.

Aumenta este inexplicable efecto el desfile silencioso de las moras. De las moras de ojos en brasas y cuerpo depilado.

¿Por qué aviva tanto los entusiasmos el paso de una mora? No es lujuria ni rijosidad. Es crepitación erótica, nutrida de desconocimiento. El traje de la mora borra la línea, oculta las curvas, amortigua la flexibilidad de las caderas, hace señor a la cadencia del paso, hurta la tentación de la pompa de los senos, convirtiéndolos en masas informes. No hay modo de saber edades ni de saborear perfecciones. Este misterio es aguijón, espuela, fusta.

Ayudado por los ojos, vivos, inquietos, relucientes. Como espejos.

No poder evocarlos sino solos, aislados, magníficos o burlones, basta para que la voluntad quede prendida en ellos.

Avivan también los desmanes de la sensualidad el ébano de las esclavas. No ocultan su cara. No se recatan. Van de una tienda a otra. En incesante trajín. Jóvenes, tristes y sonrientes. Sonrisas leves. Posadas como mariposas sobre la comba morada de los labios. Lirios mustios, sobre cuyas tonalidades triunfa el amarillo de dientes de loba.

¿Dónde anida la razón de que las negras agreguen nuevas especies a la sensualidad de Tetuán?

En el ritmo de su cintura. Flexibilidad sabia que encierra el misterio de imprevistos comportamientos.

No es la basta provocación con que algunas europeas cargan la marcha sobre las nalgas. No es intención. Es naturaleza. Elasticidad felina.

Preguntando a sus amos y posesores, apréndese que la cualidad es totalmente desaprovechada por ellos.

¿Procede de tal incomprensión la tristeza de las esclavas?

¿Qué ritos ancestrales quedan malogrados por el afán monocorde de los dueños de estas estatuas de talle cimbreante, ojos tristes y labios gordos?

Contra lo que suele pensarse ingenuamente, la explicación no es proporcionada por los palacios.

En los palacios triunfa también el misterio. Silenciosos, sólo rompen el tesón de su mudez los surtidores de las fuentes. ¿Qué deseos campeadores asaltan en tan lindos rincones, dando la policromía chillona de los haití, habla de impulsos locos, de ciegas incontinencias?

Mármoles y tapices, cielo y fuentes. En los ojos, el cobalto del firmamento en mañanas de abril. En los oídos, el gemido, el lascivo y romántico himno del agua. En el ara, carne inquieta y cuyo contorno es bebido por los colores vivos de los tapices.

Siempre airón y condena. Recompensa y castigo. Misteriosa forja de máximas voluptuosidades.

El barrio moro de Tetuán constituye precioso relicario de arrobadoras exaltaciones, cuyo encanto básico procede de no ser artificio y sí producto de motivos ancestrales.

CIMBRA

Cuando de la obediencia al instinto sexual se trata, en tres grandes grupos pueden clasificarse los humanos (hombres y mujeres):

a) Los que obtienen satisfacción entera.
b) Los que lógranla incompletamente.
c) Los que no consiguen satisfacción alguna.

Características espirituales de los enteramente satisfechos. En ellos la función sexual adquiere pronto carácter de expansión periódica. Raza feliz de los maridos y amantes fieles.

No padecen el asalto tenaz de la inquietud. Lo normal de sus apetencias déjales libres el magín para labores perseverantes. De la mano o del cerebro. Su vida posee la serenidad equilibrada de las llanuras.

Llaman cursis a los enloquecidos por amores imposibles. Si tienen vocación de moralistas, hablan campanuda, desdeñosamente de pecado.

Como están satisfechos, muéstranse incomprensivos para quienes padecen hambre.

Casta ideal a la que debieran pertenecer todos los humanos si fuera una realidad la educación sexual.

Características espirituales de los incompletamente satisfechos.—Cantera de pecadores. Horno donde se funden las infidelidades. En numerosas ocasiones, culpa entera del egoísmo del otro.

Escasean los hombres y las mujeres a quienes preocupa el placer ajeno. La mayoría sienten intensa repugnancia a asomarse a estos cráteres. Las mujeres preocúpanse de si su hombre está más delgado o menos, de si come o no con apetito. Lo que no abordan es la investigación de si su dicha sexual es suficiente o escasa.

Los hombres hablan algunas veces de estas cuestiones.

No suelen pasar de un chau-chau picante.

Como la Naturaleza manda, surgen las complicaciones sentimentales, donde, pese a su disfraz literario, no hay sino hambre sexual no calmada.

¿A cuántas personas de ambos sexos no oísteis quejarse del mal humor, de las brusquedades, de las infidelidades del cónyuge, mal pagador de bondades y cuidados?

Rara vez se les ocurre a los quejosos volver la mirada hacia la alcoba. Que es donde reside la explicación de desabrimientos y aventuras ilícitas.

Características espirituales de los totalmente insatisfechos. El insatisfecho por motivos orgánicos o por inadaptación suele seguir uno de estos tres caminos:

I) *Sublimación* (fenómeno siempre inconsciente y, por tanto, ajeno a la voluntad).—La energía sexual consúmese en servir ideales científicos, artísticos, políticos, religiosos, sociales... El deseo ha sido desplazado.

II) *Adopción de rutas aberrantes.*—El sujeto se refugia en una perversión que le facilita satisfacer, por lo menos parcialmente, su ansia sexual: auto-eróticos, homo-sexuales, masoquistas, sadistas, fetichistas, etc.

III) *Persecución obstinada de la satisfacción normal.*—Don Juan, Mesalina. La legión de los desdichados que si consiguieran ver calmada su hambre serían capaces de trocar por entero el vivir. Caso del Marqués de Sade y su cuñada. De Don Juan y Doña Inés. De Masoch y su segunda esposa.

No siempre la suerte quiere que el remedio llegue. La vida, en casos tales, implica una tempestad. Los filisteos hablan,

altisonantes y campanudos, de vicio, de malas costumbres. Nunca de enfermedad.

El exceso de apetito sexual, como el hambre desmedida, como la sed sin tasa, traducen un padecimiento.

Ni indignación ni susto. Algo más difícil. Comprender.

¿Culpa nadie al diabético por su sed insaciable?

En no pocas ocasiones la insatisfacción procede de torpezas ajenas. Lo grato de un concierto no siempre depende de la calidad de los instrumentos. Desde este punto de vista, la mujer encuéntrase más perjudicada que el hombre. Abundan las muchachas casadas con varones incapaces de conducir el bajel a Citerea. Escasean los muchachos unidos a mujeres insensibles.

De Quartara es este párrafo:

"No tiene nada de sorprendente, dada la ignorancia (previa) de la complexión física del marido y de la fisiología del placer, que un discreto confesor católico haya podido establecer la conclusión que, de cada cien mujeres, ochenta declaran en el primer mes de matrimonio estar desilusionadas del matrimonio y encontrar preferible el estado de doncellez."

De Balzac son estas palabras:

"Vitupérase a las pobres criaturas que se venden por un poco de plata acuñada. El hambre y la miseria absuelven las uniones efímeras, mientras que la sociedad tolera y estimula la unión inmediata, mucho más terrible, de una doncella cándida y un hombre al que sólo ha visto durante tres meses, pero al que se ha vendido para toda la vida. ¡Cierto que el precio es elevado!"

Enfermedad o culpas ajenas, el apetito sexual insatisfecho, ávido, más merece compasión y consuelo. No censuras y sanciones.

ESCOLIOS

Abundan los casos donde la gazuza sexual es más aparente que efectiva.

Refleja, no deseos naturales, sino deseos espoleados artificialmente. El uso de aperitivos, intelectuales o físicos, puede transmitir una falsa sensación a los que rodean.

Del vigor, corrientemente, se habla más que se practica.

¡Resulta tan asequible el consuelo de la hipérbole!

* * *

Pecado de ingenuidad el de quienes ponen en juego el estímulo del alcohol como azuzador de energías perezosas.

Lo alcanzado por el vino, por el aguardiente, es quebrantar timideces relajando la censura.

* * *

Para explicarse muchas poligamias y poliandrias, interpretadas como casos de libidinosis, precisa darse cuenta clara de que, pese a todos los buenos propósitos, no siempre resulta fácil ni depende de la voluntad adjudicar a una misma persona el deseo sexual y el afán afectivo.

Se puede *amar* a una mujer, *desear* a otra y *querer* a una tercera.

Las mujeres tienen menos aisladas que los hombres la vida del sentimiento y la vida del sexo. Por ello creen en el amor único y perdurable, o fingen creer. Es igual.

* * *

Un grupo (merecedor de máximos respetos) de hombres con el pensamiento acobardado obstínanse en cultivar el trato de rameras, guiados por la ilógica presunción de que su ideal amoroso no puede tener realidad.

Las rameras son mala solución. Sus habilidades profesionales excitan, sin rendir el beneficio apetecido.

El trato con mercenarias del amor impide llegar a la ventura suprema. Lo automático jamás puede sustituir a la improvisación.

* * *

En las entrañas del amor no complacido anidan dos aspiraciones derrotadas:

a) Anhelo de contemplar.
b) Anhelo de compartir.

En el primer caso domina ambición somática; en el segundo, una ambición espiritual.

* * *

La ambición somática alza sobre el pavés hermosuras. El culto a ellas es inevitablemente fugaz. Se desea mientras se ignora. En pasadas todas las páginas, perdido el interés del libro.

Los horizontes físicos se agotan rápidamente. Por ser las cosas así, los hombres guapos a secas y las mujeres guapas sin aditamento excepcionalmente provocan una pasión. La gran belleza suele ser enemiga irreconciliable del amor.

* * *

El anhelo de compartir espiritualmente se satisface más prontamente y más por entero, en apariencia. Como el alma es

más rica en perspectivas que el cuerpo, esta variabilidad mantiene en actividad a la *libido* (apetito sexual).

El anhelo de contemplar, complacido, degenera en aburrimiento.

El anhelo de compartir, no satisfecho, se convierte en desesperación.

* * *

Napoleón cometió el craso error de decir que "en amor, la única divisoria posible es huir".

¿Huir del amor?

¿Cómo ignoró el Corso que amar no es producto exógeno, sino endógeno?

El amor no nos llega de fuera; procede de nosotros mismos, proyectado hacia afuera.

¿Quién podrá huir de sí mismo?

* * *

Las suegras vituperadas, puestas en la picota del ridículo, constituyen, ordinariamente, casos interesantísimos de desviación sexual compensadora.

Maltratan al yerno por celos. Celos inconscientes, inconfesables, cuya verdadera causa las escapa.

Quisieran encontrarse en el puesto de sus hijas. La acritud, el tesón en propinar alfilerazos, sus cicaterías viscosas y mordaces, son rencores de desdeñada.

* * *

Cuando las ofrendas a Venus disminuyen en cantidad e intensidad, la identificación (inconsciente) de los padres con los

hijos permite a aquéllos revivir los recuerdos de tiempos mejores sexualmente.

* * *

Otro aspecto. El odio de las suegras y suegros a los yernos es fruto de una necesidad. La de salir al paso de pensamientos que no se quieren tener.

* * *

Las alcahuetas no trabajan tanto por dinero como por seguir saboreando manjares eróticos. No pudiendo comer, gozan viendo cómo mastican otros.

* * *

En la alcahuetería alienta muchas veces un propósito de venganza. Odio a la juventud y la castidad. Estiman estas cualidades ofensa a su vejez y a su lubricidad pretérita.

* * *

El hambre sexual siempre alerta abunda más de lo que pueden figurarse quienes sólo tienen por guía rótulos y casilleros.

RELATO

Domiciano Cumbres fué siempre serio. Predestinado. Desde la adolescencia hácense notar los nacidos para vivir en desacuerdo. Lo que no siempre significa supremacía.

En la Facultad destacó poco. Ni pigre ni empollón. Ni sobradamente alegre ni excesivamente serio. Entreverado. Ni simpatías ni odios. Tolerado por su hombría de bien, cachazuda, lenta, sobria. Cualidades de comida de pastores viejos. Con la cara curtida por los vientos y las heladas.

Durante las clases, atendía. En ocasiones, arrastrado por inexplicable optimismo, tomaba apuntes. Afortunadamente para su salud intelectual, al querer ponerlos en limpio no podía. Por no acertar a traducir en letra clara lo escrito con abreviaturas funambulescas.

Tuvo durante la etapa universitaria tres novias: Margarita, Pilar y Concha.

Margarita rezumaba pavería. De iris color caoba, caderas amplias y tobillos gordos. Cuando la decían frases lindas, ponía los ojos en blanco. Suspiraba tan fuerte, que parecía resoplar.

Gustábala recitar versos, pasear por el Parque del Oeste y ver barrer la calle.

Fuera de esto, nada lograba sacarla de su pasividad.

Las relaciones duraron poco. Domiciano se aburría más que una teja en el almacén.

Pilar obedecía a esta fórmula: menuda, chata, rubia. Pecas en la cara y en los antebrazos. Debajo del respingo de la nariz, mohines maliciosos. Fingía tomar todo a broma. En realidad, daba a las cosas demasiada importancia.

Encontrando soso a Domiciano, tarifó con él para enhebrar nuevo noviazgo con un opositor a Correos, suspendido en tres convocatorias consecutivas.

Concha era gorda. A la manera de los modelos de Rubens. Carnes duras, deliciosamente nacaradas. Cara de buena. Piernas firmes. De líneas exuberantes el pecho. De tartana los movimientos de la cadera.

Conquistó a Domiciano Cumbres dejándose robar tres be-

sos. El primero en el cine, el segundo en el recibimiento de su casa y el tercero en un atardecer romántico del Retiro.

La luna de miel fué para Domiciano un desfiladero abierto en el espesor de montañas cuyas cumbres se cuajaban constantemente de flores. Siempre flores nuevas.

El panículo adiposo otorgaba a la carne de Concha una frialdad cianótica a un mismo tiempo inhibición y estímulo. La reiteración del panorama hacía pensar a Domiciano en otras mujeres. Mientras tenía a Concha entre los brazos.

Empezó a salir de ellos insatisfecho.

Cada amanecer adquiría carácter de suplicio. Por despertar esclavo de fiera exaltación. Concha avivaba sus deseos, sin acertar a calmarlos. Carecía su cuerpo opulento y majo de la virtud de rítmos adecuados.

Aguijoneado por ansias cada día más dominadoras, las posesiones lícitas no hacían sino exacerbar. Domiciano pensó en el adulterio. Como medio de recobrar el equilibrio nervioso que fué antes su mejor patrimonio. De soltero, las excursiones a Citerea iban seguidas de grata sedación. Ahora ocurríale lo contrario.

Por ello buscó alivio en lo ilícito al año de casado. Primero, una criada poco limpia; pero tan encrespada sexualmente, que en el instante decisivo sus gritos eran como puñales en la beatidad de la mañana. Mientras la cocinera marchaba al mercado y Concha a misa. Nuestro héroe llegó a asustarse de aquel ímpetu magnífico. Y despidió a su sierva. Poniendo gesto torvo.

De la aventura salió Domiciano aún más encorajinado.

Tampoco era aquélla la Samaritana que su sed requería. Demasiado atender sólo a sí misma. Conoció mujeres de todos los países, de todos los colores. Asaltadas entre nubes de dinero. Tomadas para ser despreciadas el mismo día. Por incompletas. Eran débiles o fuertes. El necesitábalas ni débiles ni fuertes. Elásticas en el tránsito.

¿Efecto? Siempre idéntico: agudización de una necesidad de contraste que le corroía las entrañas. Cegándole, ofuscándole. Paradoja de aspirar a ver sin abrir los párpados. Acabó obsesionado, no respetando sitio ni hora. Acosaba a cuantas mujeres encontraba. Con la mirada, con las manos, con frases de innoble envergadura. Chascarrillos lúbricos que olían a sacristía o cuarto de guardia. Que sólo a él enardecían.

Comenzó a adelgazar. A comer poco. A presentar aspecto enfermizo. A toser. A tener fiebre por las tardes. Y el heraldo señorial de las grandes ambiciones ilusorias huyó de él, agotado por el suplicio terrible de aliñar y no comer.

Víctima de la tortura de recibir respuestas ilógicas. Las mujeres se le daban a destiempo. Cuando quería una cosa, otorgaban otra. Con lo cual le despertaban sed devoradora de satisfacción total. Sin satisfacer un deseo, sembraban otros.

Hasta que el médico de cabecera habló de forma gravísima de tuberculosis pulmonar.

COMPLEXO DE CASTRACION

(ENVIDIA FEMENINA DE LA
ANATOMIA DE LOS HOMBRES)



BUSSACO

La Floreira.

TONO

BUSSACO.—FLOREIRA

A cuatro horas de Lisboa y tres de Oporto, está Bussaco, hondonada romántica, que cerca bélica muralla.

Cinco kilómetros de pared. Nueve puertas.

En el vallecito, vegetaciones exóticas. Arboles importados en el siglo XVI por navegantes portugueses o plantados más recientemente por los cuidadores de la posesión. Escenografía de selva. Triunfo de magníficos cedros. Del Líbano.

Desde "Cruz Alta", vértice del cercado, soberbio panorama. La espléndida persepectiva del valle del Mondego. Buena dotación de agua servida por rústicos manantiales. Bancos al margen de todo aspecto ciudadano. Capillas lindas.

Una cascada teatral, pero bonita, graciosa. "Cascada da fonte de S. Silvestre."

Encanto mayor: los senderos.

Puede recorrerse todo el recinto a través de amplios y cómodos caminos; pero la seducción radica en las veredas. Tor-

tuosas, angostas, arbitrarias, perfumadas con el aroma lujuriante de las plantas tropicales.

Olor enervador. Afrodisíaco.

Sin comparación posible. Las creaciones de Houbigant de Coty llevan escondidas en las entrañas de los pomos emanaciones de laboratorio. Perceptibles para todo olfato que resista serenamente el choque inicial.

En Bussaco son otros los efluvios. Fragancias que recuerdan fervores. Embalsamando el aire. Exquisitamente. Sin que ni un solo instante pierda voluptuosidad el ambiente. Lujuria ávida de ritos lentos y solemnes. No enardece la selva de Bussaco. Siéntense hundiéndose en ella desfallecimientos venidos del misterio de las entrañas. Cautelosamente.

Imposible resistir el hechizo de estas veredas magas donde flores y plantas intentan, en audaz irreverencia, embriagar al viajero.

Bordean los caminos, castaños, laureles, plátanos, cipreses, palmeras, tilos, abetos, pinos, cauforeros, olivos, helechos. Engastado en el centro de esta sinfonía botánica, el palacio.

Se construyó de 1888 a 1905. Puro estilo manuelino. Planos de un italiano, Luigi Manini. Colaboraron escultores: Barata y García. El pintor Condeixa. Destinado el edificio a residencia real, el arquitecto acertó a armonizar el estilo con el destino y con el fondo.

El estilo manuelino peca, generalmente, de confiteril.

No es sino un gótico decadente. Recargado con la aportación de motivos orientales. Arabes e indostánicos. Su final fué la conversión de un barroco delirante.

Bussaco no tiene la poesía del Monasterio de los Jerónimos (Lisboa), carece de la bonitura de cuento infantil del claustro de Santa Cruz (Coimbra), de la irreverencia descocada y graciosa de las capillas arbitrariamente incorporadas a la majestad del Monasterio de Batalha y, sin embargo, nadie

podrá encontrar discordante el palacio, clavado en el corazón del bosque.

Transmite al visitante sensaciones de leyenda. De romance recitado en una terraza tetuaní. Bañada por la luna. La codicia industrial convirtió el antiguo palacio en hotel. Hotel petulante; de deficiente organización. La labor de adaptar el antiguo destino al uso moderno, se realizó con poco acierto.

No es cómodo ni grato. Sin embargo, cuenta con abundante concurrencia. Extranjeros y parejas de enamorados. Habitaciones preferidas: las que durante el tiempo de la monarquía ocuparon los reyes.

¿Turismo de mal gusto?

Impresión de que no debiérase encontrar placer profanando. Dormir en lechos donde durmieron reyes, no puede resultar grato a nadie medianamente sensible. En los enamorados, aún menos disculpable. Allí deben saber a tumba, transportes y exaltaciones.

Menguado amor el que necesita de estímulos novelescos sostenidos por ambientes insólitos.

En el fondo de todo, cochina envidia. Comezón por gustar de placeres regios. Siendo republicanos. ¿Sinceramente?

Ser timonel de los destinos de una nación y dueño absoluto de la nave, inspira odios a los oprimidos, pero en el fondo de las conciencias afila sus uñas la envidia.

Los de abajo se alzan demoledores, conscientes de que nunca podrán escalar lo alto. En sus afanes de nivelación sueñan con derribar por imposibilidad de encaramarse. Justo y humano.

Pero si fuera posible, la mayoría votaría por emprender caminos opuestos. Subir ellos sin descender a nadie. Hermosos instantes debieron ser para los reyes los de asomarse al encaje de los balcones de la Floreira, durante las noches primaverales. En amos. No en huéspedes. Respirando aromas

despertadores de nostalgias de países lejanos donde son botín mujeres con cuerpo de ébano y ojos de cobre.

Profanar, odiar, es a veces el único consuelo de la desesperanza.

Bussaco conoce muchos secretos de esta clase.

CIMBRA

El complexo de castración tiene sus orígenes en la primera infancia. En lo esencial, envidia. Radica en el sexo femenino.

Explicación de que el odio de algunas seudofeministas al sexo opusto no sea sino amargura. Dolor por la desigualdad de papeles impuesta por la Naturaleza.

Tan exacta es la observación, que las *hominístas*—término feliz creado por el doctor Gómez Ocaña—no intentan reforzar las apariencias de su sexo, sino adquirir las del opuesto.

Visten, en lo posible, como hombres. Hablan en varón. Fuman, beben.

Si el sexo masculino es tan despreciable, ¿por qué este terco empeño en imitarlo?

Conviene mucho no confundir el feminismo hominista, con la tendencia actual de las muchachas a parecer muchachos.

En la dirección de tales orientaciones, lo que ha de verse no es sino un propósito de halago a tendencias homosexuales incipientes. Existen ahora como al final de todas las civilizaciones.

La misión activa del hombre dentro de la misión sexual, y la pasiva de la mujer, parece capaz de explicar, sin más sutiles rebuscas, el afán de algunas mujeres de parecer hombres.

No es así, sino examinando la cuestión con ligereza. Superficialmente.

Contra la pasividad biológica, tiene la hembra muchos medios de revolverse. Empezando porque en los humanos, pasiva y todo, suele ser ella quien inicia la tramitación amorosa.

La mayoría de los hombres se embarca en naves líricas a requerimientos más o menos velados de la destinada a acompañarlos.

El suele responder ¡voy!, porque antes le han dicho ¡ven! Sin el concurso de la voluntad femenina, no es corriente que den comienzo las aventuras.

Ocurre frecuentemente que los motivos que conducen a la mujer a estimular, no siempre son de raigambre sentimental. Intervienen con mayor eficacia el interés, el orgullo, la autoridad de los padres, el despecho, la vanidad, etc.

Las raíces del complexo de castración están en la primera infancia. Cuando la niña comprueba que anatómicamente es diferente de los niños.

Doloroso y poco grato descubrimiento.

Hasta entonces la idea era otra. Creencia en una identidad.

La falta de algo que los niños tienen, alumbra un sentimiento de inferioridad que, exagerado, puede influir en el rumbo de la existencia. Creando reacciones morbosas.

Por ejemplo, la observada por Jones, de generalizar los presumibles efectos de la carencia a la idea de que el placer es en el hombre más intenso que en la mujer, más total, más rico en tonalidades.

Como los niños, contra lo que suelen creer las personas no enteradas, distan mucho de conformarse con negativas ambigüedades e ignorancias, no tardan en hallar razón de la desigualdad.

La diferencia entre el niño y la niña, es consecuencia de que esta última ha sido objeto de una amputación dolorosa.

Con lo cual, el odio, la antipatía al sexo opuesto aumenta. Entre imponentes borrascas de amargura.

Mantenidos los residuos de esta emoción en los desvanes de lo subconsciente, suele exteriorizarse su permanencia bajo forma de obsesiones a base de cortar, de extraer, de morder.

Muchos impulsos femeninos, agresivos en la vida íntima, reconocen este origen.

Muchas ansias sáficas proceden de sentimientos de inferioridad, nutridos de envidia, por la supuesta superioridad física del varón.

Ambición de actuar como él, buscando consuelo a un déficit humillante.

Tal influencia tiene el complexo de castración en la psicología humana, que su símbolo encuéntrase en todas las religiones. Daly lo ha estudiado en la Mitología india.

La pérdida sanguínea periódica aviva en la mujer, al margen de su consciencia, la angustia de la pretendida castración.

A esta renovación del dolor, por la pérdida afrentosa, débense muchas rabietas, muchos gestos injustificados de mal humor, muchas inconsecuencias sentimentales durante el período. Cambios psíquicos para los cuales no hubo explicación hasta el advenimiento de la psicoanálisis.

No siempre las mujeres reaccionan así. A veces acuden como mecanismo de defensa a la exaltación de los senos. El hombre carece de este elemento de belleza, fuente inicial de goces sexuales y nutritivos. El orgullo de los senos adquiere así una categoría de antídoto. Gesto admirable de una discreta estrategia para mantenerse dentro de los campos de la normalidad.

Es, por tanto, sensato, conveniente y generoso, fomentar esta devoción en las mujeres parapetadas tras ella para rehuir un complexo de castración no bien revelado.

La dificultad brota de la escasez de senos lindos. Penuria acrecentada por el uso de sostenes que, anulando el esfuerzo de los músculos, los atrofia y empobrece.

El alarde con que se ve destacar los senos a algunas mujeres, no es sino respuesta al orgullo masculino, olvidado cada vez más de la galantería.

Sería curioso un paralelo entre estas dos actitudes, de regatear la pleitesía lírica y ostentar con engreimiento las tentaciones convexas.

ESCOLIOS

Son tan complejos los mecanismos psicológicos de la sexualidad, que, en ocasiones, toda la tristeza de no haber nacido hombre, florece en una divina ternura hacia los lisiados: cojos, amputados, deformes, etc., etc.

El espectáculo de la inferioridad masculina hace milagros de amor, que no logran las arrogancias viriles ni las osadías donjuanescas. La clave de tales paradojas ha de buscarse en el complexo de castración.

* * *

Cuando el amor no acierta a vencer la angustia de un sentimiento de inferioridad, consuela encontrar motivos de odio.

En ocasiones, ayudar a que se nos quiera mal, puede tener el noble valor de una caridad.

Mostrarse bueno y apasionado no es siempre deber primordial de quien ama a una mujer. Parecer malo, puede constituir la más leal generosidad.

La supremacía ética es capaz, mal manejada, de ahondar la herida de un complexo de castración.

* * *

Hemos visto cómo, generalmente, la coquetería obedece a un afán masoquista. Dejarse ver, darse en escaparate, constituye modo de servir a la tendencia pasiva propia de la mujer.

Frente a este tipo ingenuo de coquetería, debe colocarse la seudo-coquetería con carácter de represalia, donde los arrumacos sirven la finalidad de encalabrinar, para luego burlarse del atolondramiento.

Entre la coquetería obediencia y la coquetería represalia, pueden observarse todas las gradaciones intermedias.

* * *

En muchos casos de morbosa identificación espiritual de la hija con el padre, no hay sino propósito de adquirir cualidades de que el complexo de castración habría privado a la enferma.

En las ternuras excesivas, deben verse tendencias patológicas, cuyo diagnóstico importa no descuidar.

* * *

Si el amor suele tener para las mujeres mayor importancia sentimental que para los hombres, débese a que la rendición del galán representa alivio del dolor del complexo de castración.

Dominar a quien se estima anatómicamente superior, satisface a la vanidad sexual, tan poco consistente fuera de estas compensaciones.

* * *

El valor concedido por la mujer a las diferencias anatómicas de los dos sexos, presenta singular derivación en las costumbres guerreras de los abisinios. En ellos es norma corriente castrar al enemigo vivo o muerto. En algunas tribus rifeñas existe este hábito, así como en las de Australia y Polinesia.

Claro que la razón está en conceder a los órganos cercenados carácter de símbolo del valor.

Idénticamente a como piensan las mujeres afectas de un complexo de castración. Ellas también estiman suprema categoría funcional la virilidad.

* * *

El complexo de castración puede originar intensas derivaciones de fondo religioso. Valorando la pretendida amputación como un castigo, como un obstáculo al triunfo desmedido de la sexualidad genital, surgen propósitos expiatorios de auto-mutilación.

* * *

En ciertos casos de complexo de Edipo, predilección excesiva, morbosamente excesiva del niño por su madre, el deseo de saberla virgen, como medio de calmar unos celos patológicos, conduce a admitir la idea de una castración maternal. Explicación de hondos odios hacia el padre.

Las gentes hablan entonces de neurastenia.

* * *

En no pocos enfermos, el complexo de castración entra en conflicto con tendencias masoquistas, originándose la co-

existencia del miedo a la castración y del placer de sufrirla.

Los síndromes neurósicos de esta clase, son de difícil curación. La mayoría encuéntrase constituída por un retorno a la franca y lógica feminidad.

* * *

La maternidad es un buen antídoto del complexo de castración. Durante los partos, la salida del feto representa una compensación para la fantasía de las mujeres atribuladas por el complexo de inferioridad a que las diferencias somáticas de los sexos dan lugar.

* * *

Cuando el complexo de castración alcanza gran desarrollo, levanta tales muros entre la hija y el padre que, en caso de enfermedad de éste, puede mostrarse aquélla reacia a cuidarlo. Como dice Odier, cuidar equivale a tocar, y tocar es, en parte, iniciar la agresión.

* * *

Efecto de renunciar a la igualdad anatómica es un comienzo de desafecto a la madre, responsable de todo.

Si el padre, torpe e ignorante, no aprovecha esta ocasión para atraer a la hija, ésta retorna al amor maternal, para desarrollar inclinaciones masculinas o permanecer en el punto medio del camino, convirtiéndose en un caso de frigidez.

RELATO

(Fragmento de una carta confidencial.)

"Querido Paco: Te dijeron verdad. Me he separado de mi mujer. A los tres meses de casados.

No estoy triste, ni arrepentido, ni la guardo rencor. Tengo alegría. Alegría de dulzaina y tamboril. El alborozo de quien acaba de escapar a un serio peligro. Paréceme que volví a nacer.

Tú la conociste cuando estuvo en Madrid. Como era entonces, había sido siempre: hacendosa, modesta, sencilla.

Guapa, como la que más.

Afable, sumisa, complaciente. No regañamos de novios ni una sola vez. La primera trifulca fué esta que voy a referirte. La primera y la última.

Como antecedente que pudiera explicar el suceso, te diré que siempre, desde los tiempos en que éramos sólo amigos, se mostró quejosa de haber nacido mujer.

Las hembras llevan sistemáticamente, según ella, las de perder. Este condolimiento no pasó nunca de lamentaciones breves, que comentábamos humorísticamente.

La noche de boda fué tranquila. Rosalía se comportó correctamente, ni fría ni apasionada. Cariñosa, sin curiosidad. Como si conociese el rito. Acaso excesiva pasividad.

No se extrañó de nada. A cada ruego mío, obedecía con una tranquilidad que me llenaba de extrañas ideas.

No me he casado nunca, claro es; pero tenía otro concepto de la actitud de las novias. No me las figuraba asaltando el placer, como lobas hambrientas, pero tampoco amando como si realizaran una faena casera.

No me preguntó por la naturaleza de mis sentimientos.

Ni formó planes para lo por venir. Como detalle te diré, que, llegada la hora de dormir, en vez de hacerlo abrazada a mí, como yo esperaba, dió media vuelta, y de cara a la pared, recibió el don bendito del sueño.

No logré pegar los ojos. Me dolía como si me hubiesen arrancado un pedazo de carne pensar que mi mujer pudiera no haber conocido, en la noche decisiva, las venturas físicas del amor.

Por lo menos, no habíalo exteriorizado con la precisa claridad para poder considerarme satisfecho. Tú que conoces mi tendencia a rumiar detalles, no necesitarás gran esfuerzo para figurarte cómo pasaría aquellas horas interminables. Encendí infinitas veces la luz para ver la cara de Rosalía. Dormía tranquila, profundamente. Como un niño. En las comisuras labiales, un refuerzo de la respiración, sin llegar a ser ronquido. La pompa soberbia de los senos sometida al ritmo respiratorio, transmitía al busto una sensación de majestad.

Se despertó mirándome, sin sobresalto. Como si estar allí, a mi lado, fuese lo más natural del mundo. Recibió y devolvió mis besos; pero ni una vez la iniciativa fué suya. ¿Se entregaba sin deseo? La sospecha de que fuese así, era como un lanzazo para mi optimismo de la víspera.

¡Cuando la creía enamorada de mí!

No sé si en broma o en serio, empezó a llamarme ¡mi amo!, desde el momento de levantarnos. Así ha continuado las setenta y dos horas que hemos estado unidos.

Se bañó y vistió delante de mí. ¡Sin rubor! Como si estuviese sola. Sin la más pequeña precaución en defensa de sus pudores.

La segunda noche, pretextando cansancio o sintiéndolo, el espacio dedicado al amor fué más reducido. Como yo llevaba dos noches sin dormir, acepté complacido la limitación.

Cerca de las ocho se despertó. Mimosa, infantil, deliciosamente niña, graciosa, pícara. ¡Otra mujer!

Me propuso la travesura de que almorzáramos vestidos, ella con mi ropa y yo con la suya. Acepté, creyendo que el cambio no tenía otra importancia que una broma, comienzo de eras de alegría.

Estaba lindísima vestida de hombre. Con una imprevista picardía en los ojos, que me llenó de alborozo.

Me obligó a sentarme en un sillón, y arrojándose a mis pies, me hizo el amor.

Eran tan elocuentes sus palabras, había en ellas tan hondo calor de pasión, tan penetrante perfume de voluptuosidad, fina y sabia, tan ricos manantiales de lujuria, que sentí vergüenza de mí mismo.

¡Rosalía me estaba dando una lección!

¿Dónde podía haber aprendido aquellas frases ardientes?

¿De qué infiernos de lascivia reconcentrada procedía aquel tono azuzador?

No tuve tiempo de pensar mucho. Solicitando un beso, síntesis de nuestra pasión, se lanzó sobre mí. No fué beso, sino mordisco. Varios seguidos, que me llenaron de sangre la cara.

Aprovechándose de mi sorpresa, me tiró al suelo, donde me llenó el cuerpo de puntapiés.

—¿El amo? ¡Ja! ¡Ja! ¡El amo!

Y riendo como una loca, hubiera acabado conmigo, si no logro rehacerme y sujetarla.

Como comprenderás, nuestro matrimonio ha terminado.

De él me quedarán, por recuerdo, las cicatrices y aquel rosario de palabras candentes que me hicieron avergonzarme de mí mismo, por torpe, tímido e inexperto."

FRIGIDISMO

(DESGANA SEXUAL FEMENINA



LUCERNA

Le Pont de la Chapelle.

TONO

LUCERNA.—LE PONT DE LA CHAPELLE

LUCERNA es la más femenina de las ciudades europeas. Feminidad de hembra casta... Romántica, poética, serena. Por escasa fantasía que se tenga, el espíritu tórnase novelero al contacto de esta urbe, que sabe obsequiar al viajero con telas de oro. Para que construya tiendas donde alojar los ensueños que el espectáculo de la ciudad madura.

Frente a ellas, todos los caminos espirituales parecen libres. Todos, menos el propio. A que también lo sea opónense ilusiones indolentes.

Pereza de siesta. Cortadora en dos del tráfago cotidiano. Pereza de remanso.

Pereza de brazos sin belleza que aprisionar.

Los puentes.—Infantilidad. Los puentes de madera son el juguete del lago.

Viejos, muy viejos. Desde la Edad Media reflejan en la

esmeralda de las aguas sus vigas hoscas. Sus pies robustos. Son de madera. Un bosque.

Tienen techo, y en él, pintadas escenas de la historia de la ciudad. En el puente de los Molinos, la danza de los muertos.

Como el techo es en ángulo y bajo, los puentes cobijan con amparo de hogar. La madera refuerza la sensación, otorgándola matices campesinos .

El cortar diagonalmente las aguas, obliga a pensar en la violencia con que éstas corren. La evocación hace sentir fuertemente lo grato del refugio. De noche, esta constelación de emociones líricas cristaliza.

Al paso de los transeúntes, el maderamen cruje, gime, canta o redobla marcial. ¿Según el estado del piso? ¿Según la psiloclogía de quien pasa?

El miedo a turbar sueños legendarios, pone mordaza al capricho; pero la tentación es pedir al puente que cante una canción de cuna. ¡Muy bajito!

El lago.—Sosiego. El lago es azul. Azul verdoso. Toda su vida no parece tener otra justificación que reflejar y nutrir. Reflejar cumbres blancas, castaños verdes y puentes oscuros. Nutrir a un río ingrato. Al *Reuss,* que escapa brincando y cantando.

Para consolar al lago, cisnes y patos fingen seguir al río, dejándose llevar por su bullicio, hasta que junto al Puente de los Molinos, emprenden el regreso, burlándose del vanidoso desagradecido.

La rabia de éste impórtales poco. Saben ellos nadar tan bien, que el esfuerzo se trueca en diversión. Si el cansancio es mucho, las alas prestan ayuda.

Los barcos blancos, relucientes, pulcros, no inquietan al lago. Mucho chapoteo. ¡Son tan presumidas las hélices! Luego, nada. Estelas fugaces y superficiales.

¡Presumidas y antipáticas hélices! ¿Qué adelantarán con

malhumcrar a las barquitas de remos, donde turistas bobos se saturan de paisajes atildados?

Claro que no puede ocurrirles nada; pero a ellas las disgusta mucho recibir la impresión momentánea de que el lago se convirtió en mar.

Las calles.—Armonía. Las calles del viejo Lucerna son fanales, donde se conserva, pulcramente, un espíritu poético. Mezclas amistosas de motivos góticos con el renacimiento italiano.

Fuentes donde el agua parece llanto. ¡Tan lindas! ¡Tan inmortales! ¡Tan acertadamente colocadas!

Frente a ellas brotan dulces ensimismamientos. Como si esperáramos una melodía. Silenciosas, la fantasía las dota de poderes musicales. Música de reloj. Música de versos.

Adjetivo, clave de la impresión: bonito.

Bonita, como un cuento de hadas, la plaza Hirscher. Bonita, la fuente del Weinmarkt.

Bonitura armónica que invita al piropo.

Adjetivos útiles a este fin:

Lindo.
Gentil.
Gracioso.
Fino.
Delicado.
Mono (éste aun sonando a señorita que compra sombreros).

Maravilla la riqueza de temas y el acuerdo en que están. Ni un chillido de color. Ni un grito de las proporciones. Paz y adecuación.

Elegancia, si no se opusiera a ello la falta de pretensiones.

Las cumbres.—Conformidad. Las cumbres cumplen una enojosa misión: destacar.

Destacar en Suiza es sinónimo de ser escalado. Sufrir la afrenta de un restaurante. Soportar violines que escupen groseramente temas negroides, condenados a morirse de frío en la majestad gruñona de las selvas. Gruñonas por culpas de la seriedad inflexible de los abetos y de la tozudez de un viento engreído desde que resbaló sobre nieves inmutables.

No es éste el único rencor de las cumbres. Otro llevan en sus entrañas. Súbese, no con el propósito de admirar la altura, sino de contemplar otras mayores.

Así, los setecientos veinte metros de Sonnenberg, aúpan a los indiscretos para que perciban mejor la magnificencia del Pilatus. Así, Gutsch. Así, Dietschiberg.

Las cumbres viven horas buenas, merced a la generosidad del frío, que tiende sobre ellas el algodón de la nieve, para que bajo su disfraz puedan sentirse tierra independiente del afán humano.

Alejadas del estruendo, cábelas saborear su condición de esqueleto prudente.

Sin soportar violines desconsiderados, que escupen groseramente temas negroides.

CIMBRA

Infinitas mujeres padecen el tormento de la frigidez.

Numerosas madres llegan al cumplimiento de tan excelsa misión biológica sin haber conocido la ventura física del amor.

Constituyen el grupo de las llamadas madres-vírgenes. Más que la frigidez total, abunda la frigidez parcial. O lo que es igual, la satisfacción incompleta.

Estas mujeres, insatisfechas, pueden reaccionar de modos altamente perjudiciales para la evolución ética de su tiempo.

Carecen de comprensión para los pecados, porque ignoran el valor de la suprema felicidad. Ignorándolo, no conciben que, a cambio de ella, pueda darse todo. Lo que las lleva a confundir los términos pasión, pecado, vicio y enfermedad.

Se burlan del amor exaltado, como los que se aburren; con Beethoven y Bach, toman a chacota el éxtasis en que los iniciados caen oyendo la música de estos genios.

Hondo, grave y espinoso problema el de la frigidez. No todo de raigambre médica.

EGOISMO

Una buena parte de los casos de frigidez, tiene por etiología el egoísmo masculino. De ordinario, los hombres preocúpanse poco del placer de su compañera. Acaso porque ignoran que para quien sabe gustar el amor, es más grato otorgar que recibir. Amar, supone en todas las situaciones, más dicha que ser amado.

El egoísmo del varón suele imponer la oportunidad y la duración.

De estos hábitos deriva la formación de sexualidades femeninas pseudo-frígidas. Frígidas con un hombre, no lo son con otro.

Aquí radica la razón de esos casos paradójicos de mujeres duras, esquinadas, agrias de gesto y de carácter, con su primer marido; dulces, bondadosas, risueñas y alegres en el segundo matrimonio.

Es en este mismo filón donde debe buscarse el por qué hay mujeres locas por amantes, física e intelectualmente, inferiores a sus esposos.

La pasividad femenina no puede interpretarse, sin grave riesgo para la felicidad, como sinónima de indiferencia ante el placer.

INFLUENCIA

Los frigidismos parciales pueden reconocer por origen una influencia decisiva o excesiva del ideal varonil elaborado durante los ensueños de la adolescencia.

El padre, un hermano, un amigo de la casa, un profesor, un primer novio sirven de modelo, y luego, al correr de los años, todo hombre que no se parezca a él será recibido indiferentemente. Con repugnancia.

En los libros de las adolescentes ensoñadoras suelen encontrarse retratos recortados de los periódicos: actores, literatos, deportistas, sabios, cineastas, que poseen el valor de larvas de futuros frigidismos. Totales o parciales. No tiene tan poca importancia descuidar la vigilancia de los vuelos de la imaginación, como padres y educadores comodones pretenden.

La formación de ideales asequibles es, en todos los órdenes de la existencia, trascendental.

Infinidad de tragedias conyugales obedecen a que la casada encuentra tardíamente un hombre que corresponde por entero al tipo con que soñó en la aurora de la adolescencia.

Hablar de la culpa propia más que de los errores ajenos no es justo en este caso.

DEFENSA

El frigidismo presenta con frecuencia significado de parapeto.

Una atracción hacia el padre excesiva, morbosamente, origina actitudes frígidas. Siendo el padre hombre, ninguna fuente de paz como repudiar a todos los hombres. De este

modo se aleja el riesgo de que un galán pueda evocar la imagen amada y temida a un mismo tiempo.

En el fondo de la cuestión, ansia de masculinizarse. Como mecanismo de defensa. Como recurso para recobrar el equilibrio espiritual.

A la manera de la enferma citada por Laforgue y Alland, y cuya divisa era:

El hombre ama a la mujer que le huye.
El hombre huye a la mujer que le ama.

También puede invocarse la frigidez como consecuencia del miedo cerval a tener hijos.

En el fondo, las razones suelen ser otras.

Por ello es acreditarse de poco perspicaz dar por buena explicación tan somera.

EXPIACION

La humillación de amar lo que lícitamente no es amable según la ética presente, lleva a una repugnancia tal hacia el sexo opuesto, que renunciar al amor adquiere categoría de penitencia.

Desean embriagarse, y en no hacerlo encuentran expiación purificadora. Así la frigidez se ennoblece a sus ojos. Convirtiéndose en justo castigo.

Terrible sufrimiento.

El instinto reclama imperiosamente sus derechos. El organismo arde en fervores. Un sentimiento de raíces en lo inconsciente se opone. ¡Es preciso cancelar la deuda!

Y se huye del amor ciega, atropelladamente.

De estos conflictos íntimos al margen de los razonamientos, lejos de la experiencia consciente, hablan los ojos cargados de luz y de pesar.

Acaso sea ésta la más triste de todas las formas de frigidez.

Acaso también la peor comprendida.

ESCOLIOS

Muchas veces el desenfreno amoroso de una mujer no es sino persecución aterida de un placer siempre presunción, nunca realidad.

¿Vicio?

Fácil de decir. Difícil de legitimar.

No es discreto increpar a la enferma y dejar al margen a los incomprensivos que la excitan, sin acertar con el medio de apagar un fuego encendido por torpe impremeditación.

Amar es un arte. En ocasiones, una ciencia.

* * *

No se tiene derecho a indignarse sino después de haber roído esta evocación:

Calvario de la mujer que, habiendo
tenido muchos amantes, ignora AUN
la ventura física del amor.

* * *

Más terrible, más dolorosa, más turbadora esta otra evocación, ante la cual no cabe sino una sangría de toda nuestra piedad.

Calvario de la mujer que no
conociendo sino los brazos de

un hombre, con la imaginación,
tuvo cada noche un amante distinto,
sin que ninguno lograse el milagro
de hacerla sentir sensualmente.

* * *

La noche de novios constituye difícil prueba donde se incuban buen número de frigidismos. Los esposos habituados al trato de la meretriz, suelen olvidarse de que la mujer honesta es cosa distinta.

Para que la honesta rinda sus posibilidades de ventura, es forzoso no olvidarse de su condición primordial: la honestidad. Enloquecidas de entusiasmo cuando se ha tenido la habilidad de dejarlas enloquecer, aman como no sabrán nunca amar las profesionales del goce fingido.

* * *

Un sufrimiento anejo al frigidismo es el de no poder querer a los hijos tanto como se deseara.

Para querer a gusto a un hijo, es preciso haberlo engendrado a través de un gran placer y haberlo parido a través de un gran dolor.

* * *

En ocasiones, el frigidismo tiene por base un trastorno orgánico. Por ello, el primer paso en el camino de la curación encuéntrase representado por el examen ginecológico.

Si el resultado es negativo, se recurrirá a la psicoanálisis.

* * *

Muchas pobres mujeres se conforman con el placer preliminar. La ignorancia de la mayoría de los hombres en lo que respecta a estas cuestiones, les hace considerarse satisfechas en casos tales.

Cuando los trastornos nerviosos llegan, la palabra neurastenia o el comodín de ¡se la han puesto unos nervios imposibles! les permite vivir plácidamente.

En la higuera.

Ayudados por el recato femenino.

* * *

Las tendencias narcisistas—culto estético al propio cuerpo—pueden conducir a estados de recia frigidez.

Nadie merece poseer el tesoro.

Las hembras envanecidas son frías. Abundantes tenorios esporádicos fracasan por la torpeza de desarreglar un peinado o arrugar un vestido nuevo al robar el primer beso.

El peinado a base de esmero y tiempo constituye enemigo enconado del amor.

* * *

Si las tendencias narcisistas faltan, puede surgir igualmente la frigidez.

Desconfiando de la propia belleza, todo intento de pleitesía ha de considerarse burla.

La mujer teme más al ridículo que a la tristeza.

* * *

Complicado tejido psicológico el que lleva a algunas mujeres a convertirse en frígidas para darse a sí mismas la sensación de que no son mujeres.

¡Si lo fueran, no sentirían asco visceral por los hombres!

* * *

Son también muy interesantes los casos de mujeres que, creyéndose, por un complexo de castración, inferiores genitalmente al hombre, se convierten en frígidas. De este modo desplazan su energía sexual hacia otras misiones.

Ya que no en este campo, buscan la victoria en los combates de la inteligencia.

Si no amor, fama. Si no ventura física, triunfos materiales.

* * *

El varón debe pensar siempre, ante una mujer frígida, que la solución—¡si existe!—no puede esperarse sino de la ternura.

Animar, no vituperar.

Ni hablar de desamor.

Siempre resultó una torpeza mentar la cuerda en casa del ahorcado.

* * *

Es patética la evolución de algunos frigidismos en los cuales el rencor contra el sexo opuesto es tan intenso, que acaba por revolverse contra la propia masculinidad.

RELATO

(Diálogo.)

VICENTA.—¿Sin novio aún?

ANA.—¡No lo tendré nunca!

VICENTA.—¿Voto de castidad?

ANA.—Como la monja que más de corazón los haga.

VICENTA.—¿No sientes ansias de querer? Sin una ilusión, lícita o ilícita, para el caso es igual, la vida carece de sabor.

ANA.—Lo presiento. Tres o cuatro veces estuve en el dintel. Las circunstancias, o mi modo de ser, me obligaron a retroceder; pero aprendí que el amor vale ¡siempre! más de lo que cuesta. Aun en los casos en que tiene la vida por precio.

VICENTA.—¿Cómo renunciaste a él?

ANA.—De mal grado.

VICENTA.—¿Alguna historia desagradable?

ANA.—No tuve historias, sino prólogos.

VICENTA.—¿Algún prólogo desagradable?

ANA.—Todos lo fueron.

VICENTA.—¿Por culpa de ellos?

ANA.—¡No!

VICENTA.—Por culpa tuya.

ANA.—¡Tampoco!

VICENTA.—¿Tuviste que arrepentirte de la elección?

ANA.—¡No elegí!

VICENTA.—¿Eligieron ellos?

ANA.—¡Ni yo ni ellos! Una vida vulgar de niña mimada y con dinero me colocó ante hombres simpáticos. Debieron darse cuenta, y ni uno dejó de hacerme la corte. Recusé a todos.

VICENTA.—Calabazas no deben darse nunca. Es de mal

tono. Tan malo como mostrarse rápidamente enamorada. Bueno mantenerse entre dos aguas. Sin que sepan a qué atenerse. Ni nosotras tampoco. La claridad es enemiga del amor. Amor quiere decir devanar misterios. Si a los enamorados les diese por hablar diáfanamente, Cupido guardaría luto permanente.

ANA.—Tenemos concepto distinto del amor.

VICENTA.—Amar es alegría. Contento de vivir. Todo nuestro interior se enflorece. Como si fuese a pasar una procesión pagana. Es sentir centuplicadas las energías, avivado el afán. Cuando se ama, recíbese la impresión de ser mejor, más bravo, más fuerte. Todo se muestra reforzado. Teñido de imprevistos y vivos colores.

ANA.—Amar significa renunciar. El amor impone renuncias al pudor, concesiones al sentir ajeno. Hay que convertirse en barro. Dejarse modelar. No es amar imponer, sino aceptar. Someterse. Amor equivale a tristeza. Por significar nuevas rutas de final desconocido. El amor suele escoger mal. Se ama lo no debido. Requiere, para fructificar, rebeldía. Disconformidad. Amar con la aquiescencia de todos, propios y extraños, no es amar. No hay amor sin sacrificio. Pero el sacrificio puede ser de tal condición, que resulta inaceptable. Mi caso.

VICENTA.—¿Luego renunciaste al amor por representar sacrificios que te daban miedo?

ANA.—Miedo no. Repugnancia.

VICENTA.—¿Repugnancia a querer a quien nos quiere, al elegido?

ANA.—Sí, y grande. Nacida de atribuirle condiciones, rasgos que no son suyos. ¿Soportarías tú plácidamente el tormento de, correspondiendo a las caricias del elegido, ver cruzar el recuerdo de otro hombre? La tragedia de ser de uno

pensando en otro. ¡Besar una boca y figurarse que se besa otra! ¡Qué horror!

VICENTA.—¿Por qué no buscas esa contrafigura y te unes a ella?

ANA.—Sería horrible. ¡No lo digas! ¡No lo pienses! Tendré que odiarte y maldecirte. ¡Calla, loca! Tienes espíritu de serpiente. ¿Por qué invocaste tan monstruosa posibilidad?

VICENTA.—¡No creía molestarte! Lo dije por decir.

ANA.—Dijiste todo el espanto de mi dolor, puesto inesperadamente al descubierto. En toda su magnitud. En toda su terrible hondura. He tomado asco al amor ante la seguridad de que, fuese cual fuese mi entusiasmo, de que fueran las que fueran las condiciones, virtudes y excelencias del elegido, yo sufriría la condena de no dejar de pensar en otro. En quien no tengo derecho a pensar. En quien me horroriza pensar. ¿Casarme para ser adúltera desde antes de la ceremonia? ¿Cómo no sentir asco por una función base de tales extravíos? Tú, normal, encaprichada con un novio apropiado, ignoras este calvario de haber deseado al único hombre a quien no puedo pertenecer. De tener que huir de él, cuando no debiera apartarme de su lado. Por cariño y gratitud. Me da grima verlo cuando alegrarme sería lo natural. Todo, aquello y esto, contra mi voluntad.

VICENTA.—¿Pero ese hombre quién es?

ANA.—¡Mi padre!

ANAFRODISIA

(DESGANA SEXUAL MASCULINA)

pensando en otro. ¡Besar una boca y figurarse que se besa otra! ¡Qué horror!

VICENTA.—¿Por qué no buscas esa contrafigura y te unes a ella?

ANA.—Sería horrible. ¡No lo digas! ¡No lo pienses! Tendré que odiarte y maldecirte. ¡Calla, loca! Tienes espíritu de serpiente. ¿Por qué invocaste tan monstruosa posibilidad?

VICENTA.—¡No creía molestarte! Lo dije por decir.

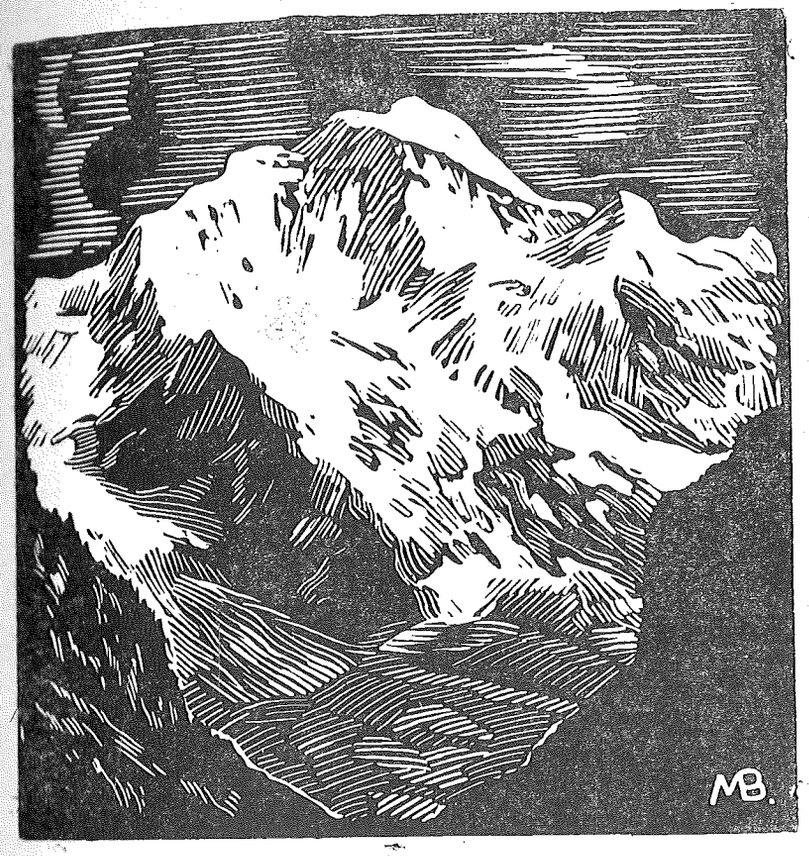
ANA.—Dijiste todo el espanto de mi dolor, puesto inesperadamente al descubierto. En toda su magnitud. En toda su terrible hondura. He tomado asco al amor ante la seguridad de que, fuese cual fuese mi entusiasmo, de que fueran las que fueran las condiciones, virtudes y excelencias del elegido, yo sufriría la condena de no dejar de pensar en otro. En quien no tengo derecho a pensar. En quien me horroriza pensar. ¿Casarme para ser adúltera desde antes de la ceremonia? ¿Cómo no sentir asco por una función base de tales extravíos? Tú, normal, encaprichada con un novio apropiado, ignoras este calvario de haber deseado al único hombre a quien no puedo pertenecer. De tener que huir de él, cuando no debiera apartarme de su lado. Por cariño y gratitud. Me da grima verlo cuando alegrarme sería lo natural. Todo, aquello y esto, contra mi voluntad.

VICENTA.—¿Pero ese hombre quién es?

ANA.—¡Mi padre!

ANAFRODISIA

(DESGANA SEXUAL MASCULINA)



DIE JUNGFRAU

TONO

DIE JUNGFRAU (3.457 METROS)



El paisaje de Suiza, lindo, escenográfico, pulcro, transmite al viajero fuerte sensación de artificio. Desde las casas de rojos tejados a las vacas cachazudas y pensativas.

El aseo de las ciudades, singularmente en los cantones alemanes, refuerza el efecto. Así como los lagos, con sus blancos vapores, sus cisnes y sus balandros. Las montañas, vistas desde lejos, recuerdan a los nacimientos—corcho y talco—de los años infantiles. A unos nacimientos construídos por artistas japoneses.

El embeleso emanado de este risueño contemplar no tarda en ser sustituído por afanes de saturarse de majestad. Obra del prestigio de las cumbres lejanas.

Entre todas, ninguna como la de Jungfrau. Etapa obligada para subir: Interlaken.

Consciente de su misión, Interlaken redúcese a una rebanada de hoteles, pensiones, restaurantes y comercios de mo-

das. Ultima y chillona despedida de la frivolidad. Destino del pueblecito: servir de punto de partida. Alma de ramera de barrio estudiantil.

Para reconciliarse consigo mismo, Interlaken cuida y mima a los viejos plátanos y a los viejos nogales de Hoeheweg.

Viejos plátanos y viejos nogales a la sombra de cuya melena rumorosa almacenes de pátina parisién intentan retener la atención de los turistas.

Sin esta tentación, las mujeres concentrarían su espíritu en la ansiedad de ascender.

Interlaken desempeña su misión sin vacilaciones.

Cuajada de bullicio cosmopolita. Ruido de sartén, que los cerros ahogan, temerosos de que pueda creerlo irreverencia la masa solemne de la gran montaña.

Esta noción de su deber es la que otorga a Interlaken cordial simpatía.

El ferrocarril de Die Jungfrau, obra maestra de la ingeniería moderna, débese al talento de un suizo, Guyer-Zeller. Diez y seis años de trabajo—1896 a 1912—. Doce millones de francos.

Las máquinas y los hombres mordieron las entrañas de la roca. Por la llaga asciende el cremallera. En Rotstock, a dos mil seiscientos sesenta y ocho metros de altura, empieza ya el túnel.

De trozo en trozo, una estación. Comedor, bar, galerías donde asomarse a contemplar la hondura...

Los viajeros preguntan, leen, emborrachándose de números. Eigerward (2.868), Eismeer (3.161), Jungfranjoch (3.457).

Envanecidos y temerosos. Se habla, en todos los idiomas, de que a estas alturas se duerme con dificultad. Cítanse casos graves del mal de montaña. Los cardíacos no deben subir. Por lo menos, de un tirón.

En el fondo, miedo a la grandiosidad.

Peor que el mal de montaña. Atonta como un tambor. Pregona tal resultado la falta de palabras eficaces. Todos quieren escaparatizar su admiración, y nadie lo logra. Su dotación de adjetivos quedó inservible después de haberse enfrontado en Interlaken con la moda de París.

Aquí, cosa distinta. Es la verdad, la Naturaleza, severa, augusta, quien nos habla. De nuestra insignificancia. Una muchacha morena da gritos al salir de la galería de madera al campo nevado (3.470). Como si hubiera visto ratones. Una yanqui llora nerviosamente. Un hombre rubio, apoplético, mueve los labios silenciosamente. Sin que sea posible determinar si reza o maldice. Ambas cosas pueden sospecharse.

Calman los guías con su serenidad profesional. En las comisuras tienen colgadas arrugas de desdén. Crepita en ellos la indignación contenida del cura que muestra el tesoro de su iglesia a visitas irreverentes.

Compréndese que el deber es callar, y nadie lo hace.

Muchos gastan bromas, que van a aplastarse secamente contra los bloques de hielo eterno. Sin haber dejado surco alguno de risa.

Defensas contra el impulso íntimo a renunciar.

La montaña, hosca y grave, arroja sobre nuestro corazón una conciencia de soledad que derrama susto.

No es únicamente soledad del individuo la que nos lanza. Antes de subir nos sabíamos solos. Es soledad de la especie.

Frente a este espectáculo, ¡cómo deben llorar los sacerdotes sinceros! ¡Dios está demasiado lejos del hombre!

¿Cómo distribuirse sin remordimiento misiones de representarle?

Aquí, en esos regazos donde la nieve duerme siglos y si-

glos en un sopor hendido de latencias destructoras, terminan las posibilidades de la especie.

¿Y luego?

Debe estárselo preguntando aquel viejecito tiritón de ojos desorbitados. Ojos de soldado muerto.

Hay que retornar en busca del espolazo del alcohol. Del comedor confortable, donde carteles locos hablan de las vanidades de abajo. De los escaparates de Interlaken. Es preciso volver para que no prenda en nosotros la tentación de no bajar nunca más junto a los hombres. Para que no prenda un ansia campeadora del sudario inmaculado de estas nieves.

CIMBRA

Ruina.—En muchos, en muchísimos hombres la incapacidad sexual es resultado de prácticas auto-eróticas.

Cada hombre nace con un caudal de energía. Si lo consume prematura y torpemente, cuando pretenda conocer las venturas físicas del amor, fracasará. Acaso frente la mujer que colmaba todas sus ambiciones.

Tristes vidas donde combaten la ilusión de querer y la realidad de no poder.

Ante tales tragedias, sólo una actitud es lícita: ¡no sacrificar!

Obran mal quienes piensan que el incitivo de la virginidad femenina puede resultar estímulo terapéutico.

Las mujeres honestas son, desde este punto de vista, de más difícil trato que las profesionales del amor mercenario. Su encanto es ignorar. El de las otras, conocer. Aquéllas piden. Estas ofrecen.

Nunca merecerá disculpa quien solicita amor sin poder otorgarlo.

Miedo.—La anafrodisia es muchas veces miedo. Al terrible momento de cumplir la misión para que se fué creado. Miedo de muchas clases.

Miedo a la mujer por carecer de aptitud activa.

La timidez traduce entonces falta de seguridad en comportarse masculinamente en las iniciativas. Conducir constituye serio problema para los hombres habituados a dejarse conducir.

Miedo a sí mismo. A la falta de vigor. A no poder ofrendar el cuanto necesario para justificar monopolios del querer.

Miedo obsesivo. La debilidad no existe; pero el terco rumiar izó un fantasma. El factor emotivo hace jugarretas que en momentos decisivos frenan, atan, amordazan y empobrecen.

Miedo al contagio. Se habla demasiado de peligros. Poco de remedios. Precaver no ha de ser sinónimo de huír.

Miedo al desgaste. Por olvido de que el funcionamiento moderado es, *en todos los órganos,* más sano que la inactividad.

Ejercitar equivale a mantener.

Estética.—Un gusto depurado puede alejar ocasionalmente del amor. Un fondo obsesivo es capaz de tejer generalizaciones injustificadas. Y sobre ellas, crearse situaciones penosas, con aspecto de irreparables.

No todas las mujeres tienen el don de saber mostrarse. Ni todos los hombres el de no pedir más de lo que se puede conceder.

La insinceridad que embadurna los claros metales del amor hace decir a muchas mujeres: ¡Ya no me ama! ¡Debe tener otra! Cuando debieran exclamar: ¡Yo no puede amarme! ¡Ya no puedo ser para él un crisol de fervores!

glos en un sopor hendido de latencias destructoras, terminan las posibilidades de la especie.

¿Y luego?

Debe estárselo preguntando aquel viejecito tiritón de ojos desorbitados. Ojos de soldado muerto.

Hay que retornar en busca del espolazo del alcohol. Del comedor confortable, donde carteles locos hablan de las vanidades de abajo. De los escaparates de Interlaken. Es preciso volver para que no prenda en nosotros la tentación de no bajar nunca más junto a los hombres. Para que no prenda un ansia campeadora del sudario inmaculado de estas nieves.

CIMBRA

Ruina.—En muchos, en muchísimos hombres la incapacidad sexual es resultado de prácticas auto-eróticas.

Cada hombre nace con un caudal de energía. Si lo consume prematura y torpemente, cuando pretenda conocer las venturas físicas del amor, fracasará. Acaso frente la mujer que colmaba todas sus ambiciones.

Tristes vidas donde combaten la ilusión de querer y la realidad de no poder.

Ante tales tragedias, sólo una actitud es lícita: ¡no sacrificar!

Obran mal quienes piensan que el incitivo de la virginidad femenina puede resultar estímulo terapéutico.

Las mujeres honestas son, desde este punto de vista, de más difícil trato que las profesionales del amor mercenario. Su encanto es ignorar. El de las otras, conocer. Aquéllas piden. Estas ofrecen.

Nunca merecerá disculpa quien solicita amor sin poder otorgarlo.

Miedo.—La anafrodisia es muchas veces miedo. Al terrible momento de cumplir la misión para que se fué creado. Miedo de muchas clases.

Miedo a la mujer por carecer de aptitud activa.

La timidez traduce entonces falta de seguridad en comportarse masculinamente en las iniciativas. Conducir constituye serio problema para los hombres habituados a dejarse conducir.

Miedo a sí mismo. A la falta de vigor. A no poder ofrendar el cuanto necesario para justificar monopolios del querer.

Miedo obsesivo. La debilidad no existe; pero el terco rumiar izó un fantasma. El factor emotivo hace jugarretas que en momentos decisivos frenan, atan, amordazan y empobrecen.

Miedo al contagio. Se habla demasiado de peligros. Poco de remedios. Precaver no ha de ser sinónimo de huír.

Miedo al desgaste. Por olvido de que el funcionamiento moderado es, *en todos los órganos,* más sano que la inactividad.

Ejercitar equivale a mantener.

Estética.—Un gusto depurado puede alejar ocasionalmente del amor. Un fondo obsesivo es capaz de tejer generalizaciones injustificadas. Y sobre ellas, crearse situaciones penosas, con aspecto de irreparables.

No todas las mujeres tienen el don de saber mostrarse. Ni todos los hombres el de no pedir más de lo que se puede conceder.

La insinceridad que embadurna los claros metales del amor hace decir a muchas mujeres: ¡Ya no me ama! ¡Debe tener otra! Cuando debieran exclamar: ¡Yo no puede amarme! ¡Ya no puedo ser para él un crisol de fervores!

Las mujeres no comprenden claramente la distinción entre amor, afán sexual y cariño. Las diferencias psicológicas entre hombre y mujer han abierto hondas zanjas.

Para Eva, cariño y fervor sexual son una misma cosa.

Sin embargo, se puede ser capaz de máximos sacrificios por una mujer y desear a otra.

Como se puede adorar a la Deseada y ser incapaz de comer sus guisos.

La función sexual ha de considerarse una de tantas. Como digerir o ver.

Amor quiere decir fusión del cariño con el entusiasmo sexual.

Defensa.—Si durante la infancia se padeció honda y morbosa atracción por la madre—complexo de Edipo—, la anafrodisia puede constituir un mecanismo de defensa. Contra posibles evocaciones incestuosas.

El horror de la tragedia edipiana representa suficiente motivo de inhibición para el deseo. El origen de la indiferencia ante los problemas del sexo puede pasar desapercibido para quien lo padece.

Preferible a esta solución, es la de optar por mujeres zafias, burdas, imposibles de confundir con el tipo fino y espiritual que los edipianos suelen adjudicar a su madre.

La distancia entre las dos modalidades femeninas representa un salvoconducto de paz interior. Numerosas feas y brutas han escanciado, merced a estas tácticas de la inquietud, entusiasmos destinados a más exquisitos empleos. Aun cuando el orgullo las haga creer otra cosa.

Desviación.—Suele atribuirse gran parte de las anafrodisias a la coexistencia de perversiones y desviaciones del instinto.

Existe en esta creencia un error de enfoque. Y cronológico.

Las aberraciones y perversiones no son causa, sino efecto. El enfermo acude a ellas por encontrar cerrado el camino de la satisfacción normal.

Buscan soluciones anormales por no estar a su alcance la fisiológica.

Ante un hombre con anafrodisia y perversiones sexuales, el camino de llegar al diagnóstico es plantearse tres cuestiones:

1.ª Modalidad de la anafrodisia.
2.ª Urdimbre psicológica o somática de ella.
3.ª Mecanismo por que fué elegida la perversión.

Las perversiones son caminos al margen de la ruta básica. Aun en los casos de impotencia por auto-erotismo. Esta aberración posee constantemente una raíz psicológica.

Este hecho, fuera de discusión, constituye una de las bases de la Psicoanálisis.

ESCOLIOS

Muchas mujeres quejosas de los entusiasmos masculinos debieran mirarse al espejo vestidas, desnudas y en el momento de desnudarse.

El amor rinde culto a los defectos; pero escasea tanto el amor, que no resulta lícito confiar en su benevolencia.

* * *

No todo el problema radica en la calidad. Muchas veces el secreto está en el modo de mostrar. La coquetería, por pegadiza y artificial, suele quedarse a la puerta del templo. En el ara, la franqueza parece entonces apocamiento y torpeza.

El amor no perdona ni el encogimiento ni la desmaña.

Las mujeres no comprenden claramente la distinción entre amor, afán sexual y cariño. Las diferencias psicológicas entre hombre y mujer han abierto hondas zanjas.

Para Eva, cariño y fervor sexual son una misma cosa.

Sin embargo, se puede ser capaz de máximos sacrificios por una mujer y desear a otra.

Como se puede adorar a la Deseada y ser incapaz de comer sus guisos.

La función sexual ha de considerarse una de tantas. Como digerir o ver.

Amor quiere decir fusión del cariño con el entusiasmo sexual.

Defensa.—Si durante la infancia se padeció honda y morbosa atracción por la madre—complexo de Edipo—, la anafrodisia puede constituir un mecanismo de defensa. Contra posibles evocaciones incestuosas.

El horror de la tragedia edipiana representa suficiente motivo de inhibición para el deseo. El origen de la indiferencia ante los problemas del sexo puede pasar desapercibido para quien lo padece.

Preferible a esta solución, es la de optar por mujeres zafias, burdas, imposibles de confundir con el tipo fino y espiritual que los edipianos suelen adjudicar a su madre.

La distancia entre las dos modalidades femeninas representa un salvoconducto de paz interior. Numerosas feas y brutas han escanciado, merced a estas tácticas de la inquietud, entusiasmos destinados a más exquisitos empleos. Aun cuando el orgullo las haga creer otra cosa.

Desviación.—Suele atribuirse gran parte de las anafrodisias a la coexistencia de perversiones y desviaciones del instinto.

Existe en esta creencia un error de enfoque. Y cronológico.

Las aberraciones y perversiones no son causa, sino efecto. El enfermo acude a ellas por encontrar cerrado el camino de la satisfacción normal.

Buscan soluciones anormales por no estar a su alcance la fisiológica.

Ante un hombre con anafrodisia y perversiones sexuales, el camino de llegar al diagnóstico es plantearse tres cuestiones:

1.ª Modalidad de la anafrodisia.
2.ª Urdimbre psicológica o somática de ella.
3.ª Mecanismo por que fué elegida la perversión.

Las perversiones son caminos al margen de la ruta básica. Aun en los casos de impotencia por auto-erotismo. Esta aberración posee constantemente una raíz psicológica.

Este hecho, fuera de discusión, constituye una de las bases de la Psicoanálisis.

ESCOLIOS

Muchas mujeres quejosas de los entusiasmos masculinos debieran mirarse al espejo vestidas, desnudas y en el momento de desnudarse.

El amor rinde culto a los defectos; pero escasea tanto el amor, que no resulta lícito confiar en su benevolencia.

* * *

No todo el problema radica en la calidad. Muchas veces el secreto está en el modo de mostrar. La coquetería, por pegadiza y artificial, suele quedarse a la puerta del templo. En el ara, la franqueza parece entonces apocamiento y torpeza.

El amor no perdona ni el encogimiento ni la desmaña.

El amor requiere, ante todo, sinceridad. Valor para ser sincero.

* * *

Cuando se siente la humillación de un fracaso sexual, precisa pensar en el escenario de la tragedia.

Los muebles, las vistas del balcón, las perspectivas, los arreboles del horizonte pueden influenciar, y de hecho influencian, la acometividad varonil.

Sabiduría de los débiles escoger fondo apropiado.

* * *

Tan cierto, que muchas incapacidades obedecen exclusivamente a la manera como tuvo lugar la iniciación.

El burdel, diana de la sexualidad, constituye serio motivo de anafrodisia.

* * *

Si la debilidad recae en un paranoico, no es extraño que éste atribuya las dificultades a animosidad de implacables enemigos.

Darse cuenta prontamente supone prestar un buen servicio al enfermo. Al enfermo y a su familia.

* * *

La anafrodisia puede proceder de dilapidar energías que no se poseen.

La castidad excesiva será siempre sospechosa en los adolescentes. De disimulo hábil o de anafrodisia.

* * *

Identificándose espiritualmente con la madre, se puede llegar a adquirir unas actitudes pasivas de naturaleza femenina. Camino de francas tendencias homosexuales, aminoradas del impulso natural.

* * *

Existen enfermos en los cuales la debilidad sexual requiere extraños aperitivos.

La vergüenza de confesarlo puede crear anafrodisias que no lo son sino parcialmente.

* * *

Difícil papel el de la mujer enamorada ante un caso de anafrodisia.

Cualidad preferente: equilibrio.

Mostrarse audaz acoquina al elegido. Comportarse tímidamente es grillete para el entusiasmo.

Hablar claramente ofende. Callar perjudica.

* * *

Cuanto más alarde, menos verosimilitud. En ningún campo se miente tan descaradamente como cuando se ha dicho: ¡a presumir!

Los satisfechos esquivan hablar de sus victorias. El secreto aliña la salsa del amor. Presumen los que no poseen o poseen a medias. Presumir supone gritar. Buscando retener la atención transeúnte. Que de otro modo pasaría indiferente.

* * *

Nada tan cómico como el mentir de los hombres maduros. Nunca tuvieron experiencia propia. Fíngenla ahora. Parapetados en el comodín de los años.

El culto a lo anecdótico debe interpretarse como sinónimo de una imaginación desmandada. Por falta de trigo que moler.

* * *

La emoción de perseguir las venturas físicas del amor puede incrementarse en grado desconcertante por la adición de otras emociones. Dos sobre todo.

La emoción de ser sorprendido, que aumenta el placer, y la de descubrir matices nuevos en la Deseada.

* * *

Norma sana y útil: el deseo no será espoleado. Ha de nacer espontáneamente. Esporádicamente. Cuanto más espontánea y esporádicamente, mejor.

Pretender comer no teniendo ganas es conspirar contra la salud.

¡Al buen entendedor...!

* * *

Las mujeres toscas cuentan con máximas probabilidades de agradar. El exceso de ingenio inhibe.

Singularmente a quien carece de él. Sobre todo si se trata de ingenio inquieto, amigo de encaramarse.

RELATO

(Panoramas.)

I. Doce años.—Muerta su madre, llévanlo a lujoso internado. Tratan de instruirlo. No se inquietan por educarle. Sus camaradas lo inician brutal, groseramente en las prácticas onanistas.

Adelgaza. En los ojos se encienden las hogueras de la fiebre. Deja de comer bien.

Alarmada la familia, lo saca del colegio. Sale llevando sobre los hombros la carga de un mal hábito.

El campo mejora su estado físico. No alivia su enardecimiento erótico.

II. Catorce años.—Continúa sus prácticas eróticas. Aminoradas porque la ambición y la vanidad hicieron de él un estudiante tenaz.

Tímido, irresoluto, miedoso, cobarde, busca en la fama de aplicado coraza y peto. Fía al respeto ajeno lo que no puede salvaguardar con el ímpetu propio.

Sigue encanijado.

Mirada melancólica. Afán de lejanía. Como los pastores del llano.

III. Diez y seis años.—Primera novia. Una amiga de la casa. Pizpireta. Chatilla. Donosa.

Boceto de mujer. Menos en el pecho, inesperada y procazmente audaz. Piernas recias. De deportista. Poco finas. Tobillos gordos.

Incensario de picardía callejera.

El se encalabrina. Sin acusarlo. Las audacias son puramente imaginativas. Recrudecimiento del auto-erotismo. Los parientes atribúyenlo al demasiado leer. Incluso la propia novia. Tiénenlo por poco decidido y demasiado sabihondo.

La gustaría con más alma. ¡Con más salsa!, dice la muñeca, afanosa de conocer el goce de contener. A su galán no necesita contenerle.

Tan aguda es la exaltación solitaria, que nuevamente ha de apelarse al recurso del aire libre.

El noviazgo queda roto. La novia se ríe. Al novio le es indiferente. Ningún lazo de los que los unían vale un pitoche.

Los amigos y las amigas de él y de ella consideran lógico el final.

IV. Diez y ocho años.—En la olla universitaria. Pequeñas travesuras. A base de bailes en la Bombilla y de lances de juego en una tasca de la calle de la Luna. Poca suerte y poco entretenimiento. El amigo piloto de la pandilla gana varios duros. Se habla de mujeres duchas. Camino de un burdel hediondo, van cuatro camaradas.

Le toca con moza de treinta años. Llegó a querida de un novillero de fiestas pueblerinas. No pasó de ahí. El diestro casó con la hija de su patrona y pusieron una pensión. El novillero vive ahora de la pensión y de la hija de la patrona. Sin otra obligación que no tener "líos".

La patrona y su hija muéstranse satisfechas del torero. Desde que supieron su regaño con la moza de treinta años.

Como había salido del burdel, al burdel volvió.

Recibió al muchacho felina, ávida. El la miró con miedo. Tanto, que retornó al grupo ignorando los mercenarios simulacros del amor.

Por culpa de la moza de "treinta" años.

V. Veinte años.—Tentativa renovada. Idénticos resultados.

Sobresaltado, hace confidencias. Se ríen. No tiene nada de particular. A infinidad de hombres les ocurrió lo propio. La mancebía daña y cohibe a los soñadores.

Cree de buena fe que soñar y tener costumbres autoeróticas son términos sinónimos.

Y agudiza sus hábitos perjudiciales. El espectáculo de la belleza, en vez de apartarle de ellos, le hunde más hondamente en la perversión.

Si se encuentra ante la fragancia de un cuerpo virgen, su masculinidad responderá de otro modo. Lo piensa por consolarse.

La familia le proporciona novia rica, guapa. Cortas y tórtigas las piernas. Demasiada pelusa en las mejillas. Ojos pausados. Poco retrecheros. Encantos principales, el busto y ser hacendosa. Su desarrollo augura obesidades próximas. Ya la cuesta trabajo ponerse y quitarse las medias.

A él le solivianta ante todo lo blanco y fino de las carnes.

Dentro de dos años, en ganando unas oposiciones, casarán.

VI. Veintidós años.—Ya son esposo y esposa. Terrible noche nupcial. Trasciende a las familias. Los expertos hablan de emociones incoercibles. Después de todo, naturales.

El confesor de la casa recomienda circunspección. Pasan días. Resultados como con la moza de treinta años que fué querida de un novillero.

El no quiere pensar. Las semanas transcurren agradablemente. Teme a las noches. Ella comienza a malhumorarse. Una amiga la aseguró que los nervios es torpe disculpa. ¡Falta de ilusión y nada más que falta de ilusión!

En el fondo de todo, ofensa a la mujer.

Cada vez peor. La persecución del placer adquiere caracteres de faena agrícola.

Ella anuncia su propósito de no someterse a más ensayos. Se cree guapa, y aquel rosario de bancarrotas parécela mancha de su valía. Pelladas de lodo.

Tiene derecho a un hombre completo.

El se pega un tiro. Llegan dos capellanes a tiempo de bendecirle.

En la capilla del colegio donde estuvo interno dicen misas por la salvación de su alma.

HOMOSEXUALIDAD

(ATRACCION SEXUAL DE UN HOMBRE HACIA OTRO)



BERNA

Marktgasse.

TONO

BERNA.—MARKTGASSE

En Berna, pacífica, burguesa, limpia, ordenada, recíbese, pese a estas condiciones, rara sensación de incertidumbre. Hay en ella tres ciudades. No como en Tetuán, donde el barrio moro, el español y el judío conservan perfecta autonomía, sino a medias, fundidas y parcialmente en pugna.

A la capital de Suiza defínela su falta de definición. No tiene carácter sino a fuerza de tener varios. Ciudad abigarrada, pese a las suaves tonalidades del ambiente. Nada chilla en la ciudad; pero la ciudad es un griterío de matices que pugnan por colocarse y no lo consiguen.

Algarabía de gallinero teatral. En tarde de domingo.

Marktgasse.—La ciudad vieja, la ciudad romántica, la evocadora, tiene por columna vertebral una calle de kilómetro y medio. Recibe, sucesivamente, los nombres de Spitalgasse, Marktgasse, Kramgasse y Gerechtigkeitsgasse.

Angosta, levemente tortuosa. Con soportales. Bajos de techo. A su abrigo se amontonan los rebaños del comercio.

Ambiente de redil.

Estos soportales no poseen la elegancia de los de Milán y Turín, ni el espíritu cosmopolita de la rue de Rivoli, de París, ni el empaque clásico de los de Alcalá, ni la melancolía de amor infortunado de las rúas compostelanas, ni la cordialidad provinciana de la Plaza Mayor de Madrid. Son como claustros laicos. Cobijo de talleres.

Hacia la segunda mitad, la torre del Reloj. Juguete. Al dar la hora canta un gallo mecánico y desfilan varios osos.

Esta torre y este viejo reloj acentúan el carácter familiar y arcaico de la calle.

Algo bate palmas dentro del pecho. Algo cálido, suave y blando, en cuyo tembleteo se mecen nostalgias de habitaciones pequeñas, con pesados cortinajes rojos, espléndido brasero, grabados históricos y un reloj de pesas.

La gracia de la calle reside en sus fuentes. Situadas en el centro de ella, pertenecen todas al mismo modelo. Pilón de sillares bellamente patinados por la lluvia y la niebla. Una columna, pintada de vivos colores. Cromo infantil. Base rodeada de flores. Predominantemente, geranios. Entre las flores irrumpen los caños. En lo alto de la columna heroico, popular o burlesco, el personaje "Tocador de cornamusa", "Un oso", "Ana Seiler, fundadora del Inselspital", "Un arcabucero", "El Ogro".

Constituyen estas fuentes, encendidas en colores vivos azul y oro, grana y verde, un motivo más de tibia ternura. Hogar de mecánico sutil, que en los ocios recita versos y hace música. Hogar con flores, aves disecadas y un gatazo somnoliento en el alféizar del ventanal, donde luz casta ríe, cabrilleando sobre la sinfonía policroma de los vidrios emplomados.

Waisenhausstrasse.—La decoración cambia. Severidad. Calles anchas, rectas, uniformes. Urbanización esmerada. Limpieza.

Y sobre todas estas cualidades, destacando, la seriedad.

Poco ruido, ningún bullicio. Escasos niños. Escasos autos. Tranvías sin estrépito.

Adjetivo eje: *correcto*. Barrios vestidos de etiqueta. Algo presumidos.

Lista de otros términos utilizables para transmitir la sensación recibida caminando por estas zonas de Berna:

Cortés.
Formal.
Cabal.
Moderado.
Atemperado.
Justo.
Pulcro.
Estimable.

"Sin alegría" es algo imprescindiblemente unido a cualquiera de los anteriores calificativos: "cortés sin alegría", "moderado sin alegría", "cabal sin alegría".

La urbanización es un grillete. Grillete, mordaza y venda. Impone, deprime y aleja.

¿Confortable?

Sin duda. Preferible, a pesar de esta condición, la popular Brunngasse.

Baerengraben.—La selva tiene sus derechos y su representación. Los osos.

En la prolongación de la Gerechtigkeitsgasse, pasado el gran puente de Nydeck, está el foso *Baerengraben*. Cacofonía inevitable: foso de los osos.

Berna cuida y mima, desde el siglo XVII, varias parejas de osos pulcros y retozones.

A las barandillas del foso hay asomados, constantemente, espectadores. De Suiza y de todos los países del mundo.

En las proximidades, varios quioscos viven de la venta de zanahorias e higos. Obsequio ofrecido a los simpáticos animales. Recogen la golosina adoptando graciosas actitudes. Cómico remedo de las humanas.

Es la vida de las montañas, lo que exaltan, pregonan y dramatizan estas fieras clownescas. Haciendo sordina la presunción engolada de los barrios burgueses.

Visitados los tres sectores del espíritu de Berna: campo, pueblo y capital, queda por recuerdo síntesis el de que, a pesar de no chillar nada en la ciudad, la ciudad es un griterío de matices pugnando por colocarse, sin conseguirlo.

Vecinos mal avenidos el campo, el pueblo y la capital.

CIMBRA

La homosexualidad suscita, apenas se aborda su estudio, un primer problema: ¿se nace homosexual o trátase de efectos posteriores al nacimiento? De la primera opinión es Krafft-Ebing; de la segunda, Freud. Abundan las tesis eclécticas.

Para orientarse, resulta preciso conocer que el sexo no es sino predominio de características. Dicho de otro modo, el hombre y la mujer poseen idénticos caracteres sexuales. La diferencia procede de un desarrollo predominante de los masculinos en el hombre, de los femeninos en la mujer. Si por perturbarse la marcha normal, los aspectos masculinos evolucionan incompletamente o los femeninos acrecientan su participación, surgirán tipos de indiferenciación o de tendencias homosexuales.

Demasiada sencillez para ser cierto. Complicaciones enmarañadas surgen a cada paso en la práctica psiquiátrica, obligando a abandonar estas zonas de aparente claridad.

En primer término, no cabe olvidar la existencia de tres tipos de invertidos:

a) *Absolutos.*
b) *Anfígenos.*
c) *Ocasionales.*

a) Los invertidos *absolutos* constituyen una variedad poco frecuente. Enfermos incapaces de sentir atracción sino por el propio sexo.

Debe destacarse que la tendencia no se encuentra bien definida. Si fueran apetencias claramente afeminadas, mostrarían preferencia por los hombres fuertes, vigorosos, acentuadamente masculinos. No es así. Buscan hombres afeminados. Que parezcan mujeres sin dejar de ser hombres.

Más que pasión inadvertida, dijérase dificultad para decidirse. Su ideal parece tener por base la existencia de cualidades masculinas y femeninas. En un mismo individuo.

b) *Anfígenos.* Esta modalidad de homosexuales, sienten idéntico entusiasmo por los dos sexos. Frecuentan, indistintamente, el trato de hombres y mujeres. Los antiguos griegos y los actuales moros son ejemplo de la realidad del síndrome.

Por vieja y apolillada que parezca la cita, viénenos de perilla recordar que de Julio César se dijo: "es el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos".

En el fondo, idéntico aspecto de titubeo. La homosexualidad mora escoge efebos, casi niños, de apariencia femenina.

Los mismos moros casan con muchachas de once y doce años. Dígase lo que se quiera del desarrollo precoz, lo cierto es que estas adolescentes no varían mucho desde tal punto de vista del término medio de las niñas de Andalucía.

c) *Ocasionales.* Medio enfermos. Homosexuales por ca-

rencia de mujer. En cuanto la tienen, se comportan normalmente. Homosexualidad de presidios, de campamentos coloniales. De los internados. Como con estos datos preliminares indispensables, sin embargo, no cabe formar juicio de los orígenes de la homosexualidad, el lector tendrá que soportarnos una breve disertación. Las etapas de la diferenciación sexual fisiológica son tres:

I. *Primera infancia.* (Complexo de Edipo.)
II. *Segunda infancia.*
III. *Adolescencia.*

I. *Primera infancia.*—El complexo de Edipo, preferencia del hijo por la madre, traduce la primera fase de la diferenciación sexual. El hijo, inclinación predominante hacia la madre (sexo femenino); la hija, hacia el padre (sexo masculino).

Afición inconsciente y sana que puede exagerarse morbosamente. Predominio de raigambre patológica capaz de originar dos soluciones distintas.

1.ª El hijo, como medio de librarse del conflicto psiquíco, se identifica a la madre. La madre y él son una misma cosa. Amarse a sí mismo tortura menos.

La identificación supone incorporar actitudes femeninas. Entre ellas, sentirse atraído por el sexo masculino. *Homosexualidad incipiente.*

2.ª El hijo se identifica con el padre, poseedor legítimo de los encantos de la madre. Refuerzo de la actitud masculina. *Sadismo incipiente.*

II. *Segunda infancia.*—El niño se deja influenciar por el ambiente. Las amistades dan la tónica sexual.

Indispensable: trato equilibrado con mozuelos y mozuelas. Si sólo existe relación con chicos, pueden nacer aficiones homosexuales. Si son chicas las que forman el corro—caso de un hermano con varias hermanas mandonas e influyentes—, pueden nacer gustos femeninos.

III. *Adolescencia.*—Diferenciación sexual completa. Merced a la aparición de los caracteres sexuales secundarios: voz, vello, entusiasmo...

Cualquiera de estas tres etapas que se modifiquen, puede originar síndromes homosexuales. Esquematizables del siguiente modo:

Primera etapa.—Primera infancia.—*Factores psicológicos.*

Segunda etapa.—Segunda infancia.—*Influencia del medio.*

Tercera etapa. — Adolescencia. *Influencias endocrinas* (glándulas de secreción interna).

Sólo abarcándolo desde este punto de vista, resulta fácil comprender la homosexualidad. No ha de verse en ella la resultante de un solo mecanismo. Existe en este tema complejidad mayor de lo que es habitual reconocer. Por ello, cuando se aspira a lanzar un diagnóstico utilizable, no basta con decir homosexualidad. Es necesario otorgarla apellido.

Aun cuando tal decisión se traduzca en menor facilidad, para acuñar afirmaciones rotundas.

ESCOLIOS

Conocidos los prolegómenos que acabamos de servir, no cabe afirmar que la homosexualidad debe incluirse entre los vicios.

Vicio es otra cosa.

El vicio quiere decir hipertrofia de un modo normal de reaccionar.

Quienes ante un homosexual, sólo saben invocar los fueros de la moral, se acreditan de incomprensivos.

Contra lo que piensan filisteos y pingüinos, el homosexual dista de estar contento. Su anomalía supone para él fardo pesado.

Ideal de los homosexuales: sentir lógico fervor por las mujeres.

Bien quisieran no tener el gusto invertido o titubeante.

* * *

La homosexualidad puede concretarse al aspecto sentimental.

Aquí ha de buscarse la razón de muchos partidismos, de otro modo incomprensibles. Cuando la admiración de un hombre por otro rebasa el canon habitual de la amistad, sospechar es discreto. Más discreto callar la creencia.

* * *

Los toros, primero; el balompié, más tarde; a continuación, el boxeo; ahora, toros, balompié y boxeo, implican un fermento de homosexualidad; la exaltación de cualidades físicas masculinas exageradas, como ahora la descentran algunos partidarios, representa prueba decisiva de la abundancia de inclinaciones homosexuales latentes.

* * *

¿Quién no oyó alguna vez a estos entusiastas desmandados decir elogiosamente: ¡es un macho!?

* * *

Objeción a la que quiero cortar el paso. ¿Y los admiradores frenéticos de las señoritas pelotaris?

Como aquí, igual que ocurre en Medicina, no cabe generalizar, yo aconsejo antes de formar juicio definitivo, aclarar dos incognitas:

a) Participación que toma en el entusiasmo el interés crematístico.

b) Participación atribuíble a un sadismo vergonzante.

Recrearse con el esfuerzo físico de una mujer, ha de obedecer invariablemente a predisposiciones sádicas.

* * *

Es preciso no dar de lado a la belleza de la pelotari.

Lo que viene a denunciar codicias por entero opuestas a la homosexuualidad.

* * *

Cuando por motivos profesionales se llega a conocer la cambiante y polifacética psicología de los homosexuales, no es raro encontrar casos en los cuales el comportamiento indeciso, mitad masculino, mitad femenino, no es sino un mecanismo de defensa encaminado a rehuir la responsabilidad emanada del deber de actuar en una o en otra dirección.

* * *

Muchos alardes de vigor sexual en la vida y en la obra, si de artistas o sabios se trata, pueden obedecer a terca y consoladora intención de recatar la inversión.

Miguel Angel constituye en este sentido insuperable ejemplo. Al margen de toda disertación teórica.

* * *

Para acercarse serena, limpiamente, a las forjas de la homosexualidad, ningún recurso tan eficaz como recordar estas palabras de Freud:

"Cuando cualquier humano llega a mostrarse grosero y manifiestamente perverso, puede decirse con más justicia, en vez de *ha llegado, permanece.*

"Permanece estancado en una de las fases preliminares de la evolución sexual."

* * *

Laforgue, perspicaz y ducho, ha hablado sensatamente de los casos donde las perversiones (homosexualidad entre ellas) parecen obedecer al afán de pervertir, de envilecer, como medio de afirmar la propia superioridad.

Hacer de diablo tentador, es una misión que halaga a muchos orgullos.

* * *

La homosexualidad, rara vez constituye obstáculo al triunfo social.

Y es que la sexualidad no dificulta sino cuando se considera insatisfecha. Problema de consumo de energías.

Los remanentes son clave y espoleta en todas las desviaciones sexuales.

* * *

Los narcisistas, adoradores de su propio cuerpo, llegan corrientemente a las prácticas homosexuales. El culto a sí mismos les lleva a generalizarlo a todos los hombres. Aquí la

homosexualidad no es sino derivación amplificada de la pleitesía a un cuerpo masculino.

* * *

Las ofuscadoras admiraciones infantiles por héroes populares o novelescos, deben inducir a sospechas de homosexualidad.

Una sospecha a tiempo puede evitar grandes males.

RELATO

(Del "Diario íntimo de un homosexual".)

(Estos fragmentos publícanse con la autorización del enfermo. Sin otras modificaciones que las exigidas por el estilo. Precisas para evitar que el colorido desentone.)

"Mi desgracia procede de que las mujeres que he tratado tenían poco de tales. Ariscas, crueles, burlonas, no invitaban a amarlas.

La más allegada a mí, mi prima O. M...., era un marimacho.

Tenía las pantorrillas más bonitas del contorno. A pesar de ello, solía llevarlas cubiertas con medias de deporte.

Me gustaba mucho.

Luego he aprendido, penosamente, que lo atractivo para mí era precisamente su aspecto hombruno.

Cuantos la trataban solían reprocharla sus zancadas varoniles. Yo las encontré siempre picarescamente graciosas.

O... me hizo mucho daño no concediéndome beligerancia de hombre.

—¡A ti no te considero como un hombre!

Para probarlo, se estiraba las medias delante de mí o se arreglaba el sostén. Cruzaba las piernas una sobre otra. Con absoluta despreocupación. Traducida en no atender a lo que mostraba.

A fuerza de negarme aptitud varonil, fuí dudando de que la poseyera.

Por días noté mi afeminamiento. Acobardado por tentaciones innobles, como reacción, intenté dar un beso a O...

La entró tal risa que se puso mala.

Debía de tener un extraño presentimiento. Por mi traza y mi comportamiento, nadie podía adivinar la tragedia.

Busqué una novia, I..., que pudo salvarme. Se lo impidió lo desmesurado del pecho.

Las mujeres de senos exuberantes me llenan de tristeza. Haciéndome recordar la infancia.

Haber mamado constituye para mí una causa de pesar. Como si yo fuera el culpable. Desde muy pequeño, ver los pechos de una mujer, me llena de tristeza.

De cuantas razones me han apartado del culto al amor sano, ninguna tan poderosa como esta de los senos.

En el teatro, si asisten mujeres muy descotadas, tengo que irme. Renunciando al espectáculo a cambio de serenarme.

I.... cometió conmigo la torpeza de esperar en todos los momentos, no pensando que su conveniencia y la mía estaba en que ella se adelantase. El pudor, torpemente manejado, deja de ser espuela para convertirse en brida.

Pienso a veces que mi desagradable tendencia homosexual pueda radicar en el culto que siempre profesé a mi padre.

No he encontrado ninguna mujer capaz de comparársele. Era bueno, guapo, culto, fuerte. Trabajador incansable. Generoso.

Y por contera, valiente. Durante la infancia fué para mí *¡el héroe!*

He leído en toda mi vida pocas novelas, porque todos los protagonistas me parecen menos dotados de interés que la existencia de mi padre.

Los sucesos más vulgares, si intervenía, convertíanse en aventuras maravillosas.

Mi padre no me regañó jamás. Ni regañarme ni pegarme.

Me enseñó a amar a mi sexo y a odiar al contrario. Besándome en los ojos.

En colaboración con mi madre.

Mi madre tenía mal genio. Parecía estar descontenta de mi padre.

Siendo yo chico, recuerdo como en nieblas, haberla oído acusarle de falta de asiduidad. De escaso apasionamiento conyugal.

Ya adolescente, la evocación de estos reproches me causaba tal asco, que rehuía las caricias de mi madre.

Ella, enojada, me llamaba "cardo setero".

Su enojo agudizaba el mío.

Como ceder a mis impulsos equivaldría a hundirme en la vergüenza de ser explotado por gente del hampa, mis malas tendencias no pasaron ni pasarán de comedidas utilizaciones de los grandes amontonamientos de público.

Aun siendo tan poco, basta para calmarme y por ende para separarme del camino del matrimonio.

Las mujeres han dejado de interesarme."

SAFISMO

(AFAN SEXUAL DE UNA
MUJER POR OTRA)



LUCANO

Portici di Via Pessinna.

TONO

LUGANO.—PORTICI DI VIA PESSINA

ITALIA.—Estas ciudades de la Suiza italiana, poseen un sabor agridulce. La bonitura del Lago de los Cuatro Cantones, del Lago Leman, del Lago de Neuchatal, del Lago de Constanza, se hizo lujuria en el crisol de los lagos meridionales.

Frente al Lago de Lugano, las bocas no se abren para admirar. Se crispan por no decir.

Vegetación de perspectivas reciamente españolas. Las aguas engastaron sus esmeraldas en boscajes de olivos, de palmeras y viñas.

Sensualidad cálida y recatada.

Feminidad huída de los asaltos masculinos. Ausente la virilidad de los otros lagos.

Funiculares.—El prodigio de las aguas nórdicas incrustadas en boscajes meridionales hace trepar por las laderas, pedantes cremalleras.

La ciudad disminuída, palpitante y serena aprovecha la habilidad ingeniera para reconquistar su paz. Reconciliándose consigo misma y halagando al viajero.

San Salvatore, Mont-Bré, Monte Caprino, Monte Generoso, Monte Boglia, se uniformaron al convertirse en atalayas audaces. Aun no teniendo de tales sino el camino. Mérito: mentir piadosamente. Desde ellas puede contemplarse el lago en proyecciones escenográficas. Bonitura. Paisaje de laca.

La vanidad burguesa se esponja. Encontrando a su alcance perspectivas de alpinismo esforzado.

Estos montes que rasga el funicular no son trágicos, como la Jungfrau, como Pilatus, como el Rigi. Dijéranse regazos.

Corriendo por sus lomas, parece cometerse un pecado.

Canoas.—En estos lagos meridionales, además de canoas automóviles, balandros y vapores, hay barcas de remos.

Las manejan hombres morenos, parlanchines y aduladores.

Poco importa su afán pegajoso de contentar.

Lo básico es otra cosa. Esta cosa se llama esfuerzo muscular humano. Brío masculino. Hambre. Si el paisaje fuese menos vanidoso se compadecería de los remeros.

Unicamente sienten lástima los olivos. Porque los olivos sufren nostalgias de países lejanos.

Tierras donde el bullicio constituye un rito y la seriedad trabajoso deber.

Tierras lejanas donde no se concebirían tales derroches de vigor, sin el consuelo de una copla.

Las canoas altivas pasan junto a los botes trepidando, hendiendo las aguas con su proa ciega y esclava. Sin lograr sembrarlas de espuma sino fugazmente.

Estos lagos tienen concepto de su dignidad. Reñido con frivolidades.

Muelles.—Modernidad. Cosmopolitismo. Todos los idiomas. Fantasías del indumento capaces de dar envidia a Boch y a Goya.

Difícil encontrar explicación a tal modo de vestir.

¿Para qué semejantes trajes, cuando la intención es enfrontarse con la Naturaleza?

El fondo pictórico del lago y la ciudad repudian tan dislocadas invenciones. No sin acobardarse.

El cultivo del adefesio, antes que despreocupación, supone irreverencia. Sobre todo mal gusto. Plebeyez.

Lógicas actitudes respetuosas.

Tal como surgen los turistas en las orillas del lago, remedan una mascarada organizada con fines benéficos. Rodela eficaz contra la crítica esta intención.

Mascarada en la que figurase como reina una yanqui de pantorrillas desnudas y veguero napolitano hundido como un puñal en el carmín artificial de los labios.

Morenura.—La Via Pessina y las que a ella confluyen, son estrechas. Mucho. Con soportales—*portici*—.

El hechizo discordante de los pueblos italianos del Norte tiene en Lugano su sede.

Mostradores dificultando el paso. Abarrotados de frutas sensuales que huelen a regazo femenino.

Telas policromas. A veces semejan un cartel. A veces un lamento.

Carácter local bien definido.

La magia no reside en los soportales evocadores, ni en las frutas opulentas, ni en los tejidos audaces. Radica en las vendedoras, que aguardas, vigilan y sueñan.

Morenas. Ojos de faro. Cinturas felinas. Indolencia. Elasticidad. Sed erótica reprimida.

El contraste entre estas cabezas latinas y el panorama nórdico, dota a Lugano de poético airón.

La brujería de lo moreno adquiere extraña espiritualidad. Extraño por lo exquisito.

CIMBRA

El safismo—homosexualidad femenina—representa un desenfocamiento de la apetencia. Análogo al homosexualismo masculino.

Las mujeres se hallan colocadas en un plano de indudable inferioridad social respecto al amor.

No tienen derecho a elegir. Han de conformarse. Infinitas veces soportando la condición de botín.

La incomprensión del hombre las agrupa. Una contra otra perecen por ansias de ternura. La prodigan entre sí.

Sus demostraciones de cariño revelan acentuado carácter sexual, besos, mimos, caricias.

No es una causa determinante; sí motivo predisponente.

A él se debe que la atracción por el propio sexo sea más frecuente en la mujer que en el hombre.

Recuérdese como cirineo de la explicación, que la mujer encuentra más dificultades que el hombre para satisfacer su libido.

Salvo la intervención de este factor, el fondo etiológico del safismo, resulta igual, absolutamente igual, al de la homosexualidad.

Preciso, por tanto, considerar idénticos procesos:

1) *Complexo de Edipo.*
2) *Segunda infancia.*
3) *Adolescencia.*

O lo que es igual:

a) *Sáficas.*—Como resultado de una identificación *con el padre.* Llégase así a adquirir repugnancia para el sexo opuesto.

Inclinación para el propio.

Abundan estos casos. La reserva de la mujer, efecto de la incomprensión masculina, contribuye a la apariencia opuesta.

Contribuye a la mayor abundancia de sáficas edipianas con respecto a las homosexualidades edipianas, el hecho de ser muchas las madres que no sienten idéntica ternura por los hijos que por las hijas.

No hay nadie que no conozca casos de madres envanecidas sexualmente hasta ver en su hija una rival.

b) Inclinaciones sáficas nacidas o reforzadas por *influencias del medio.* Frecuentísimas como resultado de la desigualdad social y legal de los dos sexos.

La mujer cohibida, encadenada a prejuicios, mordaza y cadena, ha de luchar contra las necesidades del instinto en difíciles condiciones. Para la hembra humana no existe sino contenerse, resignarse. Aceptar sin opción a elegir. Disimular. Ausencia de sinceridad. La mujer suele soportar bien estos calvarios. Sostenida por la actitud pasiva, característica biológica de su sexo. A veces un temperamento ardiente, una iniciación torpe o amistades mal elegidas, encienden la hoguera y la doncella vuelve los ojos, espoleada por deseos irrefrenables, a la que cree más susceptible de ocultación.

Son de ordinario *sáficas ocasionales.* Una persistencia prolongada de la desviación, puede trocar lo accidental en definitivo.

c) *Sáficas por diferenciación sexual deficiente.* Más numerosas cada día.

La falta de educación sensata, la moda andrógina, que los hombres estragados, últimos frutos de una civilización agónica, encuentran aperitivas las chicas que parecen chicos, el error de confundir los términos honestidad e independencia y tantas

otras causas dieron por resultado un principio de indeterminación que hace sentir a Eva la nostalgia de pretéritas asiduidades. De tiempos donde un beso justificaba una vida.

El aumento alarmante del safismo obedece a dos razones primordiales:

a) Exceso de mujeres.

b) Despreocupación sexual del hombre.

Influye en este último fenómeno un error inicial de la mujer: haber dado al olvido la verdad de que se inspira tanto menos amor cuanto más se es un poco de todos.

A montones existen muchachas con las cuales resulta más ventajoso, sentimental y parasentimentalmente, ser amigo que novio.

Los bailes en boga, las modas permitiendo conocer encantos antes inabordables hasta la boda, el habla desgarrada y zafia, el afán de imitar a las hetairas, la burla constante para objetivaciones líricas y confidencias románticas, hacen de las jóvenes grato pórtico de flirt, difíciles ermitas del amor.

Son ellas quienes apartan. Como ni ellos ni ellas pueden sacudir el yugo del instinto, cerrado un camino, transitan por otro.

Desquiciado el plan de las legítimas reivindicaciones al balance de Eva, en estos últimos quince años acusa más pérdidas que ganancias.

Ríense del fervor. Acabarán llorando su ausencia.

La solución safista, como la homosexual, no tiene nada de tal. Hambre engañada.

Del aumento del safismo en los medios españoles, no se ha comenzado todavía a hablar. Las proporciones del hecho justifican sobradamente la actitud opuesta.

Y no se culpe al deporte. Cuando se entiende y practica bien, no hace marimachos, sino mujeres ágiles y esbeltas.

¡Mujeres!

ESCOLIOS

En mi libro "Normas de educación sexual y física" hablo del *transvertismo* y digo lo siguiente:

Para triunfar de la vida y para gozar de ella, es condición indispensable presentar bien diferenciadas, reciamente consolidadas, las características del sexo a que se pertenece.

Son muchos los niños a los que gusta vestirse de niñas y muchas las niñas a las que divierte meterse dentro de ropas de niño.

Los padres, tan inocente como torpemente, coadyuvan a ello. En Carnaval, más de una vez preguntaron los transeúntes:

—¿Niño o niña?

Como frase de elogio se oye decir: ¡parece una niña!, del niño bello y fino. Con belleza y finura propias de un sexo que no es el suyo.

* * *

El vestido no es un servidor pasivo de la psicología de quien lo lleva, influye sobre ella. De aquí arranca el clásico prestigio del uniforme. No se comporta lo mismo quien lo viste que quien está sin él.

Sin llegar a las exageraciones bufas del confitero de la opereta clásica, es cierto que el modo de vestir modifica el comportamiento.

El muchacho que comienza afeminando su vestir, no tardará en reaccionar femeninamente. La muchacha que adquiere hábito de copiar aspectos de la moda masculina, se verá conducida, inevitablemente, a que en sus respuestas a las excitaciones del ambiente resulte amarimachada.

* * *

En ciertos casos, la diferenciación sexual de la adolescencia, se realiza torpemente. El individuo no llega a definirse ni masculina ni femeninamente. Queda convertido en un tipo intermedio, borroso.

El *andrógino* no es hombre ni mujer. Es un modo natural intermedio. El buscado por Leonardo de Vinci para pintar su San Juan, pensando que constituye un ideal estético supremo representar fundidas las diferencias sexuales.

* * *

En el mundo del arte podrá constituir el vértice de la belleza humana el tipo andrógino; en la vida práctica de cada día, tales desviaciones alejan la felicidad y el triunfo de quienes las padecen.

Los andróginos suelen mostrarse igualmente indiferentes para los dos sexos. No llegan a la aberración homosexual o sáfica; pero ignoran la atracción por el sexo contrario.

Es la suya una actitud indiferente. No invirtieron su sexo, es que no lo definieron.

* * *

Importa no confundir el androginísmo con la anafrodisia o falta de apetito sexual.

* * *

El frigidismo no es totalmente sinónimo de carencia de apetito. En algunas enfermas puede ocurrir que exista apetito sexual y falte aptitud para satisfacerlo.

* * *

Para lograr una buena diferenciación sexual, nada tan beneficioso como el trato moderado con jóvenes del otro sexo.

* * *

Como en la totalidad de los mamíferos en la especie humana, y desde un punto de vista sexual, el macho—según dijimos ya—es el activo, el que ataca; la hembra la pasiva, la que aguarda. El hombre solicita, la mujer entrega.

Son varias las razones *anatómicas* justificadoras.

La semilla masculina ha de salir al encuentro de la femenina para que la concepción tenga lugar.

* * *

Mientras la pérdida de la virginidad, el embarazo y el parto producen en la mujer hondas perturbaciones histológicas, que cambian la morfología visceral y cutánea, dejando huellas que ya no han de borrarse; la paternidad no altera la anatomía masculina.

* * *

Mientras con sólo examinar la piel del vientre puede asegurarse si una mujer fué o no madre, no existe signo alguno que permita tan firmes apreciaciones en el varón.

* * *

Hirschfeld encuentra sólido apoyo para esta tesis en la Filología.

En la mayoría de los idiomas, la palabra hombre tiene también significado de humano.

El hombre no es sólo el varón, sino la especie. Se dice: "desde que el hombre vino a la tierra", "el hombre es el rey de la Creación". Lo mismo ocurre en francés con *homme* y en inglés con *man.*

* * *

Mientras en el hombre no existen palabras distintas para designar a quien conserva y a quien perdió la virginidad, en el sexo femenino la distinción se hace con esmero.

Señorita.....Señora.
Fraulein.....Frau.
Mademoiselle.....Madame.
Miss.....Mistress.

* * *

Denomínase *metatropismo* a la inversión de la conducta de los sexos sin anormalidad en la elección de objeto sexual.

El hombre sigue amando a la mujer a través de una actitud pasiva. La mujer sigue amando al hombre con actitud activa.

* * *

En el metatropismo hay un factor constitucional y otro ligado a una educación defectuosa.

RELATO

(Fragmento de la novela "Pepita", publicada en "La Novela de Hoy" el 20 de junio de 1930.)

Pepita (página 16).

Ojos negros, cargados de luz. Luz de hoguera. Hoguera en un pinar. En noche sin luna.

El pelo, de acuerdo con los iris. Labios gordezuelos, ranversada la mucosa. Divanes para la ofrenda de besos largos y planos; facciones correctas, pero duras, varoniles. Cejas densas. Pestañas largas y curvas. Alfanjes de ébano. Más vello de lo normal en el labio superior. Pelusa de albaricoque. Pecho tenso, valiente. La cintura indolente, de mujer acostumbrada a caminar con los pies desnudos sobre pavimentos de mármol.

Piernas de línea elegante, tobillos finos. Manos pálidas, de largos dedos, excesivamente largos. Cobardes colaboradoras de la mímica. Prontas a temblar estremecidas. Hurañas. Tímidas. Manos de novia escrupulosa.

Diálogo (página 28).

PEPITA.—¿No piensas enamorarte?

PILAR.—Haré por evitarlo. Lo interesante para una mujer es que se vuelvan locos por ella. Sin hacerla perder el sentido. ¡Mujer enamorada, mujer al agua!

PEPITA.—Te equivocas; lo bueno es amar. A quién importa menos. Siempre vale más el sentimiento que la persona que lo hizo nacer. Ha de amarse el amor.

PILAR.—Amar supone servidumbres humillantes. ¿Por

qué hallarse pendiente de los celos o desdenes de un zangolotino?

PEPITA.—Para pagar la deuda de ver convertidos en lumbre los leños. Amar es no ser ingrata con quien nos hizo el bien de poner alerta cuanto en nosotros había de noble y generoso. Aun cuando luego el elegido traicione, no podrá apagar las brasas que encendiera más o menos voluntariamente.

PILAR.—¡Prefiero el papel de incendiario al de víctima del siniestro!

PEPITA.—Llegarás a la vejez sin haber sabido dónde radica la justificación de la vida.

PILAR.—También ignoraré las torturas máximas. ¡Váyase lo uno por lo otro!

No hablaron más de estas cuestiones.

Diálogo (página 51).

Ramiro la miró asustado.

—¿Qué la ocurre, Pepita?

—¿Necesita usted preguntármelo?

—¡Sí! ¡No sé! ¡Me pareció extraño su modo de suspirar! ¡Acaso una torpeza mía!

—¿Por qué no se asoma a mis ojos, Ramiro?

—¿A sus ojos?

—¿Pretende hacerme pasar el bochorno de tener que decírselo con palabras? ¿A qué esa crueldad?

—¡No la entiendo, Pepita! Si la ofendo o molesto, perdón.

Entenderla, no la entendía. Pero le inspiraba miedo. Sobre todo, los ojos. Y su palidez. Y un no sé qué de esfuerzo, de rabia desesperada, de tormento que trepidaba en ella.

—¡Sólo tengo que perdonarle su torpeza! No será usted nunca abogado de fama. Hace falta más perspicacia para triunfar en la vida. ¿No se da usted cuenta de que quiero ser

suya? ¡Suya! ¿Sabe usted lo que significa poseer a una mujer absolutamente virgen? ¡Que no tuvo novio! ¡Que no conoce lo que es una caricia de hombre! ¡Suya, sin obligación de persistir! ¡Ni de casarse! Sin otra condición que romper para siempre, ¡para siempre!, con Pilar...

Diálogo (página 53).

—¿Por qué ese empeño en no verme casada?

—La boda es alejarte de mí, y yo, sin ti, no puedo vivir. ¡No me dejes, Pilar! ¡Te necesito!

La besó nerviosamente. En los ojos, en el cuello, en la boca, en los hombros. Tirando de la chambra hasta hacerla crujir.

Llorando. Sollozos crepitantes.

—¡Te querré siempre! Continuarás siendo mi mejor amiga. ¡Nos veremos como ahora! ¡Mis hijos te querrán como a mí!

—¡Tus hijos, no! ¡No puedes tener hijos! ¡No tengas hijos! ¡No quiero que los tengas! ¡No quiero! ¡Los mataría!

Pilar, atemorizada, se dirigió a la puerta.

Pepita, cayendo de rodillas, se abrazó a las piernas de su amiga. Como a una imagen milagrosa.

—¡No te asustes! ¡No te asustes! ¡A ti no puedo hacerte mal! Fué un arrebato. ¡Olvídalo! Castígame. Lo merezco. ¡Tú no sabes! No supiste nunca. ¡Me tendrías lástima! Es un suplicio horrible. ¡Como ninguno! Ya pasó. Para que veas que pasó, acéptame un beso de humildad. Nací para humillarme. ¡Soy una nena! ¡Una nenita! ¿Quieres? ¡Voy a besarte los pies! ¡Como a los santos!

Desenlace (página 63).

La ceremonia, celebrada por la tarde, careció de brillan-

tez. Faltó algazara y alegría. Ramiro, por alardear de tranquilo y despreocupado, apayasó su papel. Pilar no estaba ni satisfecha ni guapa. En la cara, halos de flor marchita.

Quien recolectó elogios y pleitesías fué Pepita.

... ...

Pepita no bajó a la estación. Prefería aguardar en el paso a nivel de la Florida. ¡Para que su adiós fuese el último!

Lo dijo con voz firme. Menos conmovida de lo que esperaban todas. No aceptó otra compañía que la de su doncella. ¡No la gustó nunca que la vieran llorar! Accedieron padres y amigos. ¡Quería tanto a Pilar!

... ...

Llegó, trepidando, el tren. Pepita avanzó serena, dejando pasar las primeras ruedas.

Entre el engranaje llevó la locomotora, durante varios kilómetros, como un trofeo, trozos de carne, ceñidos por una liga blanca de la que pendían flores de azahar manchadas de rojo y negro. Sangre de virgen. Grasa de émbolos.

EXHIBICIONISMO

(REDUCCION DEL PLACER SEXUAL A MOSTRAR DESNUDOS LOS ORGANOS DESTINADOS AL DEBER DE REPRODUCIRSE)

tez. Faltó algazara y alegría. Ramiro, por alardear de tranquilo y despreocupado, apayasó su papel. Pilar no estaba ni satisfecha ni guapa. En la cara, halos de flor marchita.

Quien recolectó elogios y pleitesías fué Pepita.

... ...

Pepita no bajó a la estación. Prefería aguardar en el paso a nivel de la Florida. ¡Para que su adiós fuese el último!

Lo dijo con voz firme. Menos conmovida de lo que esperaban todas. No aceptó otra compañía que la de su doncella. ¡No la gustó nunca que la vieran llorar! Accedieron padres y amigos. ¡Quería tanto a Pilar!

... ...

Llegó, trepidando, el tren. Pepita avanzó serena, dejando pasar las primeras ruedas.

Entre el engranaje llevó la locomotora, durante varios kilómetros, como un trofeo, trozos de carne, ceñidos por una liga blanca de la que pendían flores de azahar manchadas de rojo y negro. Sangre de virgen. Grasa de émbolos.

EXHIBICIONISMO

(REDUCCION DEL PLACER SEXUAL A MOSTRAR DESNUDOS LOS ORGANOS DESTINADOS AL DEBER DE REPRODUCIRSE)



MILAN

Sant Ambrogio.

TONO

MILAN.—SANT AMBROGIO

LOMBARDÍA.—Milán es chata, objetiva, alegre.

En el centro de una llanura luminosa, sensual, a la que todas las guías adjetivan igual: "la fértil llanura de Lombardía".

Podría calificarse también de:
Feraz.
Fecunda.
Productiva.
Generosa.
Rica.
Pródiga.

Sin embargo, sólo cabe llamarla fértil. Su alma ardiente se ofrece sin recato al viajero. Afanosa de mostrarse.

Cuando la baña el sol, siéntense ansias locas de cantar. De cantar y de bailar.

Gozo de ver, sin obligación de adivinar.

El molino de la introspección para sus muelas. Para que el molinero pueda disfrutar de la fiesta.

Duomo.—Clave: la fachada. De mármol blanco. Erizada de estatuas. Dicen que 2.300.

Como llamas de una espiritualidad serena.

La puerta, de bronce, con bajorrelieves de Pogliaghi, invita a no penetrar. Es honrada y leal esta puerta.

El interior de la catedral abruma, pero no alegra.

Menos psicología que en Burgos o Compostela. Grande, grande. Apabulla. Haciendo sentir la nostalgia de los mármoles del exterior.

El Duomo, situado artísticamente en el centro de una plaza enorme, antes que templo, es un espectáculo. De esplendor.

Dentro, las cosas varían. Faltan las capillas, que representan, en este tipo de iglesias, asideros de la fantasía. Fuera no se precisa tal ayuda. La imaginación descansa. Se lo dan todo hecho. No es fácil soñar. Sencillísimo embriagarse de Renacimiento. Embriaguez de Mediodía. Burguesía culta, con especias de vanidad.

Absolutamente legítima.

Casa Pepino.—Buenos helados los de la Casa Pepino.

Buena cerveza la que sirve Bigliardi. Importada de Alemania; pero el deleite no radica en el consumo, sino en el lugar. La Galería de Víctor Manuel debiera saber a indiscreción mesurada; pero el regusto es de confianza que gentilmente se otorga.

Forma: una cruz latina. Amplia, bulliciosa. En los momentos de máxima concurrencia, dijérase una vitrina donde Milán expone su corazón. Tan leal. Tan confiadamente, que por la Galería se atraviesa para ir a la plaza de la Scala. A ver el teatro famoso, de fachada vulgar. Anegada en llanto ante el ridículo monumento a Leonardo de Vinci.

Desde uno de los arcos de la Galería se ve el Duomo.

En el seno de la alta cúpula (48 metros) de la Galería

parecen ir a recogerse los humos de las discusiones exaltadas que se tuestan sobre las mesas de cafés y restaurantes.

¡Buenos helados los de Casa Pepino! ¡Buena cerveza la que sirve Bigliardi, importada de Alemania!

Pero el deleite no procede del consumo, sino del lugar.

Sant Ambrogio.—Abolengo. Iglesia fundada en 386. Por el santo.

El edificio actual data del siglo XII. Conservando el plan original. Este primitivismo llena de brumas el pensamiento. Singularmente, después de contemplar la puerta. Madera de los tiempos de San Ambrosio.

Horno de nostalgias es la traza de este templo.

¿Nostalgias de qué? Carecen de nombre. Aportaciones quizá de las cavernas de lo subconsciente.

Tan sutil todo, que de buena gana nos hubiéramos quedado sin entrar.. Las numerosas veces que pasamos por la plaza dormida donde está la iglesia.

La plaza parece haberse rendido al sueño como las madres que velan a un hijo enfermo lo hacen sobre la cuna. Dijérase que se durmieron para aumentar el silencio de la alcoba.

Ellas no suelen darse cuenta de la finalidad, pero así es.

Dentro ya, Sant Ambrogio tiene prestancia de Museo. Frescos, estatuas, bajorrelieves de plata y oro. Arte, riqueza e historia.

La clave de la emoción está, ¡sin embargo!, fuera.

Santa Maria delle Grazie.—Joyero arquitectónico, donde, bajo la vigilancia de un románico viril y elegante, elegancia de viejo guerrero—lanza y rodela—, se resquebraja y decolora "La Cena" que pintara Leonardo de Vinci a finales del siglo XV—1494 a 1497—. Se entra temblando de curiosidad. Desdeñando las otras bellezas. Afán por averiguar cómo interpretó Vinci la psicología de los apóstoles. Más aún por conocer cómo sentía la figura de Jesús.

Ligera sorpresa inicial: el cuadro está en el refectorio. En la habitación que sirvió de refectorio a los dominicos.

Siembra poco hábil de conflictos innecesarios. ¿Atender al cuadro desatendiendo la olla? ¡Irreverente!

Dolor central: ¿Se puede admirar un esqueleto? ¡Del cuadro queda tan poco! Desde luego, descabellado cualquier intento de interpretación.

El antiguo refectorio adquiere inesperado aspecto funerario. Tumba en que la carroña estuviese sobre la lápida. Cuarteada.

CIMBRA

Los exhibicionistas son seres desgraciados. Hombres o mujeres. Preferentemente, hombres.

El placer sexual queda compendiado en la exhibición descarada, insolente, de los órganos a cuyo cargo está la misión sagrada de reproducirse. La audacia cométese, de ordinario, ante personas del sexo opuesto.

Los hombres prefieren las muchachitas en agraz. Cuanto mayor ambiente de inocencia y pureza, mejor.

El mecanismo íntimo de esta aberración se aparta poco de los indicados con ocasión de las otras aberraciones.

Fácil darse cuenta tan pronto como se conoce el valor exacto de dos términos psico-analistas: placer preliminar y tensión sexual.

Tensión sexual.—Por tensión sexual ha de entenderse el sentimiento de excitación, en las zonas erógenas, precursor del deseo.

Las zonas erógenas no son sino regiones anatómicas en las cuales un estímulo de fondo erótico o falto de carácter origina la presentación del apetito sexual. Ejemplos: los labios en los dos sexos, el pezón en la mujer.

Ese estado de excitación que constituye la tensión sexual, es la aurora del deseo.

Una definición gráfica, aun cuando recusable por falta de severidad técnica, puede ser ésta:

Tensión sexual: inquietud grata.

La calma, la armonía ha sido rota. Surgen representaciones de placeres anteriores. Hambre de nuevas satisfacciones. Presentimientos.

Fisiológicamente, estados de irritación local, de intermitencia. Necesidad de un bienestar mayor. Goce emanado de la expulsión de materias sexuales.

Son, por tanto, dos cosas distintas.

Primer goce.—Resultante de estimular la sensibilidad de una zona erógena.

Segundo goce. — Excreción (eliminación) de materias sexuales.

Placer preliminar.—De estos dos goces, el primero se llama *placer preliminar.*

Al segundo, *placer final.*

El placer preliminar precede, en la evolución sexual, al placer final. Existe ya cuando el goce erótico no se ha localizado aún.

Cuando el desarrollo sexual se verifica deficientemente o, por razones que ya hemos expuesto reiteradamente en este mismo libro, la libido de recurrir a mecanismos pretéritos, puede ocurrir que las venturas físicas del amor queden reducidas al placer preliminar.

En posesión ya de un convencimiento preciso del significado de los términos tensión sexual y placer preliminar, podemos abordar el problema del exhibicionismo.

Nadie ignora que la vista desempeña importantísimo papel en el amor. "El amor entra por los ojos", dice un adagio popular.

El pudor representa valioso azuzador de deseos.

Vencerlo y ver. Creencia halagadora en un privilegio.

En ocasiones sólo se trata de apariencias. Contemplar sin velos representa la fase inicial de una mutua posesión.

Los dos elementos esenciales del exhibicionismo no son, por tanto, sino reproducción de las etapas preliminares.

El exhibicionista es un viajero que no puede pasar de la primera jornada.

Enigma: ¿no necesita o no puede llegar al final?

No puede. No poder constituye su desgracia.

La satisfacción obtenida es precaria, humillante, suscita la ira de las gentes, ahuyenta, expone a intervenciones policíacas, hace imposible la convivencia erótica con el sexo opuesto; pero estos desgraciados enfermos tienen que reincidir. Carecen de otras fuentes donde calmar su necesidad de venturas físicas.

Dicha a que todos tenemos derecho y de que todos tenemos deber.

En lo hondo de tan anormales aptitudes la Psicoanálisis ha descubierto que, además del goce—capa superficial del problema—, lo perseguido es conseguir una reciprocidad por parte de las personas del sexo opuesto.

Hay dos tipos de exhibicionismo:

a) Por predominio de la actitud pasiva. *Afán de mostrarse.*

b) Por predominio de la actitud activa. *Afán de ver.*

Se enseña para lograr que enseñen.

De ordinario el exhibicionismo es resultado de represiones violentas, fruto de una educación carente de elasticidad y sistemática.

Comportarse con los niños brusca, violenta, inflexiblemente severos, los obliga a retroceder a etapas prehistóricas de su evolución sexual.

Frente a los hijos, siempre, y sobre todo en lo referente a las cuestiones relacionadas con la sexualidad, constituye mala norma, pésima, desarrollar propósitos de castigo.

Sobran las sanciones. Lo necesario es comprensión.

Ante todo. Como base. Como brújula.

El vicio es una desgracia.

ESCOLIOS

En el mecanismo morboso del placer preliminar desempeñan principal papel las zonas erógenas.

Las zonas erógenas son naturales o creadas artificialmente. La torpeza, no por bien intencionada menos torpeza, de caricias imprudentes reiteradas, puede originar la aparición de zonas erógenas anormales o el refuerzo patológico de las fisiológicas.

Es disparate de besar a los niños en la boca, de acariciarlos insistentemente las nalgas y tantas otras imprudencias por el uso.

* * *

Que el placer preliminar adquiera desproporcionada importancia es perjudicial para la integridad de la función. Un consumo prematuro de la energía puede redundar en la precición de detenerse antes de ver realizadas todas las venturas.

* * *

El exhibicionismo no siempre está en pugna con el acto normal.

En muchos, en muchísimos enfermos, o, más propiamente dicho, pseudoenfermos, existe una cierta vacilación en el mo-

mento de embarcarse para Citerea, duda, timidez, desencauzamiento que les lleva a aumentar el valor de la fase preliminar.

* * *

Juan Jacobo Rousseau describe así sus hábitos exhibicionistas:

"Mi agitación creció hasta el punto de que, no pudiendo contener mis deseos, yo los atizaba con las más extravagantes maniobras. Buscaba en los paseos sombríos sitios ocultos donde pudiera mostrar desde lejos, a las personas del sexo opuesto, mis órganos de reproducción, en el estado en que yo hubiera querido estar junto a ellas.

"Lo que ellas veían no era un objeto obsceno, yo, no pensaba aún en tales contingencias, sino el objeto ridículo.

"El necio placer que yo tenía en mostrarlas no puede describirse.

"No había sino dar un paso para recibir el castigo deseado. No tengo dudas de que alguna, al pasar, no me hubiera otorgado este placer si yo hubiera tenido la audacia de esperar."

* * *

Otro fragmento del propio Rousseau:

"¿Cómo hubiera podido prever yo el destino que me esperaba? ¿Cómo puedo concebirlo ahora que ya estoy liberado?

"¿Podía yo suponer lógicamente que llegaría un día en que yo, el mismo hombre que yo era, el mismo que soy todavía, llegaría a la condición de ser tenido, sin la menor duda, por un monstruo, un envenenador, un asesino; que me convertiría en horror de la especie humana, juguete de la canalla; que toda la consideración que me demostrarían los transeúntes sería escupir sobre mí; que toda una generación se divertiría unánimemente en enterrarme vivo?"

* * *

Steckel y Abraham ven en algunas formas de exhibicionismo la resultante, clara para cualquier observador enterado, de un estado de narcisismo.

El goce de mostrar se nutre entonces de vanidad. Se enseña lo que es motivo de orgullo.

* * *

Un ejemplo de psicoanálisis. De Loewenstein:

"Una muchacha, durante la primera sesión de psicoanálisis, se detiene bruscamente en medio de una frase.

"Insisto para que me diga el pensamiento que acaba de tener.

"Confiesa haber pensado, viéndome encender un cigarrillo, que yo hacía ademán de enseñar mis órganos de reproducción. La explico el fenómeno de la transferencia y la aseguro que debe haber tenido en su infancia curiosidad por ver órganos masculinos.

"Recuerda entonces haberse tropezado varias veces con exhibicionistas, lo que la había causado grandísima impresión."

* * *

En la estadística de Seiffer, de ochenta y seis exhibicionistas, once eran mujeres.

* * *

Una variedad de víctimas de la hipertrofia del placer preliminar encuéntrase representada por los que gozan presenciando la exaltación de las parejas amorosas o dejándose ver en momentos análogos.

No ajenos a estos enfermos son los innumerables hombres a quienes complace ser vistos constantemente en compañía de mujeres, a las que exhiben como conquistas. Casi nunca lo son.

* * *

No han de confundirse estos pedantes del amor con los desgraciados faltos de vigor que, para ocultar su desgracia, alardean de lo que no poseen.

* * *

Frecuentemente los exhibicionistas presentan un fondo masoquista.

Mostrar es, en estos neurópatas, sinónimo de gozar padeciendo. Se diferencian de las otras variedades enumeradas en que el exhibicionista huye tan pronto se ve en peligro de ser detenido, y el exhibicionista-masoquista suele dejarse prender.

RELATO

(Estas respuestas fueron dadas por un pretendido libertino, muerto gloriosamente en la campaña de Marruecos.)

—¿...?

—Es más el ruido que las nueces. Obtuve favores decisivos de un puñado de mujeres; pero fueron muchísimas más

las que me contenté con disecar espiritualmente y conocer desde puntos de vista meramente físicos. Superficialmente físicos.

—¿...?

—De la mujer sólo me interesa conocerla. Hacerla mía es secundario. En el acto final todas representan análogo papel y de análoga manera. Lo curioso es el prólogo. Una vez que aceptaron, se desposeen de singularidad. Resultan terriblemente monótonas. ¡Hasta en las interjecciones!

—¿...?

—No existen tales diferencias. Todas obedecen a idénticos ritmos. Igual, exactamente que los hombres. Trátase de mecanismos ancestrales, puestos en juego sin la menor intervención de la personalidad. Por ello resulta inútil cualquier intento de innovación. Es como si se pretendiera modificar la fisiología de la digestión o del sueño. Lo nuevo, lo cambiante, lo susceptible de sorpresas está antes. Mucho antes. En la iniciación. En la respuesta a los primeros estímulos. En el modo de desmoronarse los parapetos del pudor. Varía la calidad del deseo, no las maneras de proporcionarle satisfacción.

—¿...?

—¿Instante de máxima voluptuosidad que es posible obtener de una mujer? Indiscutiblemente, el primer beso dado por ella con ganas de rendirse. Después, ya todo es vulgar: las palabras, los gestos, el suspirar, la cesión de la mano. Mi ideal fué siempre detenerme ahí. Si no siempre lo hice, se debió a miedo a los comentarios, al juicio que formase ella de mí, a la creencia de que, no pensando como yo, pudiera resultar defraudada.

—¿...?

—Se han cantado con exceso de imaginación las excelencias del beso. Salvo los segundos del primer beso de una mu-

jer sinceramente exaltada, los besos constituyen una caricia vulgar, sin alma. Los da cualquiera. Todo el mundo los conoce. Los decantados besos de las películas fían su único mérito a la duración. Tan prolongados, pierden eficacia. En amor, la clave de la dicha está en las palabras. En las palabras y en los silencios intercalares. El beso impide hablar. Los distintos sabores del beso son ajenos a él. El beso es un molde. Nada más. Preciso rellenarlo. De ternura, de rabia, de erotismo. Solo, abandonado a sus propios recursos, padece la inercia de las butacas de los teatros. Desde ellas lo mismo puede presenciarse un drama que un sainete.

—¿...?

—Arte supremo del buen amador: hablar. Imposible dar reglas fijas. Varía según las mujeres. Y aun según las horas de una misma mujer. Enamorar es un arte; seducir, una ciencia; amar, una obligación. Un buen criterio, cuando se tiene suficiente dominio para servirlo, es hablar a la inocente como si fuera una experimentada insaciable, y a la experimentada insaciable como si fuera una inocente. Manejado a tiempo el empleo de un término desgarrado, callejero, bruto, detonante, puede representar manantial de inefables sensaciones. El contraste es uno de los grandes determinantes de la ilusión amorosa.

—¿...?

—Cualquier caricia supera en emoción al beso. Sobre todo, en las mujeres un poco exquisitas. Buen acierto es supervalorar encantos olvidados por los rivales y predecesores. Eva suele tener preferencias que la gusta ver elogiadas. En los recovecos somáticos, lo mismo que en los espirituales, los hay predilectos hasta el fanatismo. Ver compartido este estímulo.

—¿...?

—Siendo difícil amar totalmente a una mujer, los cultos locales vienen a resolver innúmeras dificultades. Si no nos es

posible amar a X..., nos será hacedero amar las piernas de X... Sus brazos, su lunar, su mirada. O la sumisión de sus manos.

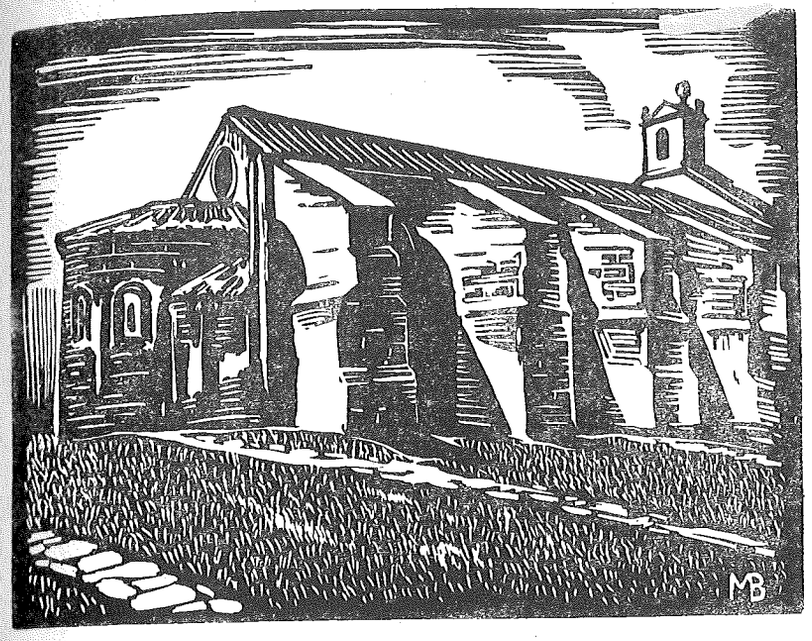
—¿...?

—Ni mucho menos. Mi ideal hubiera sido un solo amor. Los amigos, queriendo ensalzarme, me calumnian. Muchas veces he comprobado que mi mariposeo, mi resistencia a permanecer definitivamente no era sino miedo. Hasta ahora nunca encontré resonancia absoluta en ningún corazón femenino. Fuí el amante de muchas mujeres, el iniciador de pocas; lo que no logré fué ser el amor de una. ¿Culpa mía? No diré que no. Sí aseguro que mi tendencia creciente a no rebasar los preliminares obedece a exhibiciones prosaicas, que sólo pueden resultar justificables en los casos de una gran pasión. Mi placer es, desgraciadamente, goce de coleccionista. Archivador de reacciones a los estímulos eróticos. Resulto libertino porque me estuvo vedada la certidumbre del amor.

(El autor del libro declina toda la responsabilidad de tales opiniones en el libertino interrogado, muerto gloriosamente en la campaña de Marruecos.)

MATRIMONIO

(FORMULA ENCAMINADA A DAR CARACTER TRASCENDENTE A LA UNION SEXUAL DE UN HOMBRE Y UNA MUJER)



COMPOSTELA

Santa María del Sar.

TONO

COMPOSTELA

En ninguna otra ciudad del mundo cabe encontrar homogeneidad espiritual tan recia, honda y transparente.

Se ha ensalzado reiteradamente la belleza de Santiago. Compostela no encontró todavía su cantor.

No fué deficiencia de los técnicos en elaborar rimas, ni falta inspiración, ni desacuerdo entre el tema y la actitud. Algo más sencillo y, a la par, más difícil de explicar.

Pretendieron los bardos disecar. A Santiago hay que elogiarla en bloque. Por no ser sino bloque de melancolía romántica.

En Santiago, para saborear su encanto, es preciso no ser espectador, sino corista.

Las Rúas.—¿Quién podrá hablar de tristeza noble, sin retazos viscerales, si no paseó por las Rúas en una mañana lluviosa?

Al escribir la palabra mañana, dejé sobre el papel una de las características mejor definidas de Santiago.

Santiago ostenta su máxima congoja por la mañana. La huída del sol alivia. Las tinieblas consuelan. Como la muerte en esas agonías lentas, en que los rezadores perdieron ya la noción de implorar fines o retornos.

La tarde, en las Rúas, se recama de bullicio estudiantil.

En la meseta matinal puede saborearse la murria exquisita de las Rúas en toda su pureza. Murria de monotonía gris. Ninguna calle del mundo tan constantemente igual a sí misma como estas Rúas charoladas por el agua. Igualdad que refuerza la impresión. Nada nuevo cabe esperar; y, sin embargo, paseando por estas callejas, resalta vigorosa la novedad de no encontrar nunca nada nuevo.

Colegiata del Sar.—La Colegiata del Sar es del siglo XII. Está hundida en las cercanías del río Sar. Lejana de la ciudad.

Sus columnas acusan fuerte desviación de la vertical. Como si fueran a desplomarse. Condiciones del terreno y solidez de construcción cooperaron al prodigio. Amenaza de un derrumbamiento que no acaba de llegar.

En los visitantes, asombro y comentarios pueriles. En los beatos, conformidad. Resignación ante la seguridad de no presenciar la claudicación de los muros.

Así van pasando los días, iguales. Tanto cedió la curiosidad, que no se atiende al temor. Rézase como en cualquier otro templo.

La tranquilidad nútrese de inseguridad. Nadie sabe cuándo será, y este no saber concede donativos de calma. Muchas generaciones de beatos han desaparecido sin que la Colegiata acentuase su inclinación.

Augurar sería aventurado, y cuando no cabe augurar, resulta imposible la alegría franca.

Plaza de los Literarios.—La Plaza de los Literarios posee singular condición de muestrario. Cuando se la recorre fervorosamente, encuéntrase en ella todos, absolutamente todos, los matices de pátina que pueden hallarse en Santiago.

Las más finas combinaciones del verde obscuro, el verde apagado, el negro silencioso y el gris humilde.

¿Os encantó un sillar de las Rúas? Pues si vuestra memoria se resiste a proporcionaros el placer de renovar la sensación, acudid a la Plaza de los Literarios. Allí hallaréis otro análogo. No envitrinado, sino vivo, cumpliendo sus deberes activos de sostén y deberes activos de conmover.

Si Santiago pudiera tener un corazón, este centro vital, relicario y fragua, armería y órgano, telar y fuente, sería la Plaza de los Literarios.

Pero Compostela es homogénea. La emoción fluye en sábana, babeando, mansa. Sin intermitencias ni encrespamientos. Extensión lenta de mancha de aceite.

Por ello la Plaza de los Literarios no es sino un archivo de cuantos matices de pátina pueden encontrarse en la ciudad.

La Capilla de Corticela.—La catedral de Santiago es inferior a la ciudad. Reconozco que es preciso gran audacia para escribir tal afirmación. Aun así, lo hago por servir a sinceros convencimientos.

La catedral de Santiago, considerada *aisladamente,* es una de las más bellas catedrales del mundo. Enmarcada por la Plaza de Alfonso XII, por la Plaza de los Literarios, por la Plaza de la Inmaculada, desmerece.

Objeciones.—Constituye un forcejeo poco estético del románico y el barroco, con triunfo de éste.

Por su disposición recuerda con excesiva exactitud al Saint-Sernin, de Toulouse. Como aquél es de ladrillo, resulta la piedra imitadora del ladrillo. Un templo español levantado con sujeción a planos franceses.

El barroco exuberante, ebrio del Obradoiro significa desconsideración a la melancolía augusta de la ciudad.

Tras el Obradoiro, el pórtico de la Gloria, labrado con arreglo al arte galo.

Por todo ello, en la catedral de Santiago, mi sitio predilecto es la capilla de la Corticela. Románica, del siglo x.

Refugio. Puerto. Remanso adonde no llegan las discordancias irrespetuosas del Obradoiro.

CIMBRA

El matrimonio representa pretendida profilaxis contra la heterogeneidad.

Debe, para considerar cumplida su misión, constituir un engrase de los rieles de la vida, que permita deslizarse por ellos suave, insensiblemente.

Ni sobresaltos ni disonancias.

Los días adquieren singular cohesión.

El matrimonio tiende a uniformar las perspectivas. A uniformarlas con paños de colores modestos. Obscuros. Por vivos, trencillas de tonos mortecinos.

Ser casado equivale, idealmente, a ecuanimidad. En la práctica varían los horizontes; no sería justo culpar exclusivamente el procedimiento.

Los acólitos suelen mostrarse irrespetuosos y arbitrarios.

En tales circunstancias resultaría poco leal eludir un reparto de las desdichas entre sus verdaderos causantes.

De ordinario la infelicidad conyugal tiene significado de rebote.

Pese a estas condiciones, el matrimonio suele representar un venero de tedio.

¿Por qué se aburren tanto la mayoría de los esposos cuando están a solas con sus esposas, y viceversa?

Por lanzar algo, apélase al estribillo: "¡Ya se lo tienen dicho todo!"

En un matrimonio auténtico nunca está dicho todo. Ha de hablarse para apostillar. La mujer, las tribulaciones profesionales del marido. El marido, las tribulaciones caseras de la mujer.

Por eso jamás puede llegarse a la saturación de temas.

El tedio matrimonial procede de la falta de inquietud.

La inquietud no es tan recusable como pretenden los que la temen.

El exceso de sosiego fomenta el bandullo. La mayoría de los unidos ante el cura y el juez tienen el cerebro con bandullo.

La seguridad de no recibir sorpresas desmocha las horas de todo interés dramático.

Esta paz, mosaico de sorderas y miopías, obedece, en realidad, a una dejación.

Frente a la mujer, el marido tiene misiones de carabinero. Ha de enterarse de cuantos deseos atraviesan la aduana.

Con propósitos de satisfacerlos.

¿Los deseos no llegan? Deber esencial crearlos o inventarlos. El marido debe definirse así:

Creador o aliñador de deseos.

La generalidad de los esposos desconocen estas fraguas de la felicidad. Imponen su voluntad. Con más o menos carga de hipocresía.

La mujer tiene dos misiones: *jalear* al esposo y no dejar que llegue nunca a conocerla cabalmente.

La esposa ha de ser:

Claque.
Misterio.

En cuanto un hombre conoce a fondo la psicología de una mujer y su modo de reaccionar, puede darse por agostada la ilusión.

Hay un sentido esotérico del matrimonio al que pocos atienden.

El hombre debe ser una síntesis de todos los hombres.

La mujer, una síntesis de todas las mujeres.

Boda no es sinónimo de rutina. Las ofrendas a Venus, base esencial de la unión, han de evitarse como resultado de un automatismo.

El y Ella, Ella y El tienen la obligación de escudriñar qué tipo trae cada día el compañero. Incrustado en el pensamiento.

Una sugestión literaria, un suceso callejero, una representación teatral, un diálogo cogido al vuelo pueden encender la imagen de un triunfador en los altares del máximo fervor.

El marido, o la mujer, según el caso de que se trate, deben tener la habilidad de suplantar al héroe o heroína. Requiere tal decisión flexibilidad, vocación y entusiasmo.

Hemos usado la palabra vocación después de haber meditado mucho. El pro y el contra.

Cosas bien distintas casarse porque no existe otro medio de llegar a poseer a una mujer determinada o sus bienes y casarse obedeciendo a la vocación.

Cuando se aprieta el nudo en la Vicaría faltando vocación de casado, la alcoba nupcial hiede a insustancialidad. Y exceso de respeto.

El respeto es un comodín de muchos esposos poco capaces. Cuando dicen: ¡Con mi mujer no voy a portarme como con las otras!, debe entenderse: ¡Con mi mujer no sé portarme como con las otras!

La honesta es pasiva; la profesional, activa. Su triunfo se debe a la habilidad en el arte de atribuirse iniciativas.

Recuperar el timón representa deber ineludible para el recién casado. Alternar en los ritmos es sagrada obligación de la mujer.

Resumen.—El matrimonio, admirable invención, teóricamente considerada, resulta, en la práctica, muro que impide llegar a la totalización de las venturas físicas del amor.

Interin esto no ocurra, el matrimonio tendrá más detractores que partidarios.

ESCOLIOS

Los teorizantes del amor han dicho que la mujer afanosa por llenar el hogar de dicha debe ser amante de su marido. La frase tuvo éxito por carecer de realidad, y tanto éxito, que abundan los filisteos que la repiten como si se tratase de algo rebosante de profundidad filosófica.

* * *

Nada menos exacto.

La esposa no puede comportarse nunca como amante, porque se trata de una misma cosa. Cuando una mujer está enamorada, ama totalmente. Sin distingos.

* * *

¿Qué diferencia quiere establecerse? ¿La audacia sin reservas?

Si es así, cualquier hombre medianamente experto en estos lances tendrá que reconocer como exacta la siguiente te-

sis: enloquecidas por la pasión, las honestas superan en atrevimiento a las profesionales. En gracia. En fervor.

* * *

El vulgo emplea una frase para estos casos henchida de sagacidad:

"SOLTARSE EL PELO"

Cuando la honesta se suelta el pelo, ninguna profesional es capaz de rivalizar con ella.

* * *

Tres son los enemigos de las venturas físicas del amor en el matrimonio:

a) La monotonía.
b) Las claudicaciones viscerales.
c) La inoportunidad.

* * *

El amor matrimonial sabe a monótono porque carece de dificultades.

Una buena señora, que gloria haya, y con cuya amistad dulcemente maternal me honré muchos años, temiendo que la luna de miel de su hija fuese tan corta como la suya, pretextando temores por la salud de la muchacha, hacíala dormir con ella la mayoría de las noches. El marido, loco, como una araña en celo, sangraba entusiasmo.

Y la luna de miel se prolongó hasta la llegada del segundo hijo. Con no poca envidia por parte de las otras casadas de su edad.

* * *

En parte, puede suplirse la falta de alicientes del amor matrimonial merced a la habilidad de no entregarse nunca totalmente. Ni él ni ella.

Sin que la parte espiritual reservada a mantener en llamas la curiosidad sea tanta que pueda invocarse el desamor.

* * *

Palabra síntesis: *tacto*.

Otra palabra expresiva, utilísima aquí para concretar esta difícil habilidad: oportunidad.

Un traspiés, en estas cuestiones, puede arrancar fatales resultados.

* * *

La seducción del amor al margen de la moral radica en que no impone la vida en común.

Unas horas de exaltación—tres, cuatro—cualquiera puede vivirlas con decoro físico. Día tras día, es más espinoso.

El curso de la noche resulta terrible. Desde este punto de vista.

* * *

Conozco a un señor cuya juventud fué un himno a la felicidad de poder hacer vida de casado con su amante—¡espléndida mujer!

Su mala suerte le permitió ver realizada tal aspiración.

Hoy, aun cuando lo niega débilmente, encuéntrase arrepentido de haber visitado por segunda vez la Vicaría.

* * *

Es de justicia reconocer que este problema muéstrase más agudo en las mujeres que en los hombres.

En general, ellas ostentan más recato cuando de exteriorizar pobrezas orgánicas se trata.

* * *

Estéticamente, los pijamas femeninos han hecho gran daño a la ilusión. Cuando se embuten en ellos mujeres sin elegancia natural.

* * *

Por otra parte, ¡escasean tanto las mujeres capaces de convertir en arma victoriosa el desnudo!

* * *

Con todo, no son estas dos las máximas desventajas del matrimonio. El daño mayor procede de la falta de simultaneidad de los deseos.

* * *

De ordinario el hombre casado no procura enterarse de la tensión sexual de la mujer. No procura ni enterarse ni producirla.

* * *

Peor aún cuando ni en él ni en ella palpitan verdaderos deseos, siendo clave del estímulo un hábito de periodicidad.

* * *

Muchos rencores matrimoniales, aparentemente inexplicables, tienen sus raíces en la inoportunidad.

El marido hábil se cuida de conquistar cada vez a su mujer. De encender en ella la llama de la ilusión: la música, la poesía, paseos románticos, evocaciones oportunas de pasadas embriagueces, constituye un catón del que no debe prescindirse.

* * *

Tampoco la mujer ha de estarse con los brazos cruzados. Su epítome de buen amor consta de una sola palabra:

NOVEDAD

Palabras en la reserva:

Mudanza.
Cambio.
Alteración.

Palabras que son escollos y que por serlo han de rehuirse:

Voluble.
Inconstante.
Versátil.
Novelera.
Caprichosa.
Antojadiza.

* * *

La dicha bien merece este esfuerzo.

RELATO

(Historia ejemplar de cuatro hermanos.)

Estos cuatro hermanos eran:
Una hermana mayor (treinta y cuatro años).
Una hermana menor (veintiséis años).
Un hermano mayor (treinta y cinco años).
Un hermano menor (veinticuatro años).
El orden en que nacieron fué:
Hermano mayor.
Hermana mayor.
Hermana menor.
Hermano menor.

Características de los padres.—El padre, D. Antonio, es calvo, flaco. Calvo desde la mocedad. Flaco desde antes de nacer.

Caspa, mucha caspa en el cuello de la chaqueta. Le sudan las manos. Viven de sus rentas. El abuelo daba dinero a réditos. No le gusta la cerveza negra.

La madre, doña Juana, es semigorda. Fofa. Piernas cortas. Con várices. Hace dos años la operaron una rija.

Se tiñe el pelo. Dándole tonos negros desvergonzados.

Su padre fué gran aficionado al cante flamenco. A ella le entretiene mucho la brisca.

Juega todas las noches con la cocinera. Mientras el señor lee el periódico.

Boda del Hermano mayor.

Este hermano es bajo, regordete, triponcillo. Calvo ya. Herencia como su padre. Calva lustrosa.

Lleva la administración de las fincas.

Conoció a su novia esperando un tranvía de las Ventas.

Le gustó tanto, que en noches sucesivas acudió al mismo sitio. Al mes volvió a encontrarla. Ante el temor de que esto no se repitiera, la siguió. Eran casi vecinos. A la semana, novios. Al año, casados.

La novia del Hermano mayor tenía los ojos negros. Negro brillante. Alta, fuerte, de manos grandes y piernas recias.

Anunciaba ser una mole. Allá para la menopausia.

Como tenía muchos barrillos, acné la dijo un médico, el Hermano mayor tuvo que acostumbrarse a besarla en el rincón de las comisuras labiales.

Buena, muy buena. Con menos iniciativas que un reloj de pared.

Contestaba invariablemente:

—¡Lo que tú quieras!

El Hermano mayor es desgraciado. Por más que hace, no consigue que se le ocurra a él lo que debiera ocurrírsele a ella.

Boda de la Hermana mayor.

Una perinola. Ni fea ni guapa. Redonda. Algún atisbo de perfección en las líneas de los muslos. Ojos pícaros. Salada en la conversación. Cuando habla de lo que no entiende. Cuando sabe lo que se dice, no hay modo de aguantarla.

El novio es un palo de telégrafo. Con cara de susto. Debe inquietarle la altura. Como la mitad de las veces no oye a su novia, en vez de responder, sonríe. Beatíficamente. Beatitud de sordo bien educado.

La Hermana mayor podría hablar más alto. No quiere.

Alguien la dijo que uno de los síntomas del amor es ha-

blar a media voz. A falta de otro testimonoio objetivo de su pasión, apela a éste.

El día de la ceremonia se rieron mucho los invitados. Por la desproporcionada estatura de los contrayentes.

El cura, que parecía contento, acaba no estándolo. El sacristán se equivocó de libro, y por poco no lee otra cosa en vez de la epístola.

La Hermana mayor es desgraciada. Su ingenio no logra vencer sino deficientemente los obstáculos de la talla.

Boda de la Hermana menor.

La Hermana menor es la más guapa de la casa. Y de la vecindad. Y del barrio.

Tiene castaño claro el cabello. Verdes los ojos. Rojos los labios. Moradas las ojeras. Blancos los dientes.

La cintura, de ofidio, es una maravilla. Sólo algunos tigres presentan flexibilidad semejante. Cuando camina sus caderas danzan.

Sus pechos son proas.

Al hablar, las palabras gimen entristecidas. Por abandonar el horno divino de la boca. Gimen y queman.

Sobre el pavés de tantos hechizos desafía a las admiraciones un genio autoritario. No es que quiera tener siempre razón. Es algo más complicado. Pretende que lo razonable sea siempre lo opuesto de cuanto dicen los demás.

Su novio, ahora su marido, enloquecido por la belleza de la Hermana menor no sabe sino asentir.

Tal propósito le hace ser de reacciones lentas.

¡Papanatas!, le llama ella.

Y no es feliz. La Hermana menor no lo es, porque tiene un secreto. Para ser dichosa necesitaría que la llevasen la contraria. Sin miramientos.

La Hermana menor tiene castaño claro el cabello. Verdes los ojos. Rojos los labios. Moradas las ojeras. Blancos los dientes.

Boda del Hermano menor.

El Hermano menor es optimista. Acaso por no haber desempeñado hasta ahora otro papel que el de espectador. Aseguran que, acabado de venir al mundo, batió palmas. No es de creer.

Ansioso de contemplar, escogió por novia a una señorita del barrio de Salamanca, rolliza y profusa en perspectivas convexas.

La familia de la novia del Hermano menor cometió la deslealtad de ocultarle que la muchacha era artrítica. ¡Profundamente artrítica!

Desde el día siguiente al enlace, la esposa del Hermano menor comenzó a padecer erupciones. Su marido asumió el papel de auxiliar de los médicos. Llegó a extender las pomadas con elegancia y rapidez no superables.

Toda esperanza de felicidad huyó de él. Su vida está truncada. De espectador ha pasado a la categoría de actor. No puede saborear el goce de la contemplación serena. Los horizontes que debieran estar más despejados muéstranse cubiertos de ungüentos y pomadas.

¡No siempre huelen bien!

ADULTERIO

(REBELDIA FRENTE A LA PERPETUIDAD
DE LOS LAZOS MATRIMONIALES)



PALLENZA

Orillas del Lago,

TONO

PALLENZA: ISOLA BELLA

El espectáculo de las islas Borromeas incita a codiciar. Ansias de placer. De un goce sin carriles. Arbitrario. Trepidante. Campeador.

En la esencia, incendios eróticos.

Todas las avideces sensuales en un haz. Atado con cabellos negros. Reflejos de miradas trémulas en el seno de la ligadura.

Olvido de preocupaciones, enemigas del optimismo. Irrespetuosas y obsesivas. Anuncio de lo que la experiencia enseñara. En los viejos tiempos donde aprender podía estimarse un deporte.

Hoy es obligación. Deber y fe.

Sensaciones que alborotan descaradas.

Risa en los montes.—La ahora llamada, con justicia, Isola Bella, era, en 1650, un islote sin vegetación. Pelado, solitario, triste.

Como un castigo. Como un lamento en el himno pagano del lago.

El conde Vitaliano Borromeo sintió piedad de la roca fea. Más desgraciada por soportar el contraste con las orillas esmeralda, el agua turquesa y el cielo cobalto. Sinfonía de colores fraternos.

El conde hizo acarrear cantidades enormes de tierra.

El derroche tuvo una compensación: poder sembrar.

Satisfecho, Vitaliano construyó magnífico y teatral palacio. Levantó muros. Afianzó terraplenes. Formó poéticas terrazas. Sentimentales celestinas. Trazó jardines de cuento de hadas. Cultivó amorosamente plantas de lejanos países: naranjos, cedros, limoneros, palmeras, magnolias.

Los montes tuvieron envidia de cómo iba engrandeciéndose y acicalándose la isla cenicienta. Padecieron el mal de la envidia.

Llamaron en su auxilio el espíritu del lago. El soberbio palacio quedó sin terminar, e inacabado sigue.

Los montes han vuelto a reír. Ya no les asusta la fantasía de un conde romántico, en cuyo honor entonan diaria salmodia árboles de otros países: naranjos, palmeras, cedros, limoneros y magnolias.

Comprobándolo, sube a la garganta una emoción. La de no ser el conde Vitaliano Borromeo.

Pena en el muelle.—Junto al desembarcadero, donde los vapores depositan periódicamente turistas, viajeros y mercancías, se alínean hasta media docena de puestos.

Comercio de baratijas: postales, bisutería con pretensiones de ambiente aldeano, rara vez conseguido; cerámica, recuerdos en hueso...

Los dueños ni gritan ni importunan al forastero. La grandiosidad del paisaje transmíteles normas correctas. Se limitan

a ofrecer en silencio. No acosan. No molestan. Como si les fuera indiferente vender.

En la cuarta barraca, junto a una vieja desdentada y sarmentosa, su nieta.

Bello ejemplar de adolescente. Rubia. Esbelta. Abarrotados los ojos de luz. En la boca, ambición y desdén.

Desde una de las barcas que se alquilan para pasear por el lago, joven pescador, recio y guapo, contempla triste a la muchacha.

¡Harían hermosa pareja!

Mírala, sobre todo, a los pies. Calza zapatitos lindos. De mujer de ciudad. Medias finas, bien estiradas.

¡Volará!

Mis ojos se cruzan con los de la vieja. Cuajados de temores y de pasado mísero. Ella también lo presiente. Como el pescador. Como yo.

Un mal día la flor rubia del muelle de Isola Bella se irá muy lejos, distante. Al mundo de las ciudades venenosas, con las que ya sueña.

Lo pregonan sus zapatos.

Tolerancia en el figón.—El Hotel del Delfín es modesto—14 ó 16 liras cubierto—, limpio. Afable el dueño. Pronta y discretamente pizpireta el ama.

Se come en la terraza. Frente al lago. La avalancha de viajeros embadurna el ambiente de alegría infantil.

Comentarios en todos los idiomas.

Gentes habituadas a los Palaces, encuentran divertido usar tenedores de puntas chatas, beber en vasos de grueso vidrio, cortar con cuchillos sin marca en la hoja.

La tolerancia no es, sin embargo, centrífuga. Viene del lago. Entre bocado y bocado se le mira. Avergonzadamente. Como si se estuviera arrepentido de no sacrificar el afán visceral.

Y lo que en otro lugar sería rechazado aquí se tolera bonachonamente, porque en cada pensamiento aletea la intención de no comportarse demasiado infradiafragmáticamente.

Nostalgia en el jardín.—El cicerone, desconcertado por mi mutismo, que no es desagrado, sino emoción, busca el modo de enhebrar un diálogo. En inglés. Me cree americano. Las pocas veces que le respondo lo hago en francés. Pero él asegura seriamente que lo pronuncio con acento yanqui.

Cansado del asedio, le digo, en un italiano corcusido con recuerdos teatrales y palabras del vocabulario de bolsillo, que nací en España.

Gozoso, hablándome ya en italiano, me lleva a un rincón. A ver una magnífica encina.

—¡De vuestra patria!

Aun le oigo algo más extraño:

—¡Usted sí que sentirá bien lo bonito que es este árbol, y no esos brutos de americanos!

Recibo la impresión de ser acariciado por una brisa tibia y perfumada.

Como si la vieja encina se hubiese trocado en fragante rosal.

CIMBRA

No es envidiable el adulterio. Las satisfacciones suelen valer menos de lo que cuestan.

En el adulterio sincero—no trenzaría ninguna paradoja escribiendo en el adulterio honrado—, en el de buena fe, buscando el amor, constituye desagradable suplicio la evocación de los deberes ineludibles.

Con sólo esta rumiación, basta para poder considerar canceladas todas las deudas sentimentales.

En muchos casos la idea se hace obsesiva. Creando estados neurósicos que obligan a recurrir a tratamientos psiquiátricos.

¿Se comportará igual en uno y otro lecho? ¿Recordará en el instante decisivo al amante? ¿Habrá llegado a lo prohibido por insatisfacción, por desencanto, por simple afán de cambiar de piloto sentimental, por rencor?

¿Cómo precisar hasta dónde entrega y hasta dónde reserva? Y sin determinarlo, ¿cómo sentirse contento?

El adulterio sólo satisface a cuatro categorías de personas:

a) Maltratados.
b) Vanidosos.
c) Vengadores.
d) Noveleros.

Bastante número de veces el adulterio tiene condición de rebeldía. De protesta contra una opresión desmedida. Como hay gentes que salen de casa "por estirar las piernas", las hay que pecan por estirar el corazón.

Ser adúltero o adúltera es mucho más fácil que no serlo. Cuantos se lo proponen lo logran. Esta facilidad constituye la base de lo agradable de comprobar que lo despreciado, lo tenido en menos puede encontrar altas cotizaciones sentimentales.

Se peca por motivos de propia estimación. Por reconciliarse consigo mismo. Por adquirir convencimiento de que no se merece la desgracia padecida.

Encontrar motivos para culpar del fracaso a la incomprensión del otro y no a las malas cualidades propias es regodeo sabrosísimo.

Los que esto sólo buscan en el adulterio llegan a encontrar deliciosa la infidelidad.

Forzoso reconocer que, en casos tales, el goce no proce-

de de las venturas físicas, sino de motivos espirituales, injertados sobre una base sexual como pudieran estarlo sobre cualquier otra.

Otro grupo de adúlteros satisfechos es el de los vanidosos. Vanidosos de su poder seductor.

Hace falta, para sentir esta complacencia, ser un poco payo. Ingenuidad paleta. Un tanto por ciento considerable de las llamadas conquistas no son sino efecto de la oportunidad de presentarse cuando, por impaciencia del deseo, todo ha de parecer bien.

"¡A buen hambre no hay pan duro!", dice sabiamente el adagio.

Gran número de seudo-conquistadores no pasan de la categoría de pan duro.

La dicha legítima procede de sembrar deseos, no de calmar los pecados por otros. Terrible incógnita. ¿Cuándo es obra propia el deseo y cuándo no? Afortunadamente, el coleccionador de espasmos no desciende a estas sutilezas. Afortunadamente para él. Como el engreído jamás se comporta discretamente, con el pregón de sus victorias bástale para ver levantados los tenderetes del alborozo.

Entendidas así las finalidades del adulterio, éste resulta grato. Ahora, como antes, ocurre todo al margen de la sexualidad.

Por ello abundan conquistadores mal dotados de energía clave.

Tipo terrible de adúltero, sobre todo de adúltera, es el vengador. Aquellos que hacen de la infidelidad una represalia.

Para el que se enamoró sinceramente, enterarse de tales determinantes implica terribles tormentos.

Entre "Las Diabólicas", de Barbey d'Aurevilly, figura una marquesa que se prostituye a la usanza de los burdeles, destacando su posición social como consuelo al odio que la quema.

No se trata de pura ficción literaria. Hasta hace tres o cuatro años, visitaba las casas de tolerancia madrileñas una dama, poco agraciada y torpe en las entregas, que complacíase comunicando su apellido prestigioso al amante de unas horas.

Queda siempre la duda de, si en vez de sed de venganza, ha de invocarse una libidinosis. Lo del rencor puede no ser sino intento de disfraz.

Cuando el odio manda, el contento tiene intercalados sabores amargos. Singularmente para el compañero consciente. Mírese como se mire, este odio no es sino ilusión que no se quisiera tener.

Los noveleros, infausta raza de Madame Bovary, son quienes más copiosa recolección de alegrías obtienen del adulterio, antídoto del tedio y complaciente cómplice en la ficción de creerse protagonista. Protagonista e interesante.

Cuando se tropieza con un cónyuge novelero, no enamorado profundamente, hay que novelar o resignarse ante la idea de un inminente olvido del compromiso de monopolio representado por el acto nupcial. Iglesia y Juzgado.

Los grandes errores de los engañados son siempre:

Desdén.

Frialdad y monotonía sexual.

Falta de tendencias noveleras.

Ignorancia de lo que ocurre en la fragua de los deseos.

Hacer de la vida una novela equivale a apoderarse de la voluntad eje del personaje. Por ambiciones de autonomía espiritual suele pecarse.

Con lo que viene a resultar posible esta afirmación para-

dójica: Sólo obtienen felicidad del adulterio quienes no llegan a él guiados por sed de amor.

ESCOLIOS

Es curiosa la tolerancia que hombres y mujeres tienen para disconformidades espirituales, que representan boceto de adulterios sin localización.

* * *

Más difícil de entender aún, porque el celoso, cuando sospecha o cuando teme, antes que en la reconquista, piensa en el castigo.

* * *

La fidelidad de la mujer y del hombre, especialmente de éste, es un problema cuya solución sólo puede lograrse a cambio de una libido satisfecha física y espiritualmente. Este segundo aspecto nunca basta por sí solo.

* * *

La timidez conyugal constituye un potente germen de adulterio. El amor o no es nada o es locura. El sensato es el instinto. Las gentes, por miedo, huyen de éste y acatan aquél. El comportamiento arbitrario vale por todos los medios de seducción.

Cuando en el fondo de él no existe sino una intención: servir. Un propósito: obedecer.

Cuando de un marido o de una mujer se oye decir:

Es
- Aburrido-a.
- Fastidioso-a.
- Cansado-a.
- Hastiante.
- Inoportuno-a.
- Abrumador-a.
- Pelma.
- Insoportable.

Hay que temer por la fidelidad de quien lo dice.

* * *

Abundan las alcobas sarcófagos de caprichos pueriles.
¡Pueriles y cascabeleros!
La alcoba debe ser siempre una feria.

* * *

Nada sostiene el decoro del sexo como la

OPORTUNIDAD

El camino del adulterio está empedrado, en sus comienzos, con oportunidades ajenas.

* * *

Otro buen deber es enterarse previamente, ¡siempre!, del estado de ánimo. Unas cuantas torpezas seguidas quebrantan la virtud más firme.

* * *

¡No está el horno para bollos!, dice el pueblo cuando una gestión es inadecuada.

Cientos de hombres y mujeres se olvidan con demasiada frecuencia de esta verdad resplandeciente.

* * *

No debe tampoco arrojarse a la cuneta esta otra: el amor, para ser lealmente correspondido, cultivará, como norma preferente la naturalidad, la sencillez. A veces se llega al adulterio por empacho de trascendencia. Una carantoña vale siempre más que una frase manida.

* * *

Otra máxima fundamental: En amor, los miramientos no son sino obstáculos antipáticos.

No hay que tener escrúpulos. Preocupación única, amar.

Como sea, cuando sea, donde sea. Cuanto más desmandado el frenesí, mejor.

La circunspección resulta inevitablemente insensatez.

* * *

Consejo: Dar dinero, regalar, no es cadena, sino escalón. Lo que ata y retiene es la ofrenda de deseos inesperados. Cuanto menos previstos, mejor. Arte de sorprender es sinónimo de arte de amar.

* * *

El sobresaltado debe hacer balance a cada paso. Para conocer la diferencia entre lo que sugirió y lo que concedió.

Ha de rehuirse la torpeza de servir aperitivos desproporcionados a la cantidad de comida.

La gratitud en amor no es obra nunca del aperitivo, sino de los postres. El amante lince no ignora que el ariete más eficaz contra la decepción radica en el acierto con que se rellenan las pausas.

* * *

Como el compartimiento íntimo acúsase invariablemente en rasgos objetivos, ha de escaparse, como el diablo, de la tentación de imitar.

Córrese el riesgo de que el cónyuge prefiera el original.

Las confidencias de café y casino han sido siempre solapados enemigos de la fidelidad.

* * *

Hay muchos hombres y muchas mujeres que sienten hondo placer rumiando cosas que, si se las recuerdan, llénanlos de vergüenza y asco. Sentimientos concretados en indignación contra quien habló lo que debiera callar. Excelente lección para los dos sexos.

* * *

Abundan las mujeres que toleran máximas audacias mientras se habla de temas indiferentes.

Una leve indicación sobre la maniobra, encolarizándolas pone sobre las armas las falanges todas del pudor.

No hablar de lo que se hace y hacer cosas de las que no se habla, constituye, en ocasiones, excelente táctica.

* * *

Y esto es así, porque en muchas personas la fidelidad y el adulterio representan actitudes inconscientes.

No presenta ventaja alguna dotarlas de consciencia.

* * *

Todo intento de meditación sobre la consistencia de un amor, representa por solo este hecho germen de adulterio.

Cuanto menos inteligencia se aporta al entusiasmo, mejor. Digan lo que quieran los teorizantes y su servidumbre.

RELATO

(*De lo que pasó al caballero del Desencanto, en el viaje a Himeneo, después que partió de la Isla Citerea.*)

El caballero del Desencanto presentaba, en el momento de este suc·edido, cuarenta y cuatro condiciones. La enumeración de ellas suple con ventaja a cualquier intento de retrato del dolido señor.

Era:

Agrio.
Agresivo.
Bajo.
Bravo.
Categórico.
Clemente.
Desafortunado.
Desenvuelto.
Enamoradizo.
Enigmático.
Fidedigno.

Formal.
Gastador.
Glotón.
Hablador.
Holgazán.
Ilustrado.
Inconsecuente.
Jugador.
Justiciero.
Lascivo.
Listo.
Malicioso.
Membrudo.
Narrador.
Niñero.
Ocurrente.
Olvidadizo.
Peligroso.
Pertinente.
Quimérico.
Quisquilloso.
Rebelde.
Rencoroso.
Soberbio.
Suspicaz.
Terco.
Tornadizo.
Ufano.
Util.
Valiente.
Veloz.
Zaragatero.
Zumbón.

No creemos pueda quedar duda alguna respecto a la calidad del héroe.

* * *

El caballero del Desencanto, hastiado de la molicie de Citerea, pensó salir de la Isla.

En un correr desalentado llegó al puerto. No anduvo mucho una vez desembarcado en las costas de Himeneo.

A la orilla misma del mar, de la mesma parte que caminaba, vió unas casas grandes, al parecer fabricadas hace poco. Frontero de ellas, un puente por el que se entraba a la ciudad.

A la puerta de ella, una princesa con las armas rojas. Rojo de sangre arterial. En el escudo, en campo de oro, un escarpín negro. Junto a la princesa piafaba un caballo rubio.

Al otro lado de la puerta otra dama, que según el parecer, no era menos para estimar que la del escarpín por en la disposición no cederla en nada y en la riqueza de las armas hacerla ventaja. En eso y en la edad. Más años y más riqueza.

Por la puerta, según la orden de quien la mandaba guardar, no se podía pasar sin haber batalla con la guardadora de ella.

La entrada era tan ancha, que se podían combatir en ella bien cuatro caballeros. Tenía el dintel tan alto, que sin ningún recelo entraban los caballeros en ella. El caballero del Desencanto se detuvo por ver qué determinación tomar, y poniendo los ojos en la princesa, que se alzara la visera del yelmo para hablar con la otra guardiana, la dijo en voz alta:

—Paréceme que sois aficionada a las ceremonias. ¿No habréis hecho ofrecimientos a costa ajena?

—¡Si los hice, yo los cumpliré, que así lo acostumbro días ha!

—¡Pues yo no me precio—respondió el caballero—sino de quebrar costumbres, por lo cual mirad por vos!

Acabadas las palabras, se encontraron en medio de la puente, con tan gran fuerza que, quebradas las lanzas, se toparon de los cuerpos tan tercamente, que casi sin ningún acuerdo vinieron entrambos al suelo.

La princesa, reconociendo que, aun cuando guardando aquella puerta, tuviese hechos muy buenos hechos, conformes a su persona y vencidos algunos caballeros famosos, nunca viniera allí ninguno que en fortaleza, ánimo y ligereza se igualase con éste.

—Ya agora—dijo el caballero—reconozco que entre cuantas buenas venturas el tiempo me tiene dadas, ésta es el remate de todas ellas.

Entonces, tomándole una mano, se la besó repetidas veces, no sin lágrimas de la princesa.

Dos años serían pasados sin que el caballero se hubiese menester poner yelmo.

Al quinto día de cumplidos, caminando por la floresta, falto de escudo para se poder amparar, halló un jayán persiguiendo a la princesa.

El jayán, arrimándose a un árbol, se sentó en el suelo al pie dél. Las espaldas guardadas con la gordura del tronco.

Apesadumbrado el caballero, entró por el sendero por donde viera salir al jayán. No anduvo mucho. Llegó a un huerto de pensamientos vivos y alegres, que a él le dejaron muerto y triste.

La princesa, de lejos, le habló así:

—La culpa desto tiene vuestra condición, que de muy libre y esenta no sirve al amor donde sólo el contento se pue-

de tomar por satisfacción. El galardón del querer no puede estar en voluntades ajenas, sino en las propias.

(Modelo de un nuevo estilo literario de simbolización.)
(Con licencia de Palmerín.)

AMOR SENIL

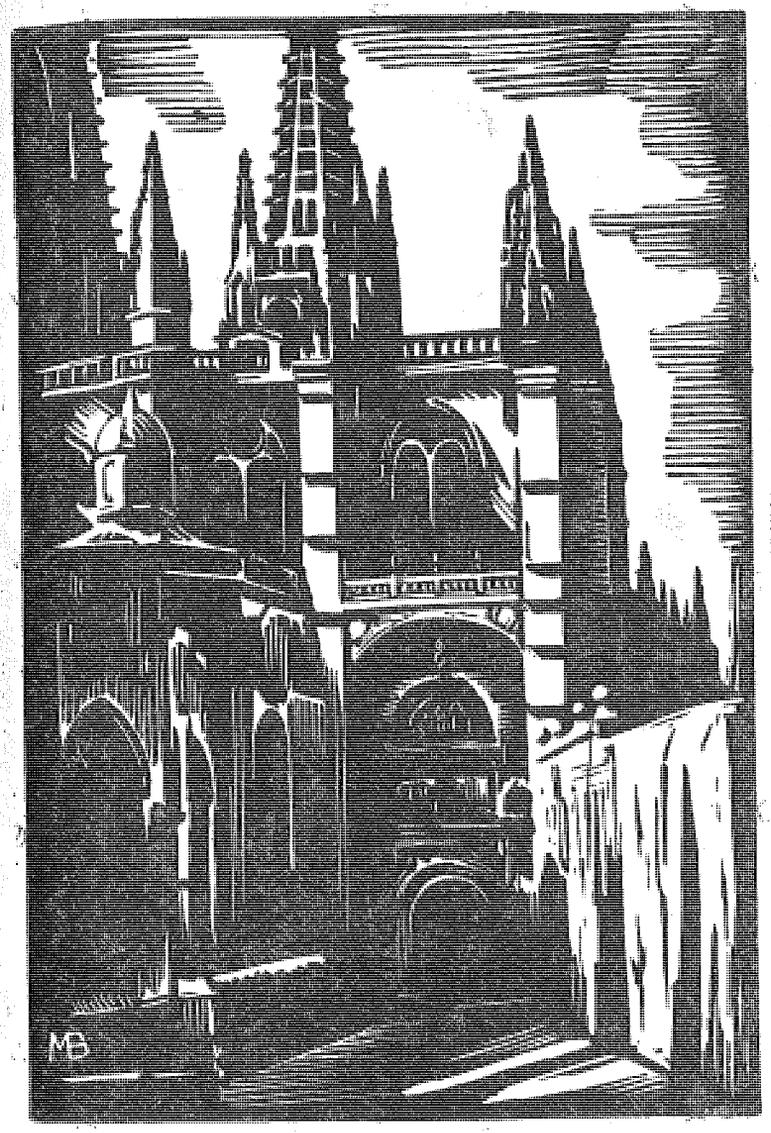
(CONSERVACION DEL DESEO DESPUES DE DESAPARECIDA LA JUSTIFICACION)

de tomar por satisfacción. El galardón del querer no puede estar en voluntades ajenas, sino en las propias.

(Modelo de un nuevo estilo literario de simbolización.)
(Con licencia de Palmerín.)

AMOR SENIL

(CONSERVACION DEL DESEO DESPUES DE DESAPARECIDA LA JUSTIFICACION)



BURGOS — La Catedral.

TONO

BURGOS.—CATEDRAL. PUERTA DE CORONERIA



NTRE el Espolón viejo y el Espolón nuevo tiéndese, sobre el río, el Puente de Santa María. Poca agua. Ancho cauce, signo de temibles desbordamientos esporádicos. Luego el Arco de Santa María, siglo XVI. Estatuas. Bélicas torres. En las entrañas de la edificación, un Museo. Una calleja. Plaza del Duque de la Victoria. Palacio arzobispal. Plaza de Santa María. La Catedral. Puerto principal.

Severidad. Solemnidad.

En el centro ríe una gran rosa. En el tercer piso, el alma gótica del templo se asoma a las ventanas.

Más arriba, el encaje de los campanarios.

Obra de Juan de Colonia.

Camino del cielo.—Las agujas repiten extrañas consejas alemanas. El eco resuena en León. El eco resuena en Oviedo. Con pretensiones de retorno.

¿Qué tienen estas torres para hacer soñar tan tercamente?

Tienen fortaleza.

Sobre ellas, como nidos de cigüeña, anhelos que esperan agazapados el paso de la nube rosa. Anhelos sencillos como esas canciones campesinas que parecen plegarias. El maestro Juan vino de lejanas tierras nórdicas. Traído por el obispo Alonso de Cartagena.

La luz de Burgos inspiró al maestro. Debió trabajar sonriendo.

Cuando pasan por la plaza de Santa María, en noches de luna y miran a las torres, los enamorados se hablan en voz baja. Temblorosos. Como si temieran interrumpir.

¿Qué temen interrumpir los enamorados? La ascensión del espíritu de la Catedral. No fueron creadas las agujas para recibir dones y castigos, sí para lanzar ansias.

Como llamas son estas torres.

Llamas blancas en la noche azul.

Su secreto, tejido está con dolor. Tristeza de no conseguir.

Tristeza bíblica. Tristeza de Babel.

Violante.—La catedral de Burgos tiene muchas estatuas. No tantas como la de Milán, pero muchas. Aseguran los técnicos que son obra de escultores franceses. No importa. La luz desempeñó su papel.

La decoración—calados que simulan plantas—se prodigan con personalidad suficiente para revelarlo.

Los santos y los apóstoles acusan un quietismo interior desconcertante.

No es paz, sino atildamiento. De habitación recién puesta en orden. Para esperar el amo.

¿Dónde fué el amo?

Debe estar cerca y sin ganas de venir. Para convencerle, David puso cara de muñeca. Y gesto de androginismo.

¿Dónde fué el amo?

Fué al claustro. Todos los amos de todas las estatuas se

hallan postrados ante Violante, la esposa de Alfonso el Sabio. Está engreída Violante. Para guardarla, se tumbó a sus pies un perro. Su esposo la mira complacido. Los amos no se preocupan de él.

Saben que Violante no volverá a pertenecerles. Y en vez de frío, sienten imprevistamente alientos tibios. Olvidándose de los nidos recién puestos en orden para esperar al amo.

Recompensa.—¡Tudescos, galos! ¿Dónde habrá un rinconcito castellano?

No importa el esfuerzo si tras la pugna ha de surgir el hallazgo. Ni sueño, ni cansancio, ni sed son obstáculos. No asusta la noche. Ni las bravatas del viento causan temor. Ni tómanse por fantasmas acólitos hacendosos. Noche o día es indiferente.

Afán: encontrar el rinconcito donde se han refugiado las esencias castellanas.

¿Cómo andando y desandando no damos con él?

Nos sentimos inclinados a hallarlo a gritos. Chillidos angustiosos. Como los niños invocan a sus madres. Acobardados. Royendo la zozobra del extravío.

Desistimos. Algo nos dice muy quedo en las sepulturas del corazón, la superioridad del mirar sobre el decir. Cuando empieza a rendirnos la ineficacia reiterada, alzamos los ojos.

Encontrando en el techo del cimborrio el milagro de las esencias moriscas. Condenadas a contemplar eternamente la austeridad de las naves.

Vueltas de espaldas al cielo. Cuya luz brinca burlona sobre el testimonio escultórico de la fantasía estéril.

Coronería.—La puerta de la Coronería hállase frente por frente de la puerta del Sarmental.

Entre la Capilla de Santa Ana y la puerta de la Pellejería. Constituyendo una zona de penumbra, silencio y meditación.

Adosado al muro de la Capilla de Santa Ana un banco

de madera. Lustroso y fuerte. Mi sitio preferido. La puerta de Coronería está en alto. Se abre a la calle de Fernán-González.

Desde la puerta al piso de la Catedral, se desciende por una escalera dorada. Cincuenta y nueve escalones. Obra de Diego de Siloe. Balaustrada magnífica. Hierro domado por el arte. La escalera se hizo para descender, no para subir. Utilízase en determinadas solemnidades. Su hechizo procede de la limitación.

En el banco adosado al muro de la Capilla de Santa Ana, me he sentado muchas veces como un mendigo. Mendigo tímido. Sin fe en la limosna.

Nadie ha de calmar la jauría de mis esperanzas. Sabiéndolo sigo aguardando.

Por no cavar en el barro.

Cavar sería insensatez.

Siempre que entre en Burgos, iré a sentarme en el banco adosado al muro de la Capilla de Santa Ana.

CIMBRA

Crueldad.—Si alguna duda pudiera caber de la insensibilidad de la Naturaleza y de lo poco que para ella representa el hombre, se desvanecería por entero ante el dolor de los hombres y las mujeres que todavía conservan deseos sexuales después de haber perdido la capacidad de inspirarlos.

Pocas amarguras comparables a la del viejo verde y la vieja verde. La supervivencia del deseo constituye terrible crueldad desprovista de ventajas.

Chapotean en el lodo del ridículo estos pobres seres azuzados por inquietudes sin fronteras ni reposo.

Suplicio de Tántalo agravado. El sediento junto a un arroyo saborea el alivio de que su padecer podría verse calmado.

No es un soñar desatinado, sino simplemente una dificultad.

En los viejos verdes distinta cuestión. Desean algo irreal.

Su deseo no puede despertar otro. Tienen sed y no hay arroyo. Doble desconsuelo.

Debiera morir el deseo cuando la vejez llega. No es así, porque la Naturaleza muéstrase insensible a los sufrimientos humanos.

Calidad.—Los viejos en que aún sobrevive el deseo, invocan para justificar sus pretensiones, la mejor calidad del amor.

¿Aman mejor los viejos que los jóvenes?

Aman mejor; pero su amor es de peor calidad. Más entusiasmo teórico, mayor desinterés, desproporcionada gratitud. Menor aporte de ilusión, menor estímulo, menor recompensa sentimental.

Un viejo o una vieja enardecidos, no reparan ni en dinero, ni en historia, ni en conveniencias.

La madurez es la edad del amor, porque en ella cabe ser generosamente lento. En la mocedad se peca por exceso de rapidez. El ímpetu arrollador imposibilita el cultivo de matices.

En la vejez, exceso de calma. Lo pausado del proceso rompe la continuidad de los matices.

El amor en los viejos se compone de escenas sueltas. El joven acorta, antiestéticamente, los prólogos.

Sólo en la madurez el amor puede ser obra de arte.

Escribo *puede* y no escribo *es*, por tratarse de la más difícil de las artes.

Abnegación.—No siempre la vejez comportáse egoístamente. Aunque escasos, existen gestos magníficos de renunciación.

Para otorgarla debida pleitesía, resulta preciso establecer una distinción básica. Entre los que conocieron ampliamente el amor y los que no alcanzaron tal dicha. Entre ambas clases de generosidad, ¿cuál ha de estimarse más ensal-

zable? ¿El que renuncia a un bien que ya logró en otras ocasiones o el que renuncia a un bien que nunca ha conocido?

Sin dura, el mérito mayor pertenece a los que abandonan una ventura que ya saborearon.

Más difícil prescindir del placer desconocido. La alegría del verdadero amor, una vez gustada, no puede olvidarse.

Por ello deben inspirar más ternura los viejos donjuanes que los mediocres sexuales, enardecidos inesperadamente.

Por ello, también, cabe esperar más valiosas renunciaciones de aquéllos que de éstos.

Las improvisaciones, si son auténticas, rara vez adquieren valía cotizable en los zocos del sentimiento.

Egoísmo.—De ordinario, por culpa de la fuerza cegadora de la libido, los viejos exasperados no dudan en sacrificar el objeto sexual.

Millares de muchachas pasan, anualmente, por alcobas lícitas o no, donde hombres de edad, rijosos, torpes, profanan bellezas.

¡Terrible delito!

El deseo sexual es sagrado. Los dos instintos más sagrados son el de nutrición y el de reproducción.

De las uniones desiguales nacen pobres niños enclenques, enfermizos, raquíticos. Purgadores de culpas ajenas. Si no nacen, suele ser porque se cometió un crimen. No asuste la palabra. Cortar la expansión de una vida es siempre criminal. Adúzcanse las razones que se aduzcan.

Estos viejos sacrílegos suelen sentir celos morbosos. En el fondo de su conciencia, la VERDAD desgrana eternas letanías.

Todo hombre o toda mujer que persiguen las venturas físicas del amor por intermedio de una mujer o un hombre faltos de deseo, merece dura sanción.

Rara vez deja de recibirla. Muchas veces sin enterarse. Lo que representa doble castigo.

Legítimamente.

Justicia.—Todo cierto. Absolutamente cierto. Sin embargo, la indignación, si surge, pasa velozmente.

Sólo en parte depende de ellos la falta.

En la casi totalidad de los casos obra de la supervivencia del deseo. Forzoso predicar fuerte para encadenar a esto del modo más vigoroso posible. Buscando que retrocedan los vacilantes. Los indecisos.

En el fondo del pensamiento, dado de lado todo pragmatismo, sólo existe compasión. Dulce, amplia. Los viejos verdes achacosos y las viejas loros, se dicen a sí mismos la realidad. A veces, con tal tesón, con tan cruda terquería que enloquecen. A centenares. Infinitos testamentos absurdos lo pregonan. E infinitos pleitos. E infinitos peritajes.

¿No sería ya este deseo náufrago signo evidente de trastorno mental? Muchas veces acaso. ¡Siempre no!

El deseo rezagado resulta compatible con una inteligencia preclara. Con un sólido razonar.

Es sólo hambre venido fuera de tiempo.

¿Qué pudo retrasarla de modo tan singular?

La explicación ha de buscarse en la infancia y en idiosincrasias individuales.

ESCOLIOS

Elogio del gato y el canario.—Es fácil reírse.

¡Viejas que quieren a su gato como a un hijo!

¡Jamonas que cuidan al canario como a una última ilusión!

Las burlas salpican incomprensión. Rezuman torpeza. ¡Pobres viejas! No cometen pecado de ridículo queriendo.

Al contrario. Realizan el heroico esfuerzo de vencer inclinaciones que no debieran existir. Son ajenas a la voluntad de quien las padece. En desacuerdo con los años. Pero imposibles de vencer frente a frente. Han de abrirse cauces insólitos. Este de poner el cariño en los animales es uno.

Aquel vejestorio teñido que entierra a un perro y llora sobre la tierra removida, no es sino una pobre mujer que da sepultura a un amor. Quizá el único. Acaso el postrero.

No es esta transferencia ni la más vergonzosa, ni la más cómica, ni la más perjudicial.

Ternura y no vayas merecen estas pobres hembras de sexualidad rezagada.

Cotilleo redentor.—Comadres directoras. ¡Chau-chau, dicen los moros! Vigilante y tenaz curiosidad. Hambre de minucias. Objetividad campeadora.

¿En sustancia, qué?

En sustancia, cinco cosas que son una:

I.—Miedo a quedarse sola consigo misma.

II.—Miedo a no poder encauzar.

III.—Miedo a exteriorizar apetitos.

IV.—Miedo a deseos de imposible satisfacción.

V.—Miedo a desmerecer.

El ansia canta un himno inmortal, y como eco suyo, la preocupación de la comadre tiene preferentemente matiz sexual.

¡Con qué saña, con qué enconada furia manchan honras y desgarran prestigios las comadres!

No pueden satisfacer su libido trasnochada, pero disfrutan hablando de asuntos con ella relacionados.

La rabia reconcentrada de las comadres hacia la vecina pinturera, la gotera encandiladora de hombres y avinagradora de mujeres no tiene par. Ni entre las dedicadas a la misma profesión. Buen ejemplo ¡los médicos!, ¡los cómicos!

Chifladuras libertadoras.—¿Un viejo chiflado? Siempre respeto. En ocasiones admiración.

Singularmente, cuando se trata de coleccionistas. Coleccionismo y fetichismo son términos de íntimo parentesco.

El coleccionista puede no ser sino un perseguidor de simbolismos sexuales. Simbólicos para él.

La energía sexual que las conveniencias o la propia anomalía impide consumir, puede transformarse en pasión coleccionista. El puede ya indica mi propósito de no lanzar afirmaciones rotundas. La chifladura constituye un salvoconducto para el decoro.

¡Ennoblecedores manías!

Entre un coleccionista apasionado extravagante, indiferente a cuanto no sean sus cachivaches, y un perseguidor contumaz de menesterosas bellezas a las que intenta comprar el derecho de posesión, ¿cuál será preferible?

Inquietadora letanía podría componerse sobre la fuente de consuelo que estas ideas representan.

Beatería.—¡Brujas! las llaman los anticlericales. Huérfanas del amor debieran denominarlas.

La beatería enemiga de la religiosidad representa una desviación de lo corriente.

No fuera pertinente aportar pesado alegato en favor de una idea tan masticada y digerida como ésta. El misticismo constituye una sublimación al margen de la consciencia. La beatería una sustitución. También inconsciente.

El misticismo huye de la hoguera volando.

La beatería arrastrándose a ras de tierra.

Aves y reptiles.

¡Cómo ruge la sexualidad tardía, indiscreta e irreverente en el entusiasmo desmedido por éste o aquél predicador, por aquel o este confesor!

Los sacerdotes, buenos cumplidores, temen a las beatas.

Las huyen.
Son viscosas,
contumaces,
insensibles al repudio.

Poco simpático el tipo de la beata. Sin embargo, digno de pleitesía sentimental.

Al fin y al cabo, su beatería tiene carácter de válvula.

Diques.—Todos éstos son diques. Los filisteos se burlan.

En el fondo de los aspectos bufos, sangran dolores infinitos. Desear sin esperanza.

Ni esperanza de satisfacción.

Ni esperanza de piedad.

¡Viejo barco de proa desmantelada que enfila el mar llevando fuego en las bodegas!

Fuego que los escépticos creen bengalas. Por no mirar a la hoguera. Por atender a la luz. La luz engaña. Más que la luz, los ojos. Contemplan y no logran ver.

La vejez enardecida posee rudas apetencias podadas de excrúpulos. Nadie aguanta tanto como un añejo dispuesto a poseer.

Perseverancia, heroísmo e ímpetu de insecto. En celo.

Nadie puede predecir. El burlón de hoy puede ser el ridículo de mañana.

Sintamos conmiseración por el viejo verde, por la vieja chula.

Es justicia. Es previsión.

RELATO

Doña Juana tiene la vanidad de ser razonable. Como un guiso de marino pescador.

Su orgullo procede de una experiencia limitada a la vecindad de la casa y los habitantes de las próximas. Justo es reconocer que en tan reducida esfera obtuvo señalados triunfos. Apaciguando matrimonios. Reconciliando novios.

Cuando conoció lo que en seguida sabrá el lector, su vocación se alzó enérgica y declamatoria. ¡Debía intervenir!

Esta decisión suponía dialogar con las siguientes personas:

Doña Teresa...	52 años.
Don Melquiades...	60 años.
Amparo...	20 años.
Don Matias...	63 años.

Doña Juana no se arredró ante lo empinado y desagradable del calvario. ¿Simple simpatía?

Resulta indescifrable el enigma.

Quizá lo hablado ayude.

Doña Teresa y Doña Juana.

Doña Juana.—¡Hace usted mal! ¡Muy mal!

Doña Teresa.—¿Mal en casar a mi hija con un hombre que apalea onzas?

Doña Juana.—Hombre, no. Viejo. ¡Baboso! No puede con los calzones.

Doña Teresa.—El matrimonio nada tiene que ver con los calzones. Es cuestión de entenderse.

Doña Juana.—¿Para qué?

Doña Teresa.—Para las más de las cosas.

Doña Juana.—¡Para la luna de miel no será!

Doña Teresa.—Ganas de hablar. La luna de miel es sólo un rosario de diminutivos. Cuando la mujer quiere de veras, suena mal que diga: ¡Mi Paquito!, ¡Ramoncito mío!

DOÑA JUANA.—¿Qué quiere usted que grite? ¿Pacazo? ¿Ramonazo? La luna de miel es ternura o no es nada.

DOÑA TERESA.—No haría falta que fuese nada. Por desgracia, es. Un primer escalón resbaladizo. Finalidad: la consecuencia, bien desagradable, de recordar a un muerto. En el matrimonio el ideal es subir en cariño a medida que los años pasan. Descender tiene poco de grato.

Don Melquiades y Doña Juana.

DON MELQUIADES.—No pienso tan mal como usted se figura. Soy viejo. Estoy achacoso. El fuelle de los pulmones funciona con dificultad. La bomba del corazón no tiene fuerza. En las cuestas, me entrego. En las escaleras, me rindo. En el teatro, me duermo.

DOÑA JUANA.—¿Pretende usted excusar el error haciéndose la autopsia?

DON MELQUIADES.—¡Dió usted en el clavo! Moriré pronto. ¡Cascaré!, como decía mi abuelo. ¡Estiraré la pata!, como decía mi padre. No tengo dinero que dejar. Es hija única. ¿A quién entregársela? Don Matías es inocente como un aldeano. ¿A quién mejor puedo entregar la alhaja de mi casa?

DOÑA JUANA.—Preferible gozar del amor que comer suculentamente.

DON MELQUIADES.—Gozará cuando quede viuda. Más apta que ahora para la dicha.

DOÑA JUANA.—Cábalas macabras. ¡Que pueden resultar lo contrario!

DON MELQUIADES.—De todos modos, yo ganancioso. Desde puntos de vista egoístas. Las cavilaciones y el relente me hacen daño.

Amparo y Doña Juana.

DOÑA JUANA.—¿No sientes tristeza casándote con un viejo carcamal?

AMPARO.—Ninguna. Como no es para toda la vida.

DOÑA JUANA.—¿Y si le da por durarte? ¡Hay mojamas inmortales!

AMPARO.—No con mujeres que sepan serlo.

DOÑA JUANA.—¿Vas a matarlo?

AMPARO.—Voy a enloquecerlo.

DOÑA JUANA.—¿No te dará asco?

AMPARO.—Los negocios buenos no dan asco. El gusto no entra en juego. ¿Por qué me compra? Por hacerme suya. ¿Cuál es mi obligación? Corresponder a su sacrificio económico con la ofrenda total de mi juventud. Cuanto más generosa sea, más se aproximará a la dicha de sentirse comprador. A sus alturas tiene que importarle más el placer que la vida.

DOÑA JUANA.—Yo sentiría remordimientos para mientras viviese.

AMPARO.—¿Remordimientos por entregar lo que pagaron por adelantado?

DOÑA JUANA.—No podemos entendernos.

AMPARO.—¡Los años! ¡Las épocas!

Don Matías y Doña Juana.

DOÑA JUANA.—¿Pero cómo diablos se le ocurrió pretender a moza tan brava, bella y juncal?

DON MATÍAS.—¡Sabía su pobreza!

DOÑA JUANA.—Pero ignoraba los achaques propios. No está usted para tales aventuras. Le costará morir antes de tiempo.

DON MATÍAS.—Con una semana de marido en activo me doy por pagado.

DOÑA JUANA.—¡Fantasioso! ¿Ocho días en activo? Ni dos.

DON MATÍAS.—Donde no llegue el fervor alcanzará la vista. ¡Debe tener un cuerpo tan lindo! Cuente usted que es el primer cuerpo de doncella que voy a conocer. Desearla es purificarme. Borrar el pasado.

DOÑA JUANA.—¿Y su voluntad?

DON MATÍAS.—La conozco. ¡Ser rica! Todo lo rica que soy yo ahora. Para casarse con otro.

DOÑA JUANA.—¿Lo dice usted tan tranquilo?

DON MATÍAS.—Naturalmente. ¿Se enrabia nadie cuando disfruta de un paisaje pensando en quienes lo vieron antes y en quienes han de verlo después? Antón Perulero fué un gran filósofo.

ESPEJOS

(APOSTILLAS INGENUAS
A VIDAS COMPLEJAS)

NAPOLEON
CHOPIN
ROUSSEAU
PERICO RETAMARES

DON MATÍAS.—Con una semana de marido en activo me doy por pagado.

DOÑA JUANA.—¡Fantasioso! ¿Ocho días en activo? Ni dos.

DON MATÍAS.—Donde no llegue el fervor alcanzará la vista. ¡Debe tener un cuerpo tan lindo! Cuente usted que es el primer cuerpo de doncella que voy a conocer. Desearla es purificarme. Borrar el pasado.

DOÑA JUANA.—¿Y su voluntad?

DON MATÍAS.—La conozco. ¡Ser rica! Todo lo rica que soy yo ahora. Para casarse con otro.

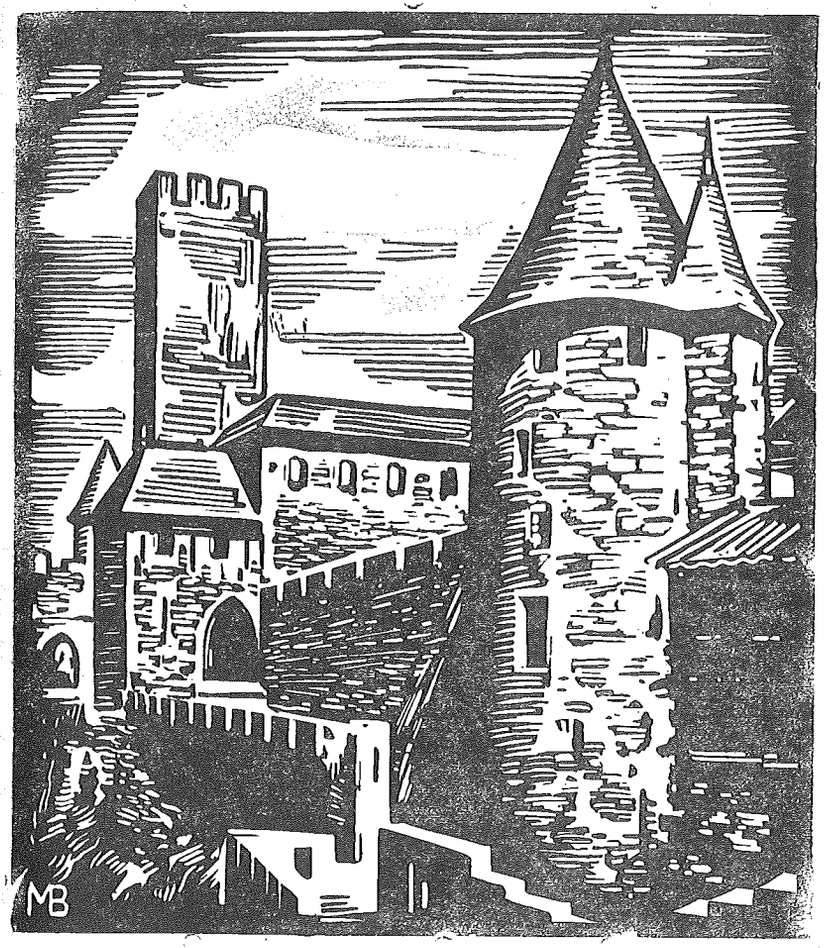
DOÑA JUANA.—¿Lo dice usted tan tranquilo?

DON MATÍAS.—Naturalmente. ¿Se enrabia nadie cuando disfruta de un paisaje pensando en quienes lo vieron antes y en quienes han de verlo después? Antón Perulero fué un gran filósofo.

ESPEJOS

(APOSTILLAS INGENUAS
A VIDAS COMPLEJAS)

NAPOLEON
CHOPIN
ROUSSEAU
PERICO RETAMARES



CARCASSONNE — La Cité.

TONO

CARCASSONNE.—"LA CITE"

ABAJO.—Carcassonne es una ciudad pequeña, tranquila. El río Aude la divide en dos. La de abajo, moderna, tendida en la llanura. La de arriba, antigua, encaramada, en una colina.

Aquélla tiene, ante todo, simpatía. Un boulevard — boulevard Jean Jaurès—, con plátanos gigantes. Sombra y rumor. Bancos.

Un jardín, "Square Gambetta". Dos iglesias interesantes, San Vicente y San Miguel. San Vicente es del siglo XIV. Estilo Languedoc puro. San Miguel fué levantada en el siglo XIII. Sirve hoy de catedral.

Carcassonne cuenta también con un museo. Reducido. Modesto. Joyas principales: un Van-Dyck, un Falguiere, un Benjamín Constant.

En el boulevard Barbes, restos bien cuidados de fortificaciones.

Calles rectas, amplias, silenciosas.

Turismo fácil. Plácido. Quieto. Ambiente de Palencia.

Arriba.—Arriba, ¡la Cité! Puede atravesarse el río por dos puentes: "Pont neuf" y "Pont vieux". Preferible, para los caminantes a pie, el "Pont vieux". Llegando a él por la Rue du Pont vieux. Calle patinada bellamente. La humedad. Los años. Quizá también el roce de turistas poco acomodados.

Los otros, los de auto, van por el "Pont neuf".

La Cité está por entero amurallada. Murallas íntegras. Conservadas amorosamente. Como una reliquia. El más pequeño desmoronamiento es reparado con rapidez.

Las murallas están defendidas por 52 torres. Igualmente conservadas. Con minucioso esmero.

Los enfadosos técnicos dicen que la Cité constituye un curso completo de arquitectura militar. Desde los romanos hasta nuestros días.

¡Cómo sabe a Instituto esta definición!

¡Cómo suena a poesía la Ciudadela contemplada desde el "Pont vieux"!

Alma.—La admirable conservación de muros y torres permite pasear cómodamente entre las dos cinturas de murallas.

Prescindiendo del guía, dejando pasar el pelotón de turistas sometidos, puede darse la vuelta en plena soledad. Enfrontándose con el espíritu de estos sillares, sin par en el mundo.

Impresión de que miran a la llanura. A la ciudad nueva. Con gratitud. Viven un vivir estético. Depurado por el sacrificio de ella. De sus habitantes. Emigraron a la llanura guiados por afanes de respetar. Y en ella contemplar el hormiguero de la curiosidad, cruzando sus calles, sin detenerse, azuzado por el estímulo de presenciar este milagro de una ciudad eterna. Ninguna tan eterna como la Cité. Sin mezcla con lo actual.

Por ello estos murallones guerreros no tienen altivez. No

son petulantes, como las ruinas de los castillos españoles: Coca, Medina. Se muestran sencillos, calmos. Con la bonachería con que los centinelas de uniformes pomposos se dejan contemplar por los niños. En las garitas de los palacios reales.

Buen gusto.—No hizo el prodigio la generosidad del Tesoro ni la suficiencia de los restauradores. Es obra, ante todo, del buen gusto. Salvo el borrón de un teatro al aire libre. A espaldas de Saint-Nazaire.

Dentro de las murallas, ni una nota discordante. Vejez pulcra. Mayor caudal de evocaciones noveleras que entre los torreones.

¿Cómo olvidar tales rincones?

Todo reza en ellos. No se escucha la plegaria y se siente la emoción. Cortésmente, las perspectivas nos recuerdan nuestra condición de extranjeros. Lo moderado del aviso hace brotar nuevos motivos de melancolía.

Las callejas dejan la estela de una impresión de soledad. Grata y penosa al mismo tiempo. Para entender estas palabras torpes, es preciso haber percibido al lado de la Deseada la desconcertante conmoción de saber nuestra su carne y rebelde su espíritu.

Carcassonne nos enseña a amar la soledad. Su corazón predica el encanto de fundirse con el ambiente.

Prédica teórica.

La Cité, amable, cortés, educada, rechaza a cuantos quieren inmiscuirse en sus ritos.

La Cité no olvida el sacrificio de Carcassonne y cumple también su deber.

Saint-Nazaire.—Para evitar pecados de soberbia, la catedral de la Cité hállase constituída por el adosamiento de dos templos distintos: una nave románica del siglo XI, un coro y un ábside góticos—siglo XIV.

Como marchamo de abolengo arquitectónico, la puerta principal es románica.

Como testimonio de que arriba no se olvidó la abnegación de los idos a vivir junto al río, bellas vidrieras del siglo XIV llenan de luz la iglesia.

No bastando a otorgarla alegría.

Influye en que así ocurra la calidad del silencio. Parece lógico que en una ciudad de piedra el silencio fuese húmedo y duro. Como lo es en Avila. Crispado en ecos, muertos apenas nacidos. Como en Sigüenza.

Silencio cóncavo, de montaña sin vegetación.

No es así.

El silencio de la Cité, concretado en el silencio litúrgico de Saint-Nazaire, se objetiva blando, suave, pegadizo. Oleoso.

Tanto más extraño cuanto que las tormentas son frecuentes en estos campos.

Tan singular, que hace necesario, para justificarlo, la idea de un sacrificio hidalgo.

CIMBRA

Varias veces hemos repetido, a través de estas páginas, que la sexualidad constituye un caudal imposible de gastar.

Cuando se hace sanamente la ventura física, justifica la vida. Por desgracia, a infinidad de seres les está vedado transitar por caminos normales.

Entonces la energía sexual adopta una de estas tres soluciones:

a) Retroceder en busca de formas pretéritas de satisfacción: perversiones y aberraciones.

b) Trocarse en manifestación morbosa: obsesiones, neurose de angustia. La descarga patológica sustituye a la evacuación fisiológica.

c) Sublimarse, transformándose en actividad fervorosa: política, científica, mística, estética.

De las soluciones a) y b) se habló ya en este libro. De la c) vamos a poner ejemplos. Aliñándolos al modo que el ambiente de la obra impone.

Siempre respetuosamente.

Napoleón.—El héroe francés presentó, desde el punto de vista sexual, tres particularidades:

I) Gustábanle las mujeres de edad. Obesas y experimentadas.

II) Poseía una lujuria cerebral. Explicable por indudables deficiencias viscerales.

III) Preocupábale poco la virtud de las mujeres como motivo de elección.

Citas al azar:

En 1795, Napoleón ofrece su mano a la señorita Permón.

Tenía la dama un hijo de veinticinco años. Napoleón contaba por entonces veintiséis.

Más tarde Barrás tuvo probabilidades de verlo esposo de la Montasier, ni doncella, ni casta, ni cauta.

El gran amor de Napoleón fué Josefina, viuda, casquivana, vieja, metida en grasas.

María Luisa, rubenesca, adolecía de exceso de adiposidades y de sobra de egoísmos viscerales. Suficientes a retenerla lejos del Emperador durante el calvario de Santa Elena.

Tras un año de no recibir en su alcoba al Emperador, quedó embarazada.

Chopín.—Fué un caso interesante de pobreza sexual. En el sentido fisiológico.

Se enamoró de varias mujeres. Sólo una tuvo en los brazos: *George Sand*.

Salvo esta aventura, su vida discurrió por cauces de absoluta castidad.

El músico panal de sensibilidades, que a tantas enamoradas y a tantos enamorados hizo y hace soñar; el que poseyó y posee el arte brujo de reconciliar amantes enojados, tendiendo entre sus corazones redes de dulce melancolía propicia a comprensiones y tolerancias; el compositor genial de obras embriagadoramente románticas, el sembrador de fervores novelescos y deseos sutiles, sabía poco del amor práctico.

Las aventuras fáciles le repugnaban.

Si encontró en el páramo de sus días gentiles y poéticas samaritanas dispuestas a calmar su sed, o retrocedía tímido, como frente a la rubia Constancia Gladkouska, o su falta de gallardía varonil determinaba la intervención de la familia, alarmada. Como en el noviazgo con María Wodzinska.

Rousseau.—En la vida del filósofo desempeñó papel primero y decisivo la señorita Lambercier. El autor de "Emilio" entró en la pubertad sin desear, sin conocer otros placeres de los sentidos sino aquellos de que Mlle. Lambercier le había proporcionado idea.

He aquí cómo Juan Jacobo describe el origen:

"Como Mlle. Lambercier me quería como una verdadera madre, se consideraba investida de análoga autoridad, llegando, en ocasiones, a darme azotes cuando lo merecía. Durante mucho tiempo no pasó de la amenaza. Este anuncio de un castigo nuevo para mí me llenaba de terror. Después de haberlo recibido, me pareció mucho menos terrible de lo que yo me había figurado. Lo más extraño es que el castigo me hacía querer cada vez más intensamente a la persona que me lo aplicaba.

"Necesitaba acudir a la sinceridad de este afecto y a toda

mi dulzura natural para oponerme a la tendencia imperiosa a dar nuevamente motivo al retorno del castigo."

Perico Retamares.—De jovenzuelo parecía buen chico. Lo que se dice un buen chico.

Si acaso, demasiado serio. Si acaso, excesivamente retraído. Estudioso, formal. Escasamente novelero. Sin que hubiera lugar a traer a colación filisteísmos. Desde el principio demostró predilección por las feas. Cuanto menos bellas, mejor. En los bailes familiares, en las cachupinadas, en los casinos rurales, cortejaba a la más repulsiva.

Empleamos con absoluta consciencia el adjetivo.

Perico concedió categoría decisiva a las chatas, a las cojas y a las bizcas.

No las cortejaba en broma, sino con vehemencia. Llevando el corazón en los labios. Como si realizase una ofrenda a los poderes ultratelúricos. Como si bebiese un antídoto.

Fuera de esta rareza, absoluta normalidad. Porvenir brillante—frase de sus padres—. Método riguroso en la elección de rutas sentimentales. Admirable intuición en las luchas por el triunfo rotundo.

Salvo en la mujer, su fervor máximo era el culto a los grandes motivos estéticos.

ESCOLIOS

En estas cuatro vidas, de absoluta realidad, hasta en la encubierta por el anónimo—imposición de la supervivencia—, no hay sino un hecho eje: desplazamiento de la sexualidad hacia otras misiones.

Napoleón, la ambición.

Chopin, la sensibilidad artística.

Rousseau, la intelectualización.

Retamares, la actividad polifacética.

¿Ventajas de descender a tales abismos.

En apariencia, pocas. Ante el talento, único gesto sensato sería postrarse.

Pero la Humanidad encuéntrase dividida en dos grandes sectores: aquellos a quienes interesa la obra y aquellos cuya predilección radica en el artista.

Para éstos, desentrañar por qué la labor adquiere determinado matiz puede suponer rico filón de sabrosas meditaciones.

Son muchos los alistados en cortejos de Arte o Ciencia, más que por la emoción pura, por el culto a quien nació con el don divino de sembrarla.

Napoleón.—El vencedor de Austerliz padecía un complexo de Edipo.

La madre del guerrero, María Leticia (hasta 1778; a partir de este año fué conocida por María Leticia Remolino), aportó al matrimonio siete mil libras y una belleza morena, bravía, redonda. Suculenta.

Era de voluntad recia. De espíritu seco, terco, rudo. Inteligencia inculta.

Vacilante, informal y vago el marido; enérgica, circunspecta y trabajadora la mujer. Leticia imprime carácter al hogar. En el modelado psicológico de Napoleón tuvo más participación la madre que el padre.

Como todos los afectos de esta variedad de complexo de Edipo, Napoleón tenía embotada, desde el punto de vista sexual, la actitud activa. En vez de conducir, ambicionaba ser conducido. Tan feminizadora tendencia llevábale a preferir mujeres de pelvis experta. Cuanto más audaces y descaradas, mejor. Sentíase satisfecho cediéndolas el timón. La incorporación (al identificarse con la madre) de matices feminoides haciale grata una pasividad incompatible con la riqueza de iniciativas que la difícil misión de asaltar castidades requiere.

Chopin.—Explicación superficial de sus desdichas sexuales es admitir la existencia de un alma de mujer dentro de un cuerpo de varón.

Existen hechos de máximo valor. Chopin profesó intenso culto a la amistad. Prefería a los amigos enérgicos, osados, bravos, sin preocupaciones ni timideces.

Esta atracción ejercida sobre él por los dotados rica, vigorosamente de cualidades masculinas resalta en su leal admiración por Listz.

Chopin padecía, según ha demostrado Paul Germain, intensa fijación maternal. Culpa de un violento complexo de Edipo. Habíase identificado con el espíritu femenino de su madre y procedía, inconscientemente, como mujer.

Repugnábale el amor físico e intentaba idealizarle.

Si cedió a la lascivia siempre insatisfecha de George Sand, fué atraído por el rudo contraste.

Chopin fué conquistado. Como Musset. La audacia viril y el prosaísmo fisiológico de la escritora requería amantes débiles, afeminados, bebedores de poesía blanda.

Rousseau.—Juan Jacobo constituye el más admirable caso de una inteligencia poderosa luchando contra la tirania de casualidades morbosas desmandadas.

Un ensayo perspicaz de Laforgue llega a las siguientes conclusiones psicoanalíticas:

"El estado de Rousseau tenía como característica tratarse de una homosexualidad latente, con ideas obsesivas y reacciones histeriformes, en un hombre cuyo consciente protestaba contra el trato de que era objeto por una parte de su personalidad.

"Esta rebeldía llegó a convertirse en rebeldía del perseguido contra un perseguidor, que no era otro sino el padre

con el cual Rousseau había intentado vanamente resolver el conflicto de su infancia.

"Así, se asomó al delirio de persecución, después de haber intentado por todos los medios verse libre de él.

"La obra literaria constituye una reacción a su conflicto, que le permitió soportarlo mejor.

"Su conflicto le convirtió en portaestandarte de todos los oprimidos."

Perico Retamares.—Su rara predilección por las mujeres feas obedece a un complexo de Edipo.

La madre de Retamares es bella, graciosa, elegante. Voz unánime. Escogiendo por objeto sexual hembras feas, torpes, desmañadas, no cabe confusión. La idea de la madre no puede estar presente, ni surgir bruscamente. Atormentando.

La libido requiere ser calmada. La atracción patológica amenaza. Solución: elegir compañeras de lecho que satisfagan aquélla sin dar lugar a que nazcan remordimientos.

No tiene nada de desconcertante la alegría con que Retamares emprende aventuras donjuanescas donde Inés asusta. Tal condición garantiza la paz interior. Permite obtener venturas físicas sin tortura alguna. Y en el pensamiento de Retamares, cultivado con esmero de huerto holandés, sólo existe rencor para el padre brutal y zafio, culpable de que afectos santos se hipertrofiasen psiquiátricamente.

La madre no hizo sino soportar al esposo y consolar al hijo.

RELATO

¿Debe entrarse de puntillas en la vida de los hombres preclaros?

¿Ha de interrumpirse batiendo marcha y cantando himnos glorificadores?

Ni de uno ni de otro modo. Leal, reposada y confiadamente, como en la propia casa. El talento extraordinario, el genio es una resultante, un afecto, un producto en cuya elaboración todos hemos cooperado. Más o menos conscientemente.

Sin coro no habría protagonista.

Sin enemigo no habría vencedores.

Supremacía resulta, invariablemente, sinónimo de dolor.

El dolor no se alivia, cuando procede de tales soleras, con comedimientos ni con estridencias. El consuelo ha de venir de sentimientos de cordialidad cooperativa.

Camaradería. Humanidad.

Ni papanatas ni charangas. Comprensión.

Como fondo de todo, la lección inapreciable de que la actividad triunfadora no fué jamás sino transferencia de energías destinadas a usos distintos.

Util y sugestivo adoctrinamiento.

Napoleón.—De la desgracia de Napoleón en el amor, ningún suceso tan demostrativo como el que vamos a reproducir. Figura en todas las historias de Napoleón.

El Imperio se derrumba. ¡1814!

No cabe luchar con un destino tajante. Las flores negras de lo trágico envuelven el trono.

María Luisa, en Blois, piensa sólo en satisfacciones viscerales. No siente ternura por el coloso vencido. Ni siquiera esa dulce compasión hacia el derrotado que todas las mujeres auténticas prodigan.

En Blois, Mr. Saint-Aulaire entra en la habitación de la Emperatriz. Disculpa la irrespetuosidad ser portador de urgentes y graves nuevas. El Emperador abdicó. Ha intentado envenenarse.

El caballero Saint-Aulaire tiene baja la vista. Teme reacciones de llanto y dolor que le acongojen. La caída del héroe

no puede contemplarse fríamente. ¿Cómo no esperar lágrimas?

Por entre las sábanas asoma un pie. La Emperatriz interpreta mal. Por exceso de vanidad.

—¿Me estáis mirando los pies? Aseguran que son muy lindos.

El caballero de Saint-Aulaire no contestó.

Chopin.—Trozos de una carta de "George Sand":

... ...

"Este término de amor físico, que él emplea para expresar lo que no tiene nombre sino en el cielo, me disgusta y me extraña, como una impiedad y como una idea falsa al mismo tiempo. ¿Es que puede haber para las naturalezas elevadas un amor puramente físico y para las naturalezas sinceras un amor puramente intelectual? ¿Es que hubo nunca amor sin un solo beso y un beso de amor sin voluptuosidad? Despreciar la carne no puede ser sensato y útil sino con seres que no son más que carne; pero con aquel que se ama, no es la palabra despreciar, sino la palabra respetar, la que ha emplearse al abstenerse. Por lo demás, no son éstas las palabras de que él se ha servido. No las recuerdo bien. Creo que dijo que ciertos hechos podían enturbiar el recuerdo. No es una idiotez decir esto. ¡Puede pensarlo!"

... ...

"Sólo el hombre comprende este milagro, que se verifica simultáneamente en su alma y en su cuerpo, como una miserable necesidad, y hablar de él con desprecio, con ironía o con pesar. Cosa bien extraña."

Rousseau.—Palabras de Rousseau:

"Dos cosas casi contradictorias se unen en mí que yo pueda concebir, como: un temperamento muy ardiente, pasiones

vivas, impetuosas; e ideas lentas en nacer, torpes, difíciles, que no se presentan nunca sino después de un esfuerzo. Diríase que mi cuerpo y mi espíritu no pertenecen a un mismo individuo. El sentimiento, más rápido que el rayo, viene a llenar mi alma; pero, en lugar de iluminarla, me quema y desvanece. Siento todo y no veo nada. Me siento arrebatado, pero estúpido. Es necesario que tenga sangre fría para pensar. Lo que hay de asombroso en esto es que, sin embargo, yo tengo un tacto bastante seguro, penetración, incluso finura. Pruébalo que se me atiende. Hago magníficas improvisaciones ociosas; pero con tiempo yo jamás he hecho nada que valga la pena. Yo haría una divertida conversación por la posta como dicen que los españoles juegan a los dados."

... ...

"Esta lentitud del pensamiento, unida a esta vivacidad del sentir, no sólo me ocurre en la conversación, sino también estando solo, y aun cuando trabaje."

Perico Retamares.—Fragmento de una carta dirigida al autor del libro:

"Sí, mi querido amigo y galeno. ¡Me he casado! Como quieren las leyes que sea. Y a gusto. Muy a gusto. Chiquillo con traje nuevo. Encarnación sigue pareciéndome fea. Usted sabe bien que no soy un atontado. Me he casado sabiendo los puntos que calzaba la compañera en estas cuestiones. ¡Si viera usted cómo me serena encontrarla tan birria! La sorpresa no ha estado en la vil materia, sino en el modo de servirla. La chica sabe querer. ¿Agradecimiento? ¡Ni pensarlo! Estoy convencido de que no se da cuenta de toda su feúra. No le digo más sino que hace arrumacos de tiple de revistas. ¡Vaya por Dios! Pero eso sí, tiene gachonería. Supongo que me entenderá usted. Como yo sólo buscaba un refugio definitivo contra mi idea fija, esta propina me ha sabido bien. Ella tie-

ne vastos proyectos de embellecimiento, que me propongo combatir. Dulce o enérgicamente. Como sea preciso.

"De que sea siempre tan fea como ahora depende mi tranquilidad."

Grenoble—Milán—Pallanza.
Verano de 1930.

VOCABULARIO

ne vastos proyectos de embellecimiento, que me propongo combatir. Dulce o enérgicamente. Como sea preciso.

"De que sea siempre tan fea como ahora depende mi tranquilidad."

Grenoble—Milán—Pallanza.
Verano de 1930.

VOCABULARIO

VOCABULARIO

Amnesia.—Cuarta fase de la evolución sexual, en la que el niño olvida, las tres anteriores.

Aptitud de sacrificio.—Capacidad, inconsciente, para aceptar, sin reacción patológica, cuantas renunciaciones guardan analogía con el destete.

Asociaciones libres.—Técnica psicoanalista consistente en que el paciente deje vagar la imaginación, diciendo cuanto ésta le sugiera.

Autoerotismo.—Satisfacción del apetito sexual en sí mismo.

Censura.—Principio del deber opuesto a la tendencia instintiva al placer.

Complexo anal.—El derivado de excitaciones sexuales, sentidas, durante la infancia, en la región anal.

Complexo de la castración.—Complexo derivado de la hipótesis infantil de que la diferencia entre el hombre y la mujer débese a que ésta ha sido castrada.

Complexo de Edipo.—Atracción sexual del niño por la madre, de la niña por el padre.

Condensación.—El hecho de que durante el sueño una idea sea síntesis de varias.

Desplazamiento.—Desacuerdo entre la importancia de una idea en el sueño y en la vida real.

Dramatización.—El hecho de que el argumento de los sueños adquiera relieve escénico.

Elaboración secundaria.—Esfuerzo para hacer inteligible y asimilable el sueño.

El mí.—Sinónimo de inconsciente.

Exhibicionismo.—Perversión consistente en hallar el goce sexual mostrando, desnudos, los órganos de la generación.

Fetichismo.—Sustitución del objeto sexual por partes del cuerpo totalmente inapropiadas o por objetos inanimados.

Frigidez femenina.—Falta de placer como resultante de la unión sexual.

Homosexualidad.—Preferencia sexual por personas del mismo sexo.

Inconsciente general.—Según Yung, capa de lo inconsciente que contiene la experiencia de las generaciones anteriores.

Inconsciente individual.—Según Yung, capa de lo inconsciente que encierra el fruto de la experiencia del individuo.

Libido.—Sinónimo de apetito sexual.

Masoquismo.—Gozar sufriendo.

Narcisismo.—Enamoramiento de sí mismo.

Neurose actual.—Aquella que obedece a una etiología del momento; neurose de angustia.

Neurose pretérita.—Aquella cuya causa remóntase a la infancia.

Palabras estímulo.—Palabras escogidas para, por las asociaciones que crean, deducir la psicología del sujeto.

Placer final.—El resultante de la expulsión de materias sexuales.

Placer preliminar.—Sensación placentera producida por la excitación de una zona erógena.

Reacción terapéutica negativa.—El hecho de que en algunos enfermos la aplicación de los métodos psicoanalíticos, en vez de mejoría, produzcan empeoramiento.

Represión.—Mecanismo en virtud del cual la censura opónese al principio del placer.

Sadismo.—Gozar haciendo o viendo sufrir.

Simbolismo.—Sustitución de una idea reprimida por otra, a la que se encuentra unida por razones de analogía.

Sublimación.—Empleo de la energía sexual con fines no sexuales; pero unidos psíquicamente a aquélla.

Super-yo.—Resultado de identificarse, como solución al Complexo de Edipo, con la persona que lo origina: padre o madre.

Tendencia al cautiverio.—Resistencia a salir del ambiente materno.

Zona erógena.—Aquella cuya excitación produce un goce sexual: labios, pezón...

ÍNDICE ALFABÉTICO DE CONCEPTOS

ÍNDICE ALFABÉTICO DE CONCEPTOS

A

Afán de mostrarse 200
Afán de ver... 37
Algolaguía... 55
Amor senil... 256
Anafrodisia... 144
Androginismo... 184
Anfigenos... 163
Auto-erotismo... 18

C

Complexo de castración... 108
Complexo de Edipo 56
Cortadores de trenzas. ... 75

D

Deportes... 23

E

Exhibicionismo... 198

F

Fetichismo... 72
Frigidez... 125

H

Hominístas 108
Homosexualidad 162
Honor varonil... 38

L

Libidinosis... 90
Libido... 19

M

Madre fálica... 56
Masoquismo... 54
Matadores de mujeres ... 58
Metatropismo 186

N

Narcisistas... 20
Narcisistas (tendencias)... 132

P

Placer final... 199
Placer preliminar... 199
Pornografía... 23

S

Safismo... 180
Sadismo... 33
Sadismo taurino 42
Sadismo incipiente 164
Sublimación... 91

T

Tensión sexual... 198

Z

Zonas erógenas... 18

ÍNDICE GENERAL

Auto-erotismo... 11
Sadismo... 29
Masoquismo... 47
Fetichismo... 65
Libidinosio... 33
Complexo de castración... 101
Frigidismo... 119
Anafrodisia... 137
Homosexualidad... 155
Safismo... 173
Exhibicionismo... 191
Matrimonio... 209
Adulterio... 229
Amor senil... 249
Espejos... 267
Vocabulario... 285
Indice alfabético de conceptos... 291
Safismo... 163